

CLIFFORD D. SIMAK
ALAN DEAN FOSTER
LARRY NIVEN

**CLIFFORD D. SIMAK
ALAN DEAN FOSTER
LARRY NIVEN**
Umbral cósmico



CLIFFORD D. SIMAK
ALAN DEAN FOSTER
LARRY NIVEN

Integran *UMBRAL CÓSMICO* siete narraciones de otros tantos escritores, todos ellos figuras destacadas en el campo de la anticipación.

Estos relatos van desde la épica de ficción —**La peonza del tiempo**— hasta la más sofisticada anticipación mecanicista —**El cilindro del vivero de abedules**— o la densidad humana de —**El milagro de los peces**—. *UMBRAL CÓSMICO* plantea diversas posibilidades de renovación de un género que parecía estancado últimamente por falta de aquella audacia experimental que marcó de forma positiva sus orígenes. Lo maravilloso verosímil, la imaginación y el lirismo centran estas narraciones, tan alejadas del mecanicismo aséptico como de la temática mesiánica y apocalíptica que intentó renovar el género desde esquemas seudosociológicos apriorísticos y de una desoladora simplicidad.

Una intriga convincente, una rigurosa construcción y la apertura deslumbrante a la fantasía, crean la tensión lírica que tantos lectores echaban de menos en las últimas manifestaciones de la narrativa de anticipación.



AA. VV.

Umbral cósmico

Antologías Ciencia Ficción Caralt - 6

ePub r1.1

Hechadelluvia & dekisi 12.07.14

Título original: *Stellar 1*

AA. VV., 1976

Traducción: Antonio Prometeo Moya

Editor digital: Hechadelluvia & dekisi

ePub base r1.1



Índice

EL CILINDRO DEL VIVERO DE ABEDULES, *The Birch Clump Cylinder* (1974), de Clifford D. Simak.

REINCIDENCIA SOSPECHOSA, *Singularities Make Me Nervous* (1974), de Larry Niven.

ENTRE DOS GALAXIAS, *Schwartz Between the Galaxies* (1974), de Robert Silverberg.

EL MILAGRO DE LOS PECES, *A Miracle of Small Fishes* (1974), de Alan Dean Foster.

LA PEONZA DEL TIEMPO, *The Whirligig of Time* (1974), de Vernor Vinge.

MR. HAMADRÍADA, *Mr. Hamadryad* (1974), de R. A. Lafferty.

TWIG, *Twig* (1974), de Gordon R. Dickson.

INTRODUCCIÓN

¿POR QUÉ ESTA ANTOLOGÍA?

Si usted, al frecuentar las librerías, ha hojeado sin demasiado convencimiento algunos volúmenes de ciencia-ficción, usted mejor que nadie es la persona indicada para convenir con nosotros en que el género necesita una nueva y original antología de relatos, de la misma manera que la Constelación de Hércules precisa un nuevo astro.

Pues bien, he aquí el astro deseado.

¿Por qué? Usted mismo, sin ayuda de ningún informe, puede responder la pregunta. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde que usted leyó el último volumen de prestigiosos relatos del viejo estilo, con los que indudablemente no pudo menos que gozar? Sin lugar a dudas, esos volúmenes son fáciles de encontrar en el mercado, con el aliciente de que jamás defraudan. Pero ¿cuántos de ellos constituyen realmente una novedad?

¿Recuerda usted la primera vez que decidió afrontar el género y se encontró con aquel relato que lo convirtió en un adicto para toda la vida? ¿Quién, si alguno hay, escribe hoy una ciencia-ficción —especialmente relatos— capaz de parangonar aquel impacto? Y, de existir esos relatos, ¿dónde se publican?

Naturalmente, no consideramos un error hacer ciencia-ficción con profundos problemas sociales. De hecho necesitamos esta clase de ciencia-ficción, como también necesitamos las tentativas

experimentales y otras búsquedas artísticas que tan frecuentemente vemos en revistas y antologías modernas. Acaso también necesitemos de esos mesiánicos y apocalípticos mensajes de destrucción y amenaza que suelen tomarse prestados de la gran literatura oficial. Pero, sobre todo, la ciencia-ficción debe ofrecer algo más que simples mensajes de violencia con hinchada y a menudo apologética prosa.

Somos del parecer que la ciencia-ficción debería convertirse nuevamente en elemento de placer, con ese sentido de lo maravilloso y lo inverosímil que, de hecho, es lo que siempre nos ha tentado en el género. Justamente lo que los académicos de segunda fila —autocalificados como críticos— comenzaron por censurar, alegando que, puesto que las historias no eran sino mero pasatiempo, no podían ser buenas.

Sin embargo, hay que decir que sin historias honestamente entretenidas no habría el necesario equilibrio.

Para compensar semejante desajuste de valores ha sido creado este volumen, primero de una serie. A fin de no caer en los tópicos y refritos al uso, nos pusimos en contacto con los mejores escritores y agentes literarios del género, preguntándoles cuáles eran, a su parecer, las historias más acordes con nuestros propósitos. A continuación reproducimos algunos párrafos de la carta que enviamos:

«En primer lugar, queremos *relatos*, historias. Es decir, nada de piezas mediocres sin intriga, nada de esquematismos de tebeo, nada de psicología decimonónica, nada de divagaciones absurdas para chiflados de moda o insatisfechos que buscan consuelo en las paparruchas periodísticas. Semejantes malabarismos, a nuestro juicio, deben ciertamente ensayarse, continuarse un poco y —sobre todo— acabarse de una vez. Queremos escritores que resuelvan los problemas que plantean en sus historias y no nos dejen con un palmo de narices so pretexto de la moda y el gran arte. Conocemos infinidad de relatos que juegan a la bohemia vanguardista suspendiendo, por ejemplo, el hilo del argumento en pleno nudo sin formular el menor asomo de conclusión. Si un autor no sabe desarrollar un mundo o una idea —o ninguna de las dos cosas—, entonces no es para nosotros.

«Buscamos personajes capaces de convencer y preocupar a los lectores. No nos interesan los que desaparecen en la penúltima página sólo porque el autor no ha sabido desprenderse de ellos en la primera. Por el contrario, buscamos relatos que entretengan al lector y que obtengan de éste el reconocimiento de una genuina satisfacción, con o sin final feliz. Si los lectores realmente gozan (y no sólo admiran) con el relato, habremos ganado todos. Si nuestros correspondientes escritores y críticos gozan también, todo irá sobre ruedas. Aunque los lectores —quienesquiera que sean— son para nosotros lo primero».

Pues bien; como respuesta a esta llamada de adhesión muchos escritores respondieron con entusiasmo. Los relatos comenzaron a surgir. Algunos fueron devueltos, otros necesitaron algunas leves reformas. Pero, aparte estos gajes internos, el volumen que presentamos corresponde perfectamente a la ida que teníamos al principio.

He aquí, pues, la primera antología fruto de nuestras preocupaciones. A su salud, lector. Esperamos que le siente bien.

Respecto a una segunda antología...

JUDY-LYNN DEL REY
New York City, mayo de 1974.

CLIFFORD D. SIMAK

**EL CILINDRO DEL VIVERO DE
ABEDULES**

The Birch Clump Cylinder

I

Mientras Bronson conducía el auto por la amplia curva que dibuja la carretera frente a Cramden Hall, comenzó a apoderarse de mí la sensación de que algo había cambiado en el lugar del que tanto tiempo me ausentara. No obstante, no tardé mucho en advertir la causa.

—La sófora ha desaparecido —dije.

—Fue barrida por un fuerte viento hace algunos años —dijo Bronson—. Ocurrió una noche; poca cosa, sin embargo.

Aparte de este detalle nada había fuera de lugar. Coon Creek no parecía haber experimentado el paso del tiempo. Permanecía erguido como una pesada mole, algo desvencijada y buscando la humildad de los que pretenden pasar desapercibidos.

—Fue una suerte —siguió Bronson—. Nunca encajó del todo en el conjunto. Era un poco extravagante para mi gusto.

El vehículo llegó hasta la columnata del pórtico y se detuvo.

—El viejo Prather te espera —dijo Bronson—. Entra tú mientras aparco y traslado tu equipaje.

—Gracias por el paseo —dije—. Ha pasado mucho tiempo, Bronson.

—Quince años, tal vez veinte. Ninguno de nosotros volverá a ser joven. Tú nunca volviste por aquí.

—No, no lo hice.

El vehículo comenzó a moverse y, mientras salía de mi campo de visión, advertí que había sufrido una equivocación. La sófora no había desaparecido; por el contrario, todavía permanecía allí. Extendida como una parra a la luz del crepúsculo, exactamente

como había sobrevivido en mi recuerdo, se erguía en el parque delimitado por el arco de la carretera; un pino se levantaba en el punto que correspondía con el más cerrado de la curva; al otro extremo corría un desparramado tejo.

—Charles —dijo una voz a mi espalda—, me alegro de verlo, Charles.

Me volví y contemplé al viejo Prather que descendía los peldaños hacia mí.

Fui rápidamente a su encuentro y ambos permanecemos allí por unos momentos, mirándonos el uno al otro a la luz agonizante del ocaso. No había cambiado demasiado: un poco más viejo, tal vez, algo más decaído en su conjunto, pero el mismo aspecto rígido que conservaba desde que abandonara el ejército. De su cuerpo se desprendía el habitual olor a polvo de tiza; estaba tan imponente como siempre y sin embargo, pensé al mirarlo, con un algo de la en él desusada amabilidad que sin duda le confería la madurez.

—Esto está como de costumbre —dije—. Excepto la sófora.

—Sí, el diablo se llevó aquella cosa tan cargante —respondió—. Su desaparición nos quitó un peso de encima, puede usted creerme. Ascendimos juntos la escalera.

—Ha sido un detalle por su parte el haber venido —dijo—. Mientras lo localizábamos no estábamos del todo seguros de su venida. Compréndalo, por teléfono no podía especificar las razones.

—Estaba ansioso por venir —dije—. No deseaba otra cosa. Al menos desde que fui expulsado del Centro de Investigaciones sobre el Tiempo.

—Pero de eso hace ya dos años. Y usted no fue expulsado.

—No dos años, sino tres —aclaré— y, hablando en plata, fui echado a puntapiés.

—La cena, creo, estará ya lista —dijo—; hemos preparado una cena a propósito. El viejo Emil...

—¿Está Emil todavía aquí?

El viejo Prather rió entre dientes.

—Mantenemos esto —dijo— entre Bronson, Emil y yo. A veces suben hasta aquí algunos jóvenes, pero aún no están preparados. Nos hemos vuelto un tanto excéntricos y hasta un poco quisquillosos, diría. Emil sobre todo. Está más insoportable que

nunca y dispuesto a soltarnos la bronca si tardamos en sentarnos a la mesa o si no comemos lo bastante. Se ha tomado lo de la cocina con sentido crítico.

Cruzamos la puerta y penetramos en el vestíbulo.

—Ahora —dije— supongo que ya estoy en disposición de que se me aclare la triquiñuela de la sófora.

—La vio usted, ¿eh? —preguntó con una mueca cómplice.

—Claro que la vi. Después de contarme Bronson la bonita historia de que había sido barrida por el viento. Si es una broma de recibimiento sólo porque he trabajado en el Centro de...

—No es ninguna broma —atajó—. Es una de las razones por las que está usted aquí. Hablaremos de ello más tarde; ahora debemos ir a cenar o Emil comenzará a tramar alguna venganza. ¿Le dije por el camino que un par de condiscípulos suyos cenarán con nosotros? Leonard Asbury es uno de ellos. Lo recordará usted, naturalmente.

—Dr. Prather —dije—, durante todos estos años he luchado por no acordarme de él. Era un tipo bastante mal educado. ¿Y cuál es el otro alumno que ha merecido el privilegio de ser convocado a este asunto de la sófora?

Sin manifestar la menor vacilación, dijo:

—Mary Holland.

—La chica que le destrozaba los tímpanos, ¿eh? Le va a usted el asunto. ¿No se dedicaba a la música?

—Charles —dijo—, está usted confundiendo mi papel y el objeto de este Instituto si cree que esa mujer me amargaba con su música. El mundo podría enfermar si se permitiera el lujo de prescindir de la música que tan dulcemente compone Mary Holland.

—De modo que nos hemos reunido aquí un famoso matemático, una mujer que compone como los ángeles y un harapiento investigador del tiempo. Cuando se haya completado el equipo con otras perlas semejantes, usted podrá descansar en paz.

Sus ojos chispearon alegremente.

—Vamos a cenar —dijo— o Emil descargará su cólera sobre nosotros.

II

La comida fue buena, sencilla y abundante: entremeses, ensalada, costillas de primera calidad y patatas cocidas, todo ello regado con un vino que no era de los peores.

El viejo Prather hizo lo posible por mantener una charla intrascendente y banal. El tipo sabía ser un buen anfitrión, eso había que admitirlo. El resto de nosotros habló poco, tal vez hubo alguna tentativa de cambiar impresiones entre viejos conocidos, demasiado tiempo separados, radiantes de alegría por haberse encontrado.

Observé a los otros dos y no me pasó por alto el hecho de que me observaban a su vez. Podía imaginar, sin excesivo margen de error, que ambos se estaban preguntando por qué el viejo Prather nos había convocado; éste era un detalle por el que no podía culparlos por lo pronto.

Llegué a la conclusión de que Leonard Asbury seguía siendo un mamarracho. Su liso y negro cabello se le aplastaba al asqueroso cráneo, mientras el rostro exhibía una expresión dura y astuta. Cuando hablaba apenas movía los labios. El tiempo no había aumentado el inmenso amor que sentía por el grandísimo cabrón.

Mary estaba más o menos como siempre. Había sido una bonita chica, incluso llegamos a concertar alguna que otra cita: nada serio, sin embargo, solamente citas. Pero ahora su belleza había evolucionado hacia el aspecto habitual de la matrona y me olía que tras su austero y contenido rostro anidaba no poca vaciedad.

Había algo de impreciso en ambos. Me encontraba inquieto y lamenté haber venido.

—Y ahora —dijo el viejo Prather— vayamos al grano. Pues supongo que todos ustedes sospechan la existencia de algo. Ese algo es más bien un asunto que requiere no poca urgencia.

Se secó los labios con su servilleta y luego la arrojó sobre la mesa.

—Creo —prosiguió— que Charles tiene ya una ligera idea del asunto. Cuando venía hacia aquí fue espectador de un suceso que ustedes lamentablemente se perdieron.

Leonard y Mary se miraron. Permanecí mudo ya que era el *show* del viejo Prather y no el mío; por lo menos se merecía continuarlo hasta el final.

—Es bastante probable —continuó— que, sin saber cómo, nos hayamos convertido en propietarios nada menos que de una máquina del tiempo.

Durante unos minutos nadie dijo nada. Luego, echándose hacia delante, Leonard preguntó:

—¿Quiere usted decir que alguien de aquí ha inventado...?

—Nada de eso, y lo siento mucho —exclamó Prather—, pero yo jamás insinué nada parecido. Una máquina del tiempo ha caído en el vivero de abedules, justo sobre el pequeño estanque que hay detrás de los laboratorios.

—¿Caído?

—Bueno, tal vez no haya caído. Quizá el término correcto sea aparecido. Limpy, el jardinero, la encontró. Es un tipo simplón. Intuyo que no se acordarán ustedes de él. De hecho, está aquí desde hace pocos años.

—¿Quiere usted decir que el objeto surgió de pronto?

—Justo, exacto, eso es lo que he querido decir. Pueden ustedes verlo allí, en el lugar que les he indicado aunque no siempre puede verse con demasiada claridad, a veces aparece borroso por la bruma. A menudo brotan objetos a su alrededor y luego desaparecen: algo así como desviaciones dentro y fuera del tiempo, suponemos. Han ocurrido algunos extraños fenómenos en el campus. La sófora, por ejemplo.

Volviéndose hacia mí, añadió:

—El cachivache parece tenerle gusto a la sófora.

Leonard, con apenas oculta repugnancia, dijo:

—Charles es aquí nuestro experto. Es nada menos que todo un investigador del tiempo.

No respondí y por largo rato nadie pronunció palabra. El silencio llegó a ser algo embarazoso. De modo que el viejo Prather intentó deshacer el embarazo:

—Debo decirles que cada uno de ustedes está aquí por una razón especial. Nos encontramos frente a un problema que deben resolver todos y cada uno de ustedes. Espero que colaboren.

—Pero, Dr. Prather —dijo Mary—, sé poco menos que nada sobre el asunto. Jamás me he ocupado del tiempo sino de una manera abstracta. No soy competente en el terreno científico. Mi vida entera la he dedicado a la música. No creo que mi especialidad tenga nada que ver con esto.

—Justamente lo contrario de lo que yo pienso —replicó el viejo Prather— y justamente la razón por la que se encuentra aquí. Necesitamos un alma destacada, exenta de prejuicios científicos, un alma virgen, si se me permite la expresión, para enfrentarla a este fenómeno. Necesitamos la estructura de pensamiento que caracteriza a los seres como usted, que jamás ha pensado en el tiempo excepto, según muy bien ha dicho usted misma, de manera abstracta. Leonard y Charles, por el contrario, están demasiado cargados de prejuicios sobre la materia.

—Le estoy muy agradecida, obviamente —contestó Mary—, por la oportunidad que me ha ofrecido de venir aquí y, como es natural, estoy sumamente intrigada por lo que usted ha llamado «fenómeno». Pero en la actualidad, como debe usted suponer, mantengo respecto del tiempo concepciones tan primarias y burdas que no veo la forma en que pueda ser útil.

Allí sentado, escuchándola, me sorprendí a mí mismo dándole la razón. Por una vez, el viejo Prather había quedado escocido. Su razón para integrar a Mary en el equipo me parecía un absurdo.

—Y yo debo añadir asimismo —argumentó Leonard— que no he trabajado con el tiempo en particular. Naturalmente, en matemáticas (es decir, en algunos campos de la matemática) el tiempo es tomado como un factor y obviamente estoy bastante familiarizado con ello. Pero mis contactos no pasaron de tangenciales y creo que usted debería saber...

El viejo Prather alzó una mano y lo contuvo:

—No tan rápido —dijo—. Parece que ustedes se complacen en presentar dificultades. —Se volvió hacia mí—. Ahora le toca a usted. Hasta ahora no ha dicho esta boca es mía.

—Quizá —dijo— porque no tenga nada que decir.

—El hecho es —insistió— que usted estuvo en el Centro de Investigaciones sobre el Tiempo. Y yo estoy muy interesado en el motivo de esta reunión. Si no tiene nada que alegar, al menos

podría decirnos algo que no desbarrase del asunto. Siento una especial curiosidad por saber por qué abandonó usted el Centro.

—Yo no abandoné nada. Por el contrario, estaba la mar de entusiasmado. Lo que ocurrió fue que me pusieron de patitas en la calle. Usted sabe el meollo del asunto que se tramaba allí. La premisa, y es una sólida premisa, es que si queremos aventurarnos a través del sistema solar y esperamos alcanzar también las estrellas, debiéramos preocuparnos por conocer un poco más los conceptos que ahora mantenemos respecto del tiempo y el espacio.

—Oí hablar sobre un escándalo —apuntó Leonard—. Mi informador me dijo que...

—Ignoro si llegó a ser un escándalo o no, pero hasta donde me concierne no fue sino borrón y cuenta nueva. Como ustedes pueden comprobar, pienso en términos de segregación entre tiempo y espacio, considerando ambos como entidades separadas. Y, maldita sea, cuando uno piensa en ellos lo hace siempre por separado. Pero la ciencia nos ha hablado tanto del *continuum* tempo-espacial que ha llegado a ser un dogma de fe. Diríase incluso que si uno separa ambas nociones el universo entero se ha de partir por la mitad: de tal manera los científicos se han preocupado por atar setenta veces siete esos conceptos. Lo que los científicos ataren en el laboratorio no será desatado en la calle. Pero si uno ha estado trabajando con el tiempo, lo ha hecho sólo con el tiempo y no con el tiempo más otro factor. De modo que o uno se dedica al tiempo o no se dedica a nada.

—Eso suena demasiado filosófico para mí —dijo el viejo Prather.

—Aquí, en Coon Creek —le dije—, usted y algunos otros nos enseñaron a considerar el enfoque filosófico. Recuerdo que usted nos decía: «Hay que pensar con claridad y rectitud y enviar a la puta mierda los subterfugios».

El viejo Prather tosió con estridente y fingida tos.

—Dudo mucho que lo dijera en esos términos.

—Por supuesto que no lo hizo así. Sólo he hecho una traslación. Sus palabras fueron mucho más gentiles y acordes con las convenciones. Pero no es tan filosófico como parece: se trata tan sólo del más elemental sentido común, justamente lo que usted nos imbuía. Si uno no ha trabajado hasta ahora con nada, debe conocer

primero aquello con lo que va a trabajar o, al menos, alguna teoría que lo aproxime. Claro que la teoría puede estar equivocada.

—Y ésa fue la razón por la que fuiste apaleado —dijo Leonard.

—Exacto. Ésa fue la razón por la que fui apaleado. Un criterio utópico, me dijeron. Al parecer, no podía ir por el mundo de aquella manera.

Mientras hablaba, el viejo Prather se había levantado de la mesa y puesto a caminar hacia un apolillado aparador. Tomó un libro de un cajón, regresó, entregó el libro a Leonard y se sentó de nuevo.

Leonard lo abrió y estuvo hojeándolo. Repentinamente se detuvo, fijándose especialmente en una página.

Alzó la mirada, desconcertado.

—¿Dónde lo ha conseguido? —preguntó.

—Usted recordará que antes hablé de objetos que aparecían en torno a la máquina del tiempo —respondió Prather—. Que aparecían y desaparecían...

—¿Qué clase de objetos? —preguntó Mary.

—De, ninguna clase especial. Los objetos más corrientes que pueda haber. Un palo de béisbol. Una rueda de bicicleta. Cajas, botellas, todo tipo de trastos. Y siempre alrededor del artefacto. Al principio los dejábamos estar. Teníamos demasiado miedo para acercarnos y posiblemente enredarnos con los efectos temporales. Nadie sabía qué hacer.

—Sin embargo —apuntó Leonard—, alguien trajo este libro.

—Fue Limpy —aclaró Prather—. Es bastante corto de entendederas. Pero por alguna razón anda escamado con los libros. No es que haya leído muchos, y ése menos todavía.

—No debería creerlo —murmuró Leonard. Entonces vio que yo lo observaba intensamente—. De acuerdo, Charles —dijo—, te lo diré. Se trata de un libro de matemáticas.

Y, aparentemente al menos, de una nueva clase de matemáticas. Debo estudiarlo, sin embargo.

—¿Matemáticas del futuro? —pregunté.

—Aproximadamente dos siglos en el futuro —dijo el viejo Prather—, si hemos de creer la fecha del colofón.

—¿Hay alguna razón para no creerlo?

—Ni mucho menos, todo lo contrario —exclamó el viejo Prather,

entusiasmado.

—Hay algo —dije— que todavía no hemos mencionado. Las dimensiones y características de la máquina.

—Si usted cree que fue diseñada para contener un cuerpo humano, se equivoca por completo. No es lo suficiente grande. Su forma es cilíndrica y su longitud tal vez no alcance los tres pies. Está hecha con una especie de metal... qué sé yo. Hay un enrejado en cada extremo y no presenta signo alguno de poseer maquinaria. No se parece en nada a lo que uno había pensado siempre que debía ser una máquina del tiempo, vaya, pero no podemos despreciar el hecho de que actúa como tal. Es incuestionable que los objetos aparecen y desaparecen. Y también los espejismos deben convencernos. La sófora, por ejemplo, la sófora que realmente fue barrida por el viento surge y se marcha más pronto que un vistazo. Luego hay gente, gente que camina alrededor de la máquina, gente extraña que aparece momentáneamente para desaparecer a continuación. Y ocasionales estructuras, como fantasmas de ciudades, no del todo en el presente, pero tampoco en el futuro; como una intuición, un relámpago, un vislumbre. Dado que no hay nada como ello en el presente, debe proceder del futuro. Y lo he llamado espejismo a falta de otro término mejor. Como el bote en el estanque. Es demasiado pequeño para eso. Como ustedes recordarán es apenas una charca.

—¿Ha tomado usted precauciones para que nadie penetre en el campo de acción de la máquina?

—Hemos instalado una cerca alrededor. De hecho puede ocurrir que algún caminante perdido venga hasta aquí.

Pero ustedes saben muy bien que raramente tenemos esa clase de visitas. Lo primero que haremos mañana, después del desayuno, será ir a ver el artefacto.

—¿Por qué no ahora? —preguntó Leonard.

—No hay inconveniente, pero no creo que podamos ver mucho. No hay iluminación en esa parte. No obstante, si usted lo desea...

Leonard hizo un gesto de asentimiento.

—Madrugaremos mañana —dijo.

—Otra cosa que pueden haberse preguntado ustedes —continuó el viejo Prather— es cómo diablos apareció la máquina. Como les

dije antes, la encontró el jardinero. Primero hablé de una caída, luego me corregí y dije simplemente que había llegado. La rectificación no es, sin embargo, demasiado precisa. El lugar presenta irrefutables evidencias de una caída: por ejemplo, algunas ramas rotas en el abedular pueden indicarnos perfectamente que el objeto pasó por entre los árboles.

—Usted insiste en hablar de caída —dijo Mary—. Pero ¿desde dónde?

—No estamos seguros del todo, pero tenemos al menos una hipótesis. Hace unas cuantas noches ocurrió algo al oeste de aquí. Un avión se estrelló en las montañas. Es una comarca salvaje como ustedes recordarán. Algunas personas contemplaron la caída. Una expedición fue enviada al lugar y el asunto fue que allí no se encontró ningún avión. Los periódicos sugirieron la posibilidad de un meteorito. Pero estaba claro que los que subieron en expedición habían guardado el secreto. Hice algunas discretas encuestas entre mis amigos de Washington y averigüé que se sospechaba fuera una nave espacial. No una de nuestras naves. De todas las nuestras podía darse razón. De modo que no tenía más remedio que ser una nave alienígena.

—Y usted supone que la máquina del tiempo cayó de la nave alienígena —dijo Leonard—, que se desprendió y...

—Pero —apuntó Mary—, ¿para qué querría transportar una nave alienígena una máquina del tiempo?

—No una máquina del tiempo —dije—, sino un dispositivo temporico. Un sistema de conducción que utiliza el tiempo como fuente de energía.

III

Como no podía pegar ojo, salí a dar un paseo. La luna acababa

de aparecer sobre las colinas del este y su argentada luz apenas dispersaba las tinieblas.

No podía dormir. Había cerrado los ojos y había intentado encarecidamente entregarme al sueño, pero siempre acababa por abrirlos y clavarlos en el techo; tampoco se trataba realmente del techo, sino de la espesa cortina de oscuridad que había en medio.

Un dispositivo a base de tiempo, me dije a mí mismo. El tiempo usado como energía. Entonces, ¡siempre había estado en lo cierto! Si lo que se había desprendido de la nave y yacía ahora sobre el embalse del abedular era realmente un motor, entonces yo había estado siempre en lo cierto mientras que los otros se habían enfangado en el error. Y, más aún, si el tiempo podía ser usado como energía, el universo estaba abierto para nosotros; no sólo las estrellas más cercanas, no sólo el circuito de la galaxia, sino el universo entero, todo cuanto existe. Pues si el tiempo pudiera ser manipulado —y usarlo como fuente de energía no es otra cosa que arribar a su dominio— las distancias espaciales se convertirían en una nulidad, dejarían de tenerse en cuenta y el hombre podría ir adonde deseara.

Alcé los ojos y miré las estrellas. Deseé gritarles: Ahora estáis en nuestro poder pues habéis dejado de ser inaccesibles. Vuestra distancia ha perdido sentido para nosotros. Vuestra distancia, o la más inconmensurable distancia a que se encuentren las más lejanas de vuestras hermanas, incluso la de aquellas que todavía no han arrojado su resplandor sobre nosotros, no impedirán nuestro acercamiento en lo sucesivo. Ni las estrellas no descubiertas, ni las que escapan al telescopio más potente se muestran ahora fuera de nuestro alcance.

Esto deseé gritarles, pero no lo hice. Por lo común no se entretiene uno declamando ante las estrellas. Una estrella es demasiado impersonal como para suscitar el deseo de dirigirse a ella.

Descendí a la carretera y luego seguí por un sendero que tuerce colina arriba hacia el observatorio; miré a mi izquierda y pensé: me encuentro justo un poco por encima del vivero de abedules que rodea el estanque. Intentando divisar el cilindro, consideré por milésima vez si podía ser realmente lo que había pensado que era.

Mientras doblaba una de las curvas del serpenteante camino, un hombre apareció silenciosamente del escondite que tal vez había tomado. Me detuve intrigado por tan repentina presencia, pensando que a tales horas de la noche no podía haber nadie por aquellos parajes.

—Charles Spencer —dijo el hombre—. ¿Es usted Charles Spencer?

—Eso dicen —contesté. Su rostro estaba en la sombra y nada podía hacer por evitarlo.

—Debo disculparme —dijo— por interrumpir su paseo. Pensé que no había nadie por aquí. Usted seguramente no me recuerda. Soy Kirby Winthrop.

Indagué en mi memoria y un nombre surgió de ella.

—Claro que me acuerdo de usted —dije—. Usted iba un año o dos por detrás de mí. Más de una vez me he preguntado por su paradero. —Todo esto no era más que una mentira, pues jamás, ni por pienso, me había acordado de él.

—Me quedé aquí —dijo el otro—. Hay algo en este lugar que se mete en las venas. Me dediqué a la enseñanza. Aunque más bien a la investigación. ¿Le ha contado el viejo Prather lo de la máquina del tiempo?

—No sólo a mí, también a algunos otros —le dije—. ¿Qué sabe usted sobre ello?

—Nada, en realidad. Está fuera de mi competencia. Lo mío es la cibernética. Por eso estoy aquí. A veces vengo a la colina, cuando todo está tranquilo, para meditar.

—Siempre que he tomado contacto con la cibernética —le dije —, he acabado considerándome como un imbécil.

—Es un vasto campo. Yo trabajo con la inteligencia.

—Es obvio.

—Con máquinas inteligentes, quiero decir —aclaró.

—¿Pueden las máquinas ser inteligentes?

—Al menos, prefiero creerlo así.

—Hacemos progresos, ¿eh?

—Tengo una teoría sobre el objeto de mi trabajo —dijo.

—Supongo que debe ser excelente —dije—. Le deseo toda clase de éxitos.

Me dio la sensación de que estaba ávido de soltar la lengua, ahora que había encontrado a alguien a quien contar sus historias, sobre todo si ese alguien no lo había soportado antes. Pero yo no tenía el menor deseo de gozar de su compañía.

—Creo que debo marcharme —dije—. Comienza a hacer frío y quizás ahora me encuentre en condiciones de reemprender la búsqueda del sueño perdido.

Me volví para marcharme, pero su voz me interrumpió.

—Quería preguntarle algo, Charley. ¿A cuánta gente le ha comentado usted su educación en Coon Creek?

La pregunta me sorprendió, de modo que me volví hacia él.

—Es una pregunta divertida, Kirby.

—Puede ser —dijo—, pero responda a cuánta gente.

—La menos posible —le dije. Dudé un momento, esperando que siguiera hablando, pero como no lo hizo agregué—: Ha sido un placer verlo, Kirby. —Reanudé mi camino en dirección al patio del Instituto.

Pero su voz aún resonó a mis espaldas, de suerte que me vi obligado a detenerme de nuevo.

—"Hay algo más —dijo el tipo—. ¿Qué sabe usted de la historia de Coon Creek?

—Ni una palabra. No suelo ser curioso.

—Yo lo fui —dijo— y tuve que contenerme. ¿Sabe usted que en este centro no hay invertido ni un real del erario público? ¿Y que en toda su historia jamás ha sido pedida una subvención? Al menos hasta donde llegaron mis pesquisas no había la menor huella de subvención alguna.

—Creo que hay un fondo monetario —dije— que cotiza desde los años ochenta. Lo abrió un tipo llamado Cramden. Cramden Hall recibió su nombre de él.

—Correcta la última observación —dijo Winthrop—, sólo que jamás existió nadie llamado Cramden. Alguien depositó el dinero con ese nombre, pero jamás existió ningún Cramden. Jamás existió nadie que se llamara así.

—¿Quién puso el dinero, pues?

—Lo ignoro —dijo.

—Bien —argumenté—, no creo que para nosotros represente

mucha diferencia. Coon Creek está aquí y eso es todo lo que nos interesa.

Me puse en camino nuevamente y esta vez el tipo me dejó marchar.

Me alegro de haberle visto, le había dicho, pero maldito si me alegraba un carajo. Intenté recordar al tipo: un nombre surgido del pasado, tan sólo un nombre desprovisto de rostro. El hombre había permanecido todo el rato de espaldas a la luna sin que pudiera distinguir sus facciones.

Luego, toda la cháchara sobre si yo acostumbraba a hablar sobre Coon Creek y sobre quién subvencionaba el colegio. ¿Qué se proponía el tipo y por qué se estaba entrometiendo? En cualquier caso, me dije, no es asunto mío. No había venido aquí para preocuparme por esas cosas.

Alancé otra vez la carretera. Cuando ya estaba al pie de las escaleras que conducen a Cramden Hall, me volví y contemplé la curva que formaba el camino encerrando el parque que, para mi gusto, sobrepasaba lo cursi.

Coon Creek, pensé. Sí, sí, el mismo Coon Creek. Un lugar cuyo nombre nadie pronunciaría a causa de su malsonancia; pero ocurre que la gente siempre le pregunta a uno dónde ha estado y qué clase de estudios ha recibido; entonces hay que callarse si no quiere encontrarse con que el otro le responde que jamás ha oído un nombre tan desagradable.

De modo que no puede mencionarse porque nadie lo ha oído y, más aún, porque cualquiera podría decirle a uno que nadie en su sano juicio habría ido a un colegio con un nombre tan jodido. Ni tampoco podía uno decir que es el colegio quien selecciona a los estudiantes en vez de lo contrario; que se dedica a seleccionar cerebros de la misma manera que los demás colegios seleccionan muchachotes para completar su equipo de fútbol.

«Cerebros» no era la palabra exacta, toda vez que algunos de los reclutados —y yo entre ellos— no descollábamos precisamente como empollones. Más bien se trataba de una habilidad especial, no del todo definida, para afrontar problemas concernientes a una filosofía tan poco concreta como excesivamente conocida, obviamente, por cierta clase de individuos, que justamente no eran

los escogidos para realizar sus estudios en Coon Creek. Cómo encontraban el alumnado permanece oscuro para mí y sobre la cuestión de quién estaría detrás de todo debo decir tres cuartos de lo mismo. El gobierno, había pensado yo siempre, pero estaba muy lejos de poder afirmarlo con seguridad. El proceso de selección seguía los mismos secretos procedimientos que si se tratara del gobierno. Sin embargo, si lo que Winthrop me había dicho era cierto, no se trataba del gobierno ni nada que se le pareciera.

No todos salimos tan perfectos como hubiera sido de esperar. Yo, por ejemplo. Y Mary..., bueno, quizá Mary tampoco. Durante el tiempo que pasó en el Instituto, recordé, manifestó tal interés por la economía que llevó de calle al viejo Prather y quizá a algunos más; pero, de pronto, se volcó sobre la música, que debía ser lo último que podía ocurrírsele a cualquiera que estuviese allí. Leonard fue otro caso, uno de los de mayor éxito, por cierto, convirtiéndose en un brillante matemático capaz de conducir a la ciencia más allá de sus posibilidades lógicas y alcanzando tal dominio de la materia que llegó a creérsele capaz no sólo de comprender el mecanismo del universo entero sino también sus más ocultos propósitos.

Todavía estuve un rato contemplando la carretera y el terreno que abarcaba su curva, esperando —supongo— que la sófora apareciera de nuevo; pero no ocurrió así y comencé a subir la escalera.

IV

La máquina del tiempo, según el viejo Prather la había denominado, estaba incrustada entre dos troncos de abedul. Había una especie de bruma parpadeante a su alrededor, pero no lo bastante como para no verla con cierta claridad. Su entorno estaba completamente libre de despojos tempóricos, y sólo alcanzamos a

ver una pelota de tenis y una bota vieja, nada más. Mientras la contemplábamos, la bota desapareció.

—Hicimos una investigación preliminar —dijo el viejo Prather— antes que llegaran ustedes. Trajimos una cámara fotográfica con soporte y, acercándola todo lo que pudimos, logramos fotografiar todos los puntos de su superficie, es decir, todos exceptuando aquellos que permanecen ocultos. No sucedió la cosa sin incidentes. La primera cámara la perdimos. Fue propulsada dentro del tiempo y acaso aparezca cuando ustedes consigan desmontar este trasto. No perdimos la segunda cámara y descubrimos a cambio una cosa. Medio hundido en el suelo y oculto tras un tronco encontramos lo que parecía ser una especie de mando.

El viejo Prather abrió la carpeta que llevaba bajo el brazo y todos nos acercamos para mirar. Un par de fotografías mostraban lo que, en efecto, parecía ser un control: un parche circular adosado al metal del cilindro, aunque nada más. No se veía la menor inscripción, aunque parecía tener tres pequeñas hendeduras en el borde. Las hendeduras podían haber sido articuladas como una forma de mecanismo controlador, pero allí nada había que lo indicara así.

—¿Nada más? —preguntó Leonard.

—Sólo un par de arañazos sobre la superficie —dijo Prather. Encontró las fotografías y nos las alargó—. Uno a cada extremo.

—Pueden servir para determinar la posición —dije— del lugar de la nave donde fue montado el aparato. Si es que se trata de un motor e iba en una nave. Las señales corresponderían a los lugares por los que permanecía sujeto.

—Pareces estar asquerosamente seguro de lo que dices —dijo Leonard con una mueca de desagrado.

—Es sólo una idea —repliqué.

—A mí me parece que va a ser necesaria más gente que nosotros tres —dijo Leonard de nuevo—. Charley es aquí el único que sabe algo sobre el tiempo y...

—Todo cuanto puedo aportar —aduje— se encuentra única y exclusivamente en el campo de la hipótesis. No tengo la menor idea de cómo un trasto como ése ha podido venir a parar aquí. No podemos ir más allá por ese lado. Si es un motor de tiempo, cuanto

yo sea capaz de sugerir es ocioso y salta a la vista; pero todavía ignoramos al respecto lo que puede hacer una unidad de fuerza temporal. Quizá no sea demasiado poderosa, pero con toda seguridad ese poder actúa con intervalos. Y en vez de estar perdiendo el tiempo con el asunto y haciendo cualquier cosa que pueda devolverle su pleno poder...

El viejo Prather movió la cabeza gravemente.

—Podríamos correr ese riesgo —dijo—, siempre que el asunto se quedara en familia. Sería muy espinoso compartirlo con alguien más, sobre todo con el gobierno. Pues si recurrimos a alguien, ese alguien no será otro que el gobierno.

—Podríamos trabajar mejor con nuestra máquina —dijo Mary— si lográramos sacarla del abedular. Por lo menos la tendríamos a nuestra disposición toda entera y no sólo una de sus partes.

—Ya pensamos en eso —dijo el viejo Prather—, pero teníamos miedo a tocarla. Naturalmente, podríamos arrancarla de aquí, pero...

—Opino —dijo Leonard— que no deberíamos tocarla por lo pronto. Aun la menor sacudida podría afectar su mecanismo. Es terrible tener que trabajar en la ignorancia y ocurre precisamente que no sabemos lo que tenemos entre las manos. Si pudiéramos desconectarla... pero no tengo ni puñetera idea de cómo puede desconectarse. Ese control en forma de círculo, si es que se trata de un control. Pero ¿qué hacer para que surja efecto?

—Usted dijo que Limpy trajo el libro —dijo Mary al viejo Prather—. ¿Cómo se las compuso? ¿Alargó la mano y lo cogió?

—Llevaba una azada —contestó Prather—. La utilizó como gancho.

—Quizá alguien de los laboratorios —dijo Leonard— pueda proporcionarnos algo con lo que manipular el círculo. Podríamos extender alguna herramienta hasta las tres hendeduras y manipular sobre ellas.

—Eso está bien pensado —dije— pero ¿sabrías la forma de hacer girar el disco?

Pero era absurdo preocuparse por la forma de hacer girar el disco. En el taller del laboratorio nos dieron una herramienta acorde con las dimensiones que dedujimos de las fotografías. Sin

embargo, nos equivocamos la primera vez. A la segunda intentona acertamos, pero no pudimos trabajar. La herramienta resbalaba sobre las hendeduras. El metal parecía estar dotado de una cualidad aceitosa. No había forma de encontrar un asidero. Estuvimos hasta la noche rebuscando trastos hasta dar con alguno que sirviera para nuestros fines. Pero ni nosotros ni el personal del taller tuvimos suerte.

Durante la cena intentamos llegar a un acuerdo. No en lo concerniente a poder o no desconectar el aparato, sino, por ejemplo, en qué diablos íbamos a hacer con él una vez desconectado. ¿Cómo narices podíamos investigar una máquina del tiempo? Suponiendo que tuviéramos suerte, lo que ya era mucho suponer, tal vez llegáramos a desmontarla y a fotografiar y calibrar por separado las diversas piezas. Pero aunque consiguiéramos semejante dádiva de la fortuna y, más aún, obtuviéramos de ella el don de poder volver a juntar todo lo separado, todavía nos faltaría llegar a entender el funcionamiento del conjunto. Aun cuando fuéramos capaces de desmontarlo pieza a pieza, aun cuando examináramos cada componente y comprendiéramos la relación entre las partes y el todo, lo principal, al cabo, seguiría escapándonos.

La cuestión más importante era, según convinimos, el peligro, tal vez un grave peligro, que podría entrañar el desarmar la maquinaria. Cualquiera que fuese, el cilindro metálico constaba de un factor que no era del todo comprendido. Por muchas cabalas que hiciéramos siempre topábamos con ese factor, que no era otro que el tiempo o lo que a falta de otro nombre teníamos que calificar como tiempo. Y nadie, absolutamente nadie, sabía la clase de tiempo que podía ser.

—Lo que necesitamos —dijo Leonard— es algo capaz de contener tiempo, algo capaz de aislarlo.

—Justo —dije—, de eso se trata. Algo que amortigüe el factor tiempo mientras trabajamos, de manera que no corramos el riesgo de ser trasladados hasta el período Carbonífero o hacia el momento de la muerte térmica del universo.

—No creo que sea tan potente ese trasto —objetó el viejo Prather.

—Probablemente no, al menos por ahora —replicó Leonard—.

Charley piensa que funciona en *ralentí*, más aún, que apenas funciona. Pero si el artefacto es exactamente lo que suponemos, tiene poder suficiente como para mover una nave espacial durante muchos años-luz.

—El amortiguador debería ser algo inmaterial —dije—. Algo que no formara parte del universo material. Cualquier cosa que tenga masa es afectada por el tiempo, luego lo que necesitamos es aquello que sea inmune a tal efecto.

—La luz, tal vez —sugirió Mary—. Rayos láser...

—O el tiempo afecta a la luz —dijo Leonard sacudiendo la cabeza— o la luz tiene establecido su propio parámetro temporal. Lo único que tiene es velocidad y aunque no lo parezca se mantiene siempre material. La luz puede ser atraída por cualquier fuerte campo magnético. Lo que necesitamos es algo al margen del tiempo, algo independiente de él.

—Muy bien, tal vez el pensamiento entonces —replicó Mary—. La mente. El pensamiento telepático puede dirigirse al aparato y establecer con él algún tipo de relación.

—Eso se ajusta a nuestros deseos —convino el viejo Prather—, pero nos encontramos a mil años de comprender su funcionamiento. Ignoramos por completo lo que la mente pueda ser. No sabemos nada de su actuación y sus formas. No somos telépatas.

—Bueno —repuso Mary—, a mí me parece lo mejor. Por lo pronto ya he sugerido un par de ideas, aunque no muy buenas. ¿Qué dice el resto?

—Voto por la brujería —dije—. Vayamos a África o al Caribe y procurémonos un buen hechicero.

Había intentado al menos ser gracioso, pero no parecieron tomárselo como yo. Los tres, sentados, me miraban como búhos cargados de solemnidad.

—¿Y algún tipo de resonancia? —comentó Leonard.

—Conozco un poco la materia —dijo Mary—, pero no serviría. Estás hablando de una clase de música y no olvides que yo sé música. El tiempo es una parte de la música. La música está basada en el tiempo.

Leonard arrugó el entrecejo.

—Apostaría a que nos equivocamos —nos dijo—, y no creo que

haga falta pensarlo demasiado. Se me está ocurriendo algo acerca de los átomos. Posiblemente no existe el tiempo en la estructura atómica. Algunos investigadores han aventurado esta teoría. Si pudiéramos alinear átomos y alcanzáramos a introducirlos en forma de escalera... —Agitó la cabeza—. No, no serviría. No hay en este mundo nada capaz de lograrlo, y aun si lo hubiera estoy seguro de que no serviría.

—Un fuerte campo magnético —dijo el viejo Prather—. Envolver el artefacto en un campo magnético.

—No está mal —dije—. Eso serviría de cebo. El campo desviaría y se llenaría de tiempo. Pero, aparte del hecho de que no podemos construir un campo como ése...

—Y aunque pudiéramos —agregó Mary— no podríamos trabajar dentro del campo. El asunto es controlar el tiempo para poder investigar el artefacto.

—Lo único que puede sernos útil es la muerte —sugerí—. La muerte es atemporal.

—¿Puedes decirme lo que es la muerte? —soltó Leonard.

—No —dije mientras le sonreía cándidamente.

—Eres un jodido listo de la vida —dijo con sorna—. Siempre lo fuiste.

—Vamos, vamos —exclamó el viejo Prather, asustado—. Tomemos más vino. Aún queda un culo en la botella.

—¿Por qué no nos dejamos estar de niñadas? —apuntó Mary—. A mis oídos la muerte suena tan bien como a los oídos de cualquiera.

Me incliné ante ella con la seriedad de un payaso y me respondió poniendo cara de boba. El viejo Prather comenzó a saltar alrededor de la mesa como un canguro mientras escanciaba el vino.

—Espero —dijo— que los chicos del taller puedan traernos algo con lo que dar vueltas al dial de control.

—En caso contrario —dijo Mary lo haremos nosotros con la mano. ¿Hemos pensado alguna vez que la mano humana es más eficaz que la herramienta más precisa?

—Lo jodido es —puntualizó Leonard— que por más perfecta que llegue a ser una herramienta siempre encuentra el punto en que se vuelve incompetente.

—Pero no podemos hacerlo con la mano —protestó el viejo Prather—. Está el efecto tempórico.

—Sobre las cosas pequeñas —dijo Mary—. Sobre libros, pelotas de tenis y botas. Nunca sobre cosas vivas. Nunca nada con la masa de un cuerpo humano.

V

Lo intentamos. Finalmente tuvimos que intentarlo.

Las herramientas del taller durmieron su ocio y nosotros, así de sencillo, no podíamos abandonar la máquina del tiempo en el vivero de abedules. Todavía funcionaba. Mientras la contemplábamos aparecieron y desaparecieron un reloj de pulsera, un mugriento libro de apuntes y un viejo sombrero de fieltro. Luego, vimos el bote sobre el estanque que nada sabía de botes.

—He pasado la noche con el texto de matemáticas —dijo Leonard—, esperando poder encontrar cualquier cosa capaz de ayudarnos. Ha sido inútil. Conceptos nuevos e intrincados, naturalmente, pero nada que pueda ser aplicado al tiempo.

—Podríamos construir una fuerte barrera alrededor del artilugio —propuso el viejo Prather— y dejarlo aquí hasta que sepamos qué hacer con él.

—Absurdo —dictaminó Mary—. ¿Para qué queremos una barrera? Lo que nos hace falta es entrar en el cerco que ella delimitaría...

—No —dijo Leonard—, no creo que debamos hacerlo. No sabemos...

—Sabemos —dijo Mary— que el cacharro puede mover objetos pequeños. Nada de gran tamaño. Nada animado. Ni una sola cosa viva. Ni un conejo o una ardilla. Ni siquiera un ratón.

—Quizá no haya ratones por aquí —dijo el viejo Prather.

—Disparates —replicó ella—. Siempre hay ratones en un lugar así.

—La sófora —dijo Leonard—. Se encuentra a bastante distancia de aquí y no podemos decir que sea un objeto pequeño.

—Pero sí inanimado —dijo Mary.

—Creo que usted habló de espejismos —dije al viejo Prather—. Espejismos de gente y edificios.

—Sí —repuso—, pero meramente sombras. Siluetas tan sólo.

—¡Diantre, yo no sé qué pensar! —dije—. Quizá Mary esté en lo cierto. Quizá no surta efecto con los seres vivos.

—Siempre sería un riesgo —comentó Leonard.

—Leonard —dijo Mary—, en eso está tu error. He estado todo este tiempo preguntándome en qué estarías fallando. Ahora creo saberlo. Tú nunca te arriesgas, ¿no es cierto?

—Jamás —contestó Leonard—. Es absurdo arriesgarse. Eso sólo lo hacen los primos.

—Naturalmente —exclamó Mary—. Un computador en vez de cerebro. Unas cuantas ecuaciones matemáticas pueden resumir tu vida. Eres diferente del resto de nosotros. Yo sí me arriesgo; Charley vamos a apostar...

—De acuerdo —acepté—. Dejemos de discutir. Yo haré el trabajo. Dijiste que los dedos eran más eficaces que la mejor herramienta, de modo que descubrámoslo. Todo cuanto tenéis que decirme es hacia dónde tendré que girar.

Mary me cogió del brazo.

—No, tú no —dijo—. Yo lo he propuesto y yo lo intentaré.

—¿Por qué no los dos? —sugirió Leonard con desdén, sin poder evitar su natural grosería—. ¿O por qué no os lo jugáis a los chinos?

—Es una buena idea —replicó Mary—, pero no para aplicarla a nosotros dos, sino a los tres que componemos el equipo.

El viejo Prather había permanecido callado, pero inquieto, dando vueltas a nuestro alrededor, hasta que creyó oportuno opinar.

—Pienso que están todos ustedes como una cabra. ¡Jugárselo a los chinos, cómo no! No lo apruebo bajo ningún concepto. Es decir, no lo acepto bajo las condiciones expresadas. Nos lo jugaremos a los chinos, sí, pero no entre tres sino entre cuatro.

—Su vida no puede perderse —dije—. Si ocurriera que nosotros tres quedáramos atrapados en el circuito de tiempo, tendría que quedar algún aedo que cantara nuestra epopeya. Y usted sabe explicar las cosas como nadie. Lo ha estado haciendo durante años.

Evidentemente era una locura. Si hubiéramos dispuesto de un par de segundos para serenarnos no lo habríamos hecho. Pero estábamos inmersos en un mar de agitación y todos nos lo habíamos tomado con la megalomanía suficiente como para no poder echarnos atrás. Leonard hubiera podido de no haber quedado atrapado en las redes de un cretino orgullo. Si él hubiera dicho: «no sigo adelante», la cosa se habría terminado. Pero si lo hubiera hecho no habría quedado libre del estigma de la cobardía.

No nos lo jugamos a los chinos. Cogimos tres pedazos de papel y sobre ellos pusimos sendos números: 1, 2 y 3.

Mary obtuvo el 1, Leonard el 2 y yo quedé con el 3.

—Bueno, ya está hecho —dijo Mary—. Yo seré la primera en intentarlo. Lo cual es justo, pues fue idea mía.

—A la mierda con eso —dije—. Dime exactamente cómo vas a girar el disco, si es que puede girarse.

—Charles —dijo Mary con voz que quería camelarme—, ¿debo insistir en mis derechos de ciudadana americana después de haberme amargado la juventud con tus discursos chovinistas?

—¡Por Cristo crucificado! —exclamó Leonard—. ¡Déjala que vaya de una vez! Está más segura que todos nosotros.

—Sigo sin aprobar la decisión —se entrometió el viejo Prather, de nuevo con sus pejugueras—, aunque el procedimiento haya sido totalmente democrático. Opto por lavarme las manos. Me desentiendo del asunto.

—Mejor nos la pone —dije.

—Lo giraré en el sentido de las agujas del reloj —explicó Mary—. Después de todo, es lo usual...

—No corras tanto —dijo Leonard—, se trata de una convención humana...

Antes de que pudiera detenerla, se introdujo en el abedular, llegó al cilindro y se inclinó sobre el supuesto disco de control. Fascinado, miré boquiabierto durante un intenso segundo cómo sus dedos lo tanteaban y comenzaban a girarlo. Vi perfectamente que el

disco se movía. De manera que tenía razón después de todo, pensé: los dedos son más eficaces que la mejor herramienta.

Pero, en cambio, mientras el pensamiento se formulaba en mi cabeza Mary desapareció y en torno al cilindro, surgió repentinamente un chorro de variados objetos fuera del tiempo, introducidos en el presente desde el pasado y el futuro y —una vez tamizados por nuestra contemporaneidad— arrojados al futuro o al pasado, siguiendo la dirección de su movimiento inicial. Había un transistor, una camisa de hippy, una mochila, un par de libretas escolares para niños, unas gafas, un bolso de mujer y, alabado sea Dios, un conejo.

—¡Lo ha girado en sentido equivocado! —grité—. No lo ha amortiguado, sino todo lo contrario.

Leonard dio un paso adelante, se detuvo, dio otro corto paso. Esperé unos segundos y, al advertir que ya no avanzaba más, lo aparté con un brazo mientras me zambullía en la zona. Una vez en el abedular llegué al cilindro y tanteé el disco; sentí una pequeña descarga mientras mi cerebro repetía: de derecha a izquierda, de derecha a izquierda, de derecha a izquierda...

No me recuerdo a mí mismo girando el disco, pero de repente todos los despojos sincrónicos que habían estado zumbando sobre y en torno a mis pies dejaron de estar allí, incluso el cilindro dejó de estar allí.

Lentamente retrocedí y abandoné el vivero.

—¿Qué le ha pasado al cachivache? —pregunté. Y mientras hacía la pregunta me volví para recibir la respuesta de mis compañeros. Pero no había tampoco compañeros.

Estaba solo y nada curado de espanto. Todas las cosas presentaban el aspecto que antes tuvieran. El día era todavía un día radiante, el abedular parecía el mismo de siempre y la charca no ofrecía ninguna diferencia... aunque sí la ofrecía: ahora, varado en la orilla, se veía un bote de remos.

Temblé ante la visión y me puse rígido para contener los escalofríos. Mi entendimiento captaba las cosas con reluctancia y me ordenaba luchar contra cualquier eventualidad.

¿Había hecho el trabajo?, me pregunté. ¿Lo había hecho yo del todo o Leonard, andando tras mis pasos, lo había completado? Pero

entonces pensé que sin duda lo había realizado yo solo puesto que ni Leonard ni el viejo Prather me habían seguido.

¿Habría logrado hacer desaparecer el cilindro? ¿A qué distancia? ¿Dónde estaba Mary? ¿Y qué pasaba con el bote de remos? Todas estas preguntas me las formulaba estérilmente.

Eché a andar por la cuesta hacia Cramden Hall, y mientras lo hacía miraba a mi alrededor intentando descubrir algún cambio. Pero si alguno había tan pequeño debía ser que no conseguí descubrirlo. Recordé que Coon Creek no experimentaba cambio alguno con el paso de los años. Permanecía erguido como una pesada mole, algo desvencijada y buscando la humildad de los que pretenden pasar desapercibidos. Mostraba una protectora capa de pintura.

Había unos cuantos estudiantes por allí. Mientras bajaba hacia el sendero que lleva hasta la curva de la carretera, me di de manos a boca con uno de ellos; no llamé su atención, sin embargo. Iba cargado con un montón de libros y parecía tener prisa.

Ascendí por los escalones levantados ante el edificio y me introduje en la penumbra silenciosa del vestíbulo. No había nadie allí, pero alcancé a oír el ruido de unos pasos bajando por una escalera que estaba fuera de mi campo de visión.

Permanecí allí, pero sintiéndome como un extraño que no tuviera derecho a estar en aquel lugar. Justo en el vestíbulo se encontraba el despacho del viejo Prather. Él tendría la respuesta y, debiera o no permanecer allí, pensé que el viejo Prather era el más indicado para darme la respuesta que necesitaba.

Pero había tal frialdad en el lugar que la cosa empezó a no gustarme, una frialdad que, ahora que los distantes pasos habían cesado, vino acompañada del silencio.

Estaba a punto de marcharme, pero decidí entrar y, mientras me dirigía hacia la puerta del despacho, un hombre salió por ella. Atravesó el vestíbulo hacia mí, en tanto yo permanecía clavado, sin saber qué hacer, sin siquiera desear marcharme, casi exigiendo que el hombre que caminaba hacia mí no me viera, aunque tenía la completa seguridad de que esto era imposible.

Era el desplazamiento en el tiempo, pensé, una sensación de notarse desplazado en el tiempo. Era algo que en el Centro de

Investigaciones sobre el Tiempo habíamos calificado como inercia ucrónica. Si un hombre puede moverse en el tiempo, ¿debe sentirse desplazado? ¿Sentiría un encuadre temporal distinto? ¿Advertía ese hombre el paso del tiempo? ¿Era la continua referencia temporal un factor inherente al entorno humano?

La luz del vestíbulo era débil y el rostro del hombre que se me acercaba era de lo más ordinario, casi un estereotipo, una de esas caras que uno ve cotidianamente multiplicadas, con tan escasos rasgos peculiares que uno no puede acordarse de ellas, convirtiéndose en un patrón común.

El hombre disminuyó el paso mientras se me aproximaba. Entonces habló.

—¿Hay algo en que pueda ayudarlo? —dijo—. ¿Busca usted a alguien?

—A Prather —dije.

Un cambio repentino se dibujó sobre su rostro, un cambio que lo mismo entrañaba miedo que asombro. Se me quedó mirando fijamente.

—¿Charley? —dijo interrogándome—. ¿Es usted Charley Spencer?

—El mismo —contesté—. ¿Y el viejo Prather?

—El viejo Prather está muerto —replicó.

—¿Quién es usted?

—Debería recordarme. Soy Kirby Winthrop. He ocupado el lugar de Prather.

—Rápido trabajo —comenté—. Lo vi a usted justo la otra noche.

—Hace quince años —dijo Kirby—. Nuestro encuentro en la colina del Observatorio fue hace quince años.

Me estremecí ligeramente aunque estaba preparado para esto. Realmente no había pensado en ello, no me había permitido a mí mismo pensar sobre el asunto. Si tuve alguna reacción creo que fue de alivio al comprobar que no había sido de cien años el traslado.

—¿Qué hay respecto de Mary? —pregunté—. ¿Ha emergido ya?

—Creo que debería tomar un trago —ofreció Kirby—. Y creo que yo también lo necesito. Vayamos a beber algo.

Me tomó del brazo y juntos caminamos hacia la habitación que Kirby había dejado.

—Atienda todas las llamadas —dijo a la telefonista del antedespacho—. No estoy para nadie. —Se hizo a un lado y entramos en la oficina.

Casi me llevó en brazos hasta un cómodo y profundo sillón situado en una esquina, y luego fue hasta el pequeño bar que había bajo las ventanas.

—¿Qué prefiere?

—Escocés, si tiene, por favor.

Volvió con los vasos, me alargó uno y se sentó en un sillón frente a mí.

—Ahora podemos hablar —dijo—. Pero hagamos antes un pequeño brindis. ¿Sabe?, todos estos años he estado esperándolo. No ha sido una sorpresa verlo emerger, naturalmente, si es que debía emerger alguna vez.

—Eso es lo que yo temía —dije.

—Sí, quizá haya algo de eso también. Pero no demasiado. Un poco aturdido, pero...

Kirby dejó la frase flotando en el aire. Bebí un sorbo de mi vaso.

—Le he preguntado por Mary.

—Ella no podrá venir aquí —dijo moviendo la cabeza—. Tomó un camino diferente.

—¿Se refiere usted al pasado?

—Eso mismo. Hablaremos de ello más tarde.

—He visto que el artefacto ha desaparecido. ¿Lo desconecté?

—Usted consiguió desconectarlo.

—Me preguntaba si tal vez Leonard o el viejo Prather...

—Leonard es un caso archivado. Y en cuanto al viejo Prather... bueno, usted ya lo sabe. El viejo Prather nunca tuvo parte en el asunto. Siempre fue extraño a todo. Sólo un espectador. Era su forma de vivir, su función en la vida. Siempre había gente que hacía las cosas por él...

—Ya veo. De modo que usted logró sacarlo de allí. ¿Dónde está ahora?

—¿Sacarlo? ¿Se refiere al motor?

—Eso mismo.

—Justo en este momento se encuentra en la planta de Astrofísica.

—No recuerdo...

—Es nueva —dijo—. El primer edificio nuevo en el campus desde hace cincuenta años. Eso y el aeropuerto espacial.

Casi salté del sillón para dejarme caer luego.

—Un aeropuerto espacial...

—Charley —dijo Kirby—, hemos conseguido llegar hasta la constelación del Centauro y la del Cisne.

—¿Hemos?

—Nosotros. Aquí. El Instituto Coon Creek.

—¡Luego funcionó!

—Puede estar seguro de que funcionó.

—Las estrellas —murmuré—. ¡Dios mío, hemos viajado hasta las estrellas! ¿Sabe?, la noche en que nos encontramos en la colina yo deseé gritar a las estrellas, decirles que ya no había obstáculos entre ellas y nosotros. ¿Qué han descubierto ustedes?

—En Centauro nada. Sólo las tres estrellas. Interesante, naturalmente, pero sin planetas. Ni siquiera residuos espaciales. Un sistema planetario nunca formado, jamás posible. El Cisne tiene planetas, doce concretamente, pero en ninguno puede aterrizar. Algunos son gigantescas masas de metano, otros están en proceso de formación, uno es una acumulación de cenizas calcinadas demasiado cerca del sol.

—Entonces hay planetas.

—Claro, y millones, billones de sistemas solares. Al menos es lo que pensamos.

—Usted habla de nosotros. ¿Qué hay acerca de los demás? ¿Y el gobierno?

—Charley —dijo—, usted parece no comprender. Nosotros somos los únicos que estamos en el ajo. Nadie más.

—Pero...

—Lo sé. Ellos lo han intentado. Pero nosotros decidimos que no. Recuerde que somos una institución privada. Ni un céntimo del Estado...

—Coon Creek —dije, medio riéndome ante lo ridículo que resultaba pensarlo—, el viejo y bueno Coon Creek ensayando la autonomía.

—Hemos instalado un sistema de seguridad —dijo Kirby con

delectación—. Toda clase de detectores alrededor del lugar. Creo que hay suficientes.

—Usted dijo que el motor está aquí. Lo que significa que ustedes pueden construir otros.

—No es problema. Hemos hecho diagramas, hemos calibrado sus componentes, lo hemos fotografiado. Lo hemos recorrido hasta el más pequeño átomo. Evidentemente podemos construir cientos como él, pero hay algo...

—¿Sí?

—Ignoramos lo que lo hace funcionar. No poseemos el dato más importante.

—¿Leonard?

—Leonard está muerto. Se suicidó. Aunque no creo que si estuviera vivo...

—Hay algo más —dije—. Ustedes no se hubieran arriesgado estúpidamente con el artefacto si no hubieran sabido la manera de amortiguar el efecto tempórico. El viejo Prather y nosotros tres estuvimos rompiéndonos los cuernos con eso...

—Con la inteligencia —dijo Kirby.

—¿Qué quiere decir con «inteligencia»?

—Recuerde la noche en que estuvimos hablando. Yo le dije a usted que estaba construyendo...

—¡Una máquina inteligente! —grité—. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Sí, eso es lo que quiero decir. Una máquina inteligente. Y casi lo había logrado la noche en que hablamos.

—Luego Mary iba por buen camino —dije—. Aquella noche, durante la cena, ella dijo «pensamiento». Transmisión del pensamiento dirigiéndose al artefacto. Tenía que ser una cosa inmaterial. Estuvimos dándole vueltas sin conseguir nada. Pero sabíamos tenía que haber un neutralizador.

Guardé silencio, intentando poner en orden mis ideas.

—El gobierno sospecha —dije— de dónde consiguieron ustedes el artefacto. Al parecer cayó de una nave espacial.

—Era, en efecto, una nave espacial —dijo Kirby—. Los del gobierno consiguieron bastantes pruebas para conjeturar cómo estaba construida. Recogieron también alguna materia orgánica,

pero no tanto como para hacerse una idea de sus tripulantes. Naturalmente que sospechan que tenemos el artefacto, aunque no están del todo seguros de que exista. Nunca admitimos haber encontrado cosa alguna.

—Deben haber sabido, incluso desde el comienzo, que pasaba alguna cosa rara —apunté—. Mary y yo desaparecimos. Esto implica tener que dar explicaciones. No por mí, naturalmente, pero Mary era bastante célebre.

—Me siento avergonzado de tener que explicárselo —dijo Kirby, que de hecho daba muestras de avergonzarse—. Pero en su tiempo hicimos creer que ustedes dos se fugaron juntos como dos enamorados.

—Mary no le habría dado las gracias por el detalle —dije.

—Después de todo —dijo defendiéndose—, ustedes tuvieron alguna que otra cita cuando eran estudiantes.

—Hay algo que usted no me ha explicado. Usted dijo que Mary fue lanzada al pasado. ¿Cómo lo sabe?

Durante un rato permaneció mudo, luego contestó con una pregunta.

—¿Recuerda la noche en que hablamos en la colina?

—Sí —dije agitando la cabeza cansadamente—. Hablamos sobre su máquina inteligente.

—Y sobre algo más. Le dije que jamás había existido ningún hombre llamado Cramden, que la subvención del Instituto procedía de algún otro, pero que estaba demostrada la inexistencia de ningún Cramden.

—¿Y qué tiene que ver con esto?

—Se trata de algo que el viejo Prather recordó. Me contó algo sobre lo que usted propuso poco antes de las desapariciones, algo así como coger la paja más corta, jugárselo a los chinos o numerar papelitos. Leonard no quería participar. Desconectar el dispositivo de la manera que usted proponía era, según él, un riesgo inútil. Y Mary argumentó que evidentemente era un riesgo y que estaba dispuesta a arriesgarse.

Se detuvo y me miró. Moví la cabeza.

—No lo conseguí —dije—. ¿Es eso lo que intenta decirme?

—Déjeme. Más tarde se supo que ella había apostado, sí, pero a

un juego mucho más complicado. Había invertido toda una fortuna en la bolsa. Nadie supo de esto hasta más tarde. Lo hizo a la chita callando.

—Aguarde un momento —dije—. Ella estaba interesada en economía. Siguió varios cursos y realizó bastantes lecturas. Economía y música. Yo siempre me he preguntado por qué fue escogida por el Instituto...

—Está claro. Muchas veces, a la caída de la noche, me he estado preguntando eso mismo y cada vez me asustaba más y más al ir acercándome a la verdad. ¿Puede usted imaginarse la de trucos que alguien como Mary, con su bagaje cultural, podría hacer si resultaba lanzada cien años al pasado? Se conocería el meollo a la perfección, sabría qué comprar, dónde invertir, cuándo retirar. No al detalle, naturalmente, pero con su conocimiento de historia de la economía...

—¿Está usted conjeturando o tiene pruebas?

—Algunas pruebas —dijo—. No demasiadas. Unas pocas. Suficientes para un hombre con intuición.

—De modo que la pequeña Mary Holland es lanzada al pasado, hecha un fardo, y se pone a financiar el Instituto Coon Creek...

—Mucho más que eso —añadió Kirby—. Usted sabe que hay una subvención básica desde que se levantó el Instituto. Pero luego, hace aproximadamente quince años, más o menos la fecha en que comenzó el asunto del motor de tiempo, fue abierta una cuenta suplementaria en un banco de Nueva York. Esta vez hubo un nombre, el de una tal Genevieve Lansing. Por lo que pude descubrir, la cuenta estaba abierta para hacerse efectiva en el futuro, es decir, nuestro presente; y la impositora era una señora de carácter excéntrico, con cierta fama de pianista aunque jamás había tocado en público. Y la causa de que fuera considerada excéntrica era que, en un tiempo en que nadie podía pensar en ello, ella estaba firmemente convencida de que algún día el hombre viajaría a las estrellas.

Nos mantuvimos callados durante unos momentos. Kirby se levantó y trajo una botella del bar para volver a llenar nuestros vasos.

—Ella lo sabía —dije, estirándome en el sillón—. Ella sabía que

ustedes necesitaban una subvención suplementaria para posibilitar la construcción de una nave espacial y un cosmodromo.

—En eso hemos empleado el dinero —dijo—. La nave tiene el nombre de *Genevieve Lansing*. Estuve a punto de bautizarla *Mary Holland*, pero no me atreví.

Acabé la bebida y puse el vaso sobre la mesa.

—Quisiera saber, Kirby, si ustedes tendrían inconveniente en que me quedara aquí uno o dos días. Hasta que pueda caminar por mi propio pie. No me siento con fuerzas para hacerlo ahora.

—No le dejaríamos marchar en ningún caso —dijo Kirby—. No podemos dejarle regresar. Recuerde que usted y Mary Holland se fugaron hace quince años.

—Pero yo no puedo permanecer aquí. Tomaré un nombre diferente si es necesario. Como ya hace tiempo que ocurrió la... fuga, no creo que nadie me reconozca.

—Charley —dijo—. Usted no permanecería ocioso en este lugar. Hay trabajo para usted. Usted tal vez sea el único hombre vivo capaz de hacer el trabajo que le aguarda.

—No comprendo...

—Le dije que estábamos construyendo un propulsor a base de tiempo, un motor de tiempo. Sabemos que sirve para ir a las estrellas. Pero no conocemos el principio básico de su funcionamiento. Es una situación intolerable. La tarea está a medio hacer, aún hay cosas que faltan.

Me levanté de la silla lentamente.

—Coon Creek —dijo—. Atado eternamente a Creek.

Kirby me alargó la mano.

—Charley —dijo—, nos alegramos de tenerlo en su propia casa.

Y allí, estrechándole la mano, recordé que no era necesario permanecer eternamente en Coon Creek. Uno de estos días partiría hacia las estrellas.

LARRY NIVEN

REINCIDENCIA SOSPECHOSA

Singularities make me nervous.

De vuelta a casa. Los vastos espacios interestelares me han devuelto al que fuera mi primitivo punto de partida, la cúspide de Rand's Needle. Trescientos pisos de cristaleras relampagueando en el crepúsculo. El taxi me lleva rápidamente hacia los lares domésticos.

De vuelta a casa. Debería sentirme a gusto y sosegado. Sin embargo, no es así.

Un ancho tramo de escalones de negro mármol me conducen hasta el vestíbulo. Saludo al portero antes de que él advierta mi presencia.

—Hola, Emilio...

Sonríe.

—Buenos días, mister Cox. —Aguarda mientras utilizo mi llave (él no tiene ninguna, siquiera de seguridad), y luego cierro el ascensor a mis espaldas. No ha notado nada extraño.

Llego a mi apartamento y guardo mi llave. ¿Tendrá él alguna visita? Eso es una estupidez. Yo no tuve ninguna visita aquella noche.

Doce pisos. Estoy plantado frente a la mirilla de la puerta. Llamo al timbre.

—¿Quién es? —pregunta una voz que conozco muy bien.

—¿Puede usted verme?

—Sí.

Sonríó. Mi rostro se mantiene incólume. Mi tono de voz no pierde un cierto deje de ligereza.

—Entonces diga usted quién soy yo.

—Estoy intentándolo.

—No te canses en discernir imágenes gemelas, George.

Soy tú.

—Seguro que sí.

Se muestra escéptico. Pero no me ofendo.

—Soy tú —insisto—. Y he conseguido una llave de mi propio apartamento. ¿Puedo probarla?

—Adelante.

Abro la puerta y entro. El impacto que me produce el reconocer lo que pudiera haber sido una duda me golpea en la boca del estómago. Mesas, sillas, el almohadón de recuerdo, el sillón favorito. El cuadro original de Eddie Jones. La botella de brandy en el bar. Veintiséis años en el espacio, la mayor parte de los mismos en estado de hibernación, y sin embargo heme aquí. Estoy en casa.

Todo está en su sitio, incluso el inquilino, George Cox, de pie a mis espaldas, sin tomárselo demasiado a broma. Está empuñando una navaja automática cuya hoja semeja una daga de plata.

—Puedo decirte dónde conseguiste eso —digo.

—También pueden hacerlo muchos amigos míos —está intranquilo.

—No esperaba que esto fuera fácil. George, ¿recuerdas cuando tenías... dieciocho años más o menos? Ibas hacia Cal Tech. Una noche te encontrabas tan solo, tan jodidamente solo, que llamaste a una chica que sólo conocías por haberla visto una vez en una de las reuniones de cumpleaños de Glenda. Una chica rolliza y de buenas carnes, ¿recuerdas? La llamaste y... bueno, luego te enfrentaste a sus padres. Estabas tan nervioso y avergonzado que...

—Cállate. De acuerdo, puedo recordar todo eso. ¿Cómo se llamaba la tipa?

No puedo recordarlo y se lo digo así.

—Diste en el blanco otra vez —dice.

—Perfecto. ¿Recuerdas aquella puesta de sol en Kansas, cuando el cielo entero pareció dividirse por la mitad en el curso de una tormenta? Un rayo cruzó el cielo y tú intentaste seguir su trayectoria, hacia el este, sumergida en el horizonte...

—Sí, sí, sí. Pero es increíble. Nunca creí que pudiera ocurrir dos veces aquel fenómeno. —Sin embargo, se queda pensativo. Luego pliega el cuchillo y lo guarda en un cajón—. Eres yo. Qué te parece beber algo para celebrarlo.

—¿Qué te parece a ti? ¿Un combinado?

—Voy a prepararlo —dice.

Lo dejo ir. No quiero inmiscuirme en su terreno privado. Va a la coctelera a preparar un Navy Grog, algo especial. Dice que es una ocasión única. No recuerdo ese detalle la noche en que fui él. Corto algunas pajitas mientras él prepara el combinado y me dirige alguna que otra cortante mirada. Nadie en el mundo podía saber aquello.

—Eres yo —dice cuando estamos sentados en sendos sillones saboreando la bebida—. ¿Y cómo?

—El agujero negro. Bauerhaus 4.

—Vaya —sin duda lo estaba esperando—. De modo que era eso. Creí que no lo habían conseguido.

—Pudieron.

Sorbe la bebida y espera.

—Agujeros negros —digo—. Las estrellas llamadas *raras* porque han concentrado toda su radiación en un punto. Fueron consideradas por la teoría general de la relatividad desde hace cien años o más. El primer agujero negro apareció en 1972, en el Cisne, rodeando un hinchado y gigantesco sol amarillo. Bauerhaus 4 es, sin embargo, bastante más reducido.

Sacude la cabeza. Lo había oído antes, por su propia cuenta, un par de semanas atrás, cuando el doctor Kurt Bauerhaus daba una de sus conferencias en el Centro de Enseñanza de Astrofísica Superior.

—Sin embargo —añado—, ni siquiera el doctor Bauerhaus quiere hablar enteramente de lo que ocurre en el radio Swartzchild de un agujero negro. Las estrellas raras tienen la virtud de conmocionar a gente como Bauerhaus.

—El viaje en el tiempo es lo que causa esa conmoción.

—No opino lo mismo. Olvida el viaje en el tiempo y sus particularidades y céntrate en el agujero negro. Una masa tan enorme que cuando se desploma lo hace concentrándose en un punto tan sólo. Y todo ello en un parpadeo. ¿Puedes creértelo?

—En las ecuaciones sí —gruñe—. Es lo que dice Bauerhaus. La teoría de la relatividad opera justamente sobre los presupuestos en el papel, de manera que sólo sigue el rastro de lo que ya ha sido probado.

—Eso estaría muy bien aplicado a un agujero en otro universo, o

incluso en alguna remota parte del nuestro. Y eso se encuentra también en los cálculos al respecto. Lo cierto es que en torno al agujero negro hay una cierta forma de rotación que te devuelve al punto de partida sin necesidad de que te hayas acercado a la estrella rara. Evidentemente todo esto suena a ingenuo hasta que llega el día en que adviertes en persona cuanto ha sido tema de charlas y conferencias. Me refiero a experimentar la presencia del punto exacto, el punto localizado en el espacio-tiempo.

—Salud —dice alzando el vaso.

—Salud —replico alzando el mío—. Pues bien. He regresado a una fecha de calendario que se sitúa por delante de la fecha en que emprendí el viaje. Muchos astrofísicos preferirían creer que el agujero se encuentra más bien en la teoría que fuera de ella. Las raras los ponen nerviosos.

—Los viajes en el tiempo me ponen nervioso a mí.

—Puedes comprobarlo por ti mismo, no obstante. —Golpeo mi pecho—. Como puedes ver nada me ha ocurrido.

No parece estar nervioso. Ambos estamos más bien bajo la relajante influencia de la bebida. Y aún debe pasar un largo rato antes de que comprobemos el efecto de la fría, oscura y dulce cualidad del Navy Grog.

—Bueno —dice—, tú sabes que yo sólo veo la posibilidad de rodear el punto. Y lanzar las sondas.

—Lo sé. Pero el autopiloto del *Ulysses* está hecho para enviar una de las sondas en el curso de una circunvalación a través del radio Swartzchild de la estrella y hacer que regrese a su punto de partida. Y tú y el *Ulysses* tomaréis justamente ese camino en lugar de la sonda. No puedes quedarte sin saberlo desde ahora. No puedo dejarte en la ignorancia. Regresarás aproximadamente veintiséis años en el tiempo, devolviéndote a la Luna durante los primeros seis meses de ese período.

—¿A la Luna? —pregunta removiéndose en la silla—. ¿Por qué no a la órbita de la Tierra?

—Aún no. Yo tuve que ocultar el *Ulysses* en la otra cara de la Luna. Desde allí tomé un vehículo de salvamento y busqué un cráter adecuado. Allí lo enterré. Volví a Miami en un vehículo para turistas. Dentro de un año volveré a la Luna, recogeré el *Ulysses* y

volveré a casita para ser aclamado por la masa.

—Seis meses después del despegue. Eso les hará creer que fuiste a través del radio Swartzchild. Bauerhaus 4 está a once años luz.

—Bien, puedes tomar tu propia decisión respecto de...

—... respecto de la mierda. Tú eres yo, y tú has decidido ya.

—Me ha llevado un año adaptar mi mente. Pero míralo así. La N.A.S.A. está preparada para saber que puedes usar un agujero negro de esta manera. Ella costea el viaje. Y con eso, ¿qué pueden hacerme?

—Claro...

—De otro modo, estaría condenado a mantenerme oculto durante veintiséis años.

—Perfecto —concede—. Perfecto, Ge... George. —Tembló al pronunciar su propio nombre—. ¿Cuál es el meollo de todo esto?

Sin embargo, sé que él lo ha imaginado ya.

—Acciones. Afortunadamente has estado comprando y vendiendo acciones, no muchas, las suficientes para preocuparte y enterarte de cómo anda el mercado. He memorizado las alzas y las bajas de la bolsa en los próximos seis meses. En seis meses seremos millonarios. Luego cogeremos un montón de periódicos y tú te ocuparás de lo mismo.

—¿Para qué? —pregunta con una mueca—. Si ya tendremos la pasta.

—Puedo esperar alguna jugada de tu parte —digo con cierta incomodidad.

Cabecea lentamente. Yo estoy tranquilo ahora. Pero de los dos yo soy el único vulnerable. Si combinamos nuestros intereses y nuestras operaciones, puede ocurrir que el Mecnógrafo del Tiempo opte por alterar un poco el borrador, con lo que desapareceré convirtiéndome en polvo, en humo, en nada. ¿O no? En estos asuntos las paradojas están a la orden del día y cuanto especulemos no pasará de mera conjetura.

Volví de la Luna con un nombre supuesto: C. Cretemaster. Como C. Cretemaster alquilé un apartamento al otro extremo del diámetro que podía trazarse entre el George Cox más joven y yo. Si lo frecuento demasiado me transformaré en un micrófono secreto.

Y, sin embargo, era lo que ocurría conmigo cuando yo era él. Yo temía que el George Cox más viejo intentara asumir mi vida. Y aunque ya lo ha hecho no lo hizo entonces. Su existencia me aprisionaba más que los barrotes de una celda. Y era lo inevitable, pues no tenía opción. Allí donde los caminos de la vida se bifurcan, yo no tengo más remedio que girar ese camino; todas las salidas restantes me están vedadas. Es lo que le está ocurriendo a él ahora. Y yo estoy fuera de su camino.

Es más, yo aún lo estoy atravesando. Ahora soy el George Cox más viejo, lo que impide cualquier tipo de ayuda. Mi vida está planeada hasta en el más insignificante detalle. Mi libre voluntad — mi ilusión de poseer un «libre albedrío»— no regresará a mis facultades hasta que el *Ulysses* desaparezca entre las estrellas. Pero no espero a tal acontecimiento. Raramente tenemos contacto durante los siguientes cinco meses. Él, junto con Frank Curey y Yoki Lee, se mantiene ocupado con las pruebas y el aprendizaje astronáutico. Yo vivo de su salario, lo que es cojonudo para ambos porque el valor de sus acciones sube sin cesar. Yo me encargo de las manipulaciones, en nuestro común nombre. Él no tiene tiempo.

Todo es como jugar al poker con la facultad de leer las cartas. Y, de veras, no me siento culpable, todo lo más un poco alegre. Sin embargo, durante la última operación llegue a preguntarme por qué el dinero no aumentaba a mayor velocidad. Ahora que manejo el asunto he llegado a saberlo. Hay un límite para la rapidez con que puedes mover el dinero, aun cuando sepas exactamente dónde va a parar. La masa monetaria está regulada social mente.

—Me siento triste por Yoki y Frank —me dice—. Trabajan tan esforzadamente como yo, y todo para nada.

—Tómalo como una predestinación —le respondo. Aunque deseaba poder darle una respuesta mejor. Recordaba lo mucho que se desilusionarían y lo bravamente que intentarían ocultarlo.

Los tres tardan aún dos meses en prepararse con el *Ulysses*. El viaje está ya listo; sólo queda el entrenamiento de los pilotos. Puedo ver la oscuridad de la noche cruzada por una astilla de luz que se desliza lentamente entre las estrellas. Y comienzo a recordar:

Dejo atrás los planetas y la zona de los cometas conocidos. Meses enteros empleados en los detalles más elementales, como la

depuración del oxígeno, el ajuste de los controles de seguridad y la comprobación del perfecto funcionamiento de los accesorios automáticos. Finalmente, el inmenso lienzo del cosmos se extiende ante mí exhibiendo sus colores próximos a la locura. Luego, la hibernación. Despierto a mitad de trayecto, poseído por el miedo de que la ruta de las estrellas haya cambiado, enfrentándome a los fantásticos chisporroteos y relámpagos del espacio que rodean la nave. Ésta surca océanos de rojo oleaje para abordar puertos de azules y cárdenas ensenadas. Luego regreso al nicho del frío sueño.

Despierto nuevamente descubriendo que las estrellas han vuelto a su apariencia cotidiana. Uso el Indicador de Masa para intentar localizar Bauerhaus 4. Está *aquí*. Miro y vuelvo a mirar por el telescopio... y *nada* veo.

Tomo las sondas indicadas. Dentro de la ergosfera, la región elíptica del torbellino que circunda el radio Swartzchild. El tamaño de la ergosfera me indicará cuántas estrellas están afectadas por el torbellino de absorción del agujero negro, es decir, las dimensiones completas de la rara.

La primera sonda gira en torno al agujero negro cientos de veces un segundo antes de desaparecer. La segunda sigue el mismo camino, incendiándose antes de penetrar en el radio Swartzchild, disparándose luego a una velocidad poco menor que la de la luz.

Todavía me recuerdo preparando el lanzamiento de la tercera sonda. La sonda fue lanzada.

¿Cometí realmente aquella locura?

Mierda, realmente la cometí.

Recuerdo que las estrellas se oscurecían en las proximidades del Punto hueco. En un momento una estrella se situó a mis espaldas y en una ráfaga de segundo se convirtió en un suspiro de luz. No hubo la menor *colisión* mientras atravesaba el radio Swartzchild, tan sólo un aumento de la fuerza calórica... y de algún modo supe que había abandonado el universo.

Libre al fin. Libre del George Cox más viejo.

Estaba seguro.

—Hemos estado manejando pasta de la buena durante cinco meses —le digo cuando regresa—, tanto que hemos sobrepasado el millón. ¿Cómo te sienta ser millonario?

—Bastante bien —contesta mientras sonrío triunfalmente a través del montón de libros que le rodea. Sin embargo, su sonrisa parece un tanto forzada al volver la cabeza hacia mí.

—Perfecto, chico. Ahora, a tu trabajo. —Le pongo delante todo un fardo de periódicos—. A memorizar la quincalla bursátil.

—¿De todas las compañías?

—No, sólo las que están en alza y el momento preciso de producirse. Encuéntralas, señálalas y comienza a metértelas en la cabeza.

Gruñe, tal como yo hiciera una vez.

—Tú tienes más tiempo libre que yo —dice.

—¿No hemos discutido ya bastante ese punto? Estoy viviendo una pesadilla pensando que si nos saltamos el orden natural de las cosas desapareceré como la luz de una bombilla que se funde. Por favor, ¿no harás esto por el mejor amigo que jamás podrás tener?

Cogió los periódicos.

Lo pierdo de vista durante una semana.

Una tarde contesto al teléfono que suena. Es él. Por la pantalla puedo ver que sus ojos arden y su rostro está pálido. Antes de que pueda yo pronunciar la menor palabra, se me adelanta con no evitada precipitación.

—¡Han escogido a Frank!

—¿Qué? Una mierda para ellos. Me escogieron a mí.

—¡Pero han escogido a Frank! George, ¿qué haremos?

Su voz se desvanece en un murmullo. Se introduce en mi cabeza como una cantinela pegadiza. La habitación también comienza a desvanecerse entre un sordo zumbido. Mis rodillas tiemblan y caigo al suelo. Quiero gritar, pero no puedo.

Tengo frío. Aprecio un cosquilleo bajo mi mandíbula. La toco con mis propias manos y compruebo que la mandíbula está allí, que es real. Sin duda me he desmayado.

El otro George chilla al otro lado del teléfono: ¡George! ¡George!, de modo que consigo incorporarme lo suficiente como para exhibir mi rostro en la cámara.

—Tranquilízate —le digo—. En seguida me recuperaré.

Esta vez estamos sentados. Nos dedicamos a pasear

inconexamente por la habitación sin tener en cuenta lo que el otro dice o hace, como en una mediocre comedia sobre el hastío contemporáneo.

—Podemos olvidarlo —dice—. Repartamos el dinero. Ignoremos la paradoja.

—Casualmente es algo que no puedo olvidar. George, métete de una vez en la cabeza que la paradoja soy yo. Si esta vez no ocurre como tiene que ocurrir, desaparezco. Tenemos que hacer algo.

—¿Por ejemplo? ¿Tal vez robar la nave?

—Pues mira, eso...

—Si yo robo el *Ulysses* te formarán consejo de guerra. ¡A ti!

—Nanai. Ni me verán el pelo si eso ocurre.

—Entonces, ¿cómo narices podrías retirar el dinero impuesto a mi nombre?

Condenación. Está en lo cierto. Todos los esfuerzos, todas las precauciones tomadas, se convertirán al cabo en agua de borrajas.

—Quizá no sospechen de mí —dije deteniéndome a mitad de una larga zancada.

—Vete por ahí. Se nos ha visto la cara demasiado.

—Vete tú por ahí ahora. Alguien puede haberme suplantado. Yo tengo una coartada.

—¿Una coartada? —exclamó comenzando a reír—. Escucha, voy a preparar unos tragos. Todo esto carece de sentido para un hombre sereno.

Un mes de espera. Un mes haciendo planes. Ése era el cálculo. Pero no resultó así; los sinvergüenzas adelantaron la fecha del despegue un par de semanas. Cuando hay dinero por medio uno comienza a perder la fe en la consistencia del universo al enterarse de tales alteraciones. Por las noches temo dormirme. Cada mañana es una sorpresa llena de arrobos. *Aún estoy aquí.*

Deseo hablar con Bauerhaus.

Caeríamos sobre él después de su charla. Pequeño, rechoncho, flemático, se dedica a prodigar largas conferencias sobre cosmología en general. El gran empuje que puede o no haber dado comienzo al universo, y de paso haber sembrado algunos agujeros negros más pequeños que un átomo y más pesados que el mayor asteroide... la

posibilidad de que el universo mismo contenga alguno de esos agujeros negros... agujeros blancos que vomitan materia de la nada...

Sin embargo, habla claro respecto a uno de los temas.

—Caballeros, debemos reconocer que no sabemos lo que ocurre en el interior del radio Swartzchild de un agujero negro. No sabemos lo que ocurre con la materia que se aproxima al punto exacto. Posiblemente sea detenida por una fuerza más potente que todas las cosas conocidas.

¿Y qué pasa con lo que atraviesa el área del agujero negro? El carcamal sonríe como si le gastaran una broma.

—Esperamos encontrar un agujero teórico. Nosotros postulamos una Ley de Censura Cósmica que nos habla sobre ello, demostrando que nada que caiga en un agujero negro puede salir de él. De no ser así, obtendríamos agujeros negros con tal índice de rotación que no permitiría la existencia del radio Swartzchild alrededor de la rara. Y una rara desnuda atraería demasiadas miradas. Las matemáticas se muestran aquí inconsistentes, como si quisiéramos dividir cero por cero. Si el carcamal pudiera verme ahora, si nos viera a ambos, de seguro que los raros seríamos nosotros. Pero no podemos arriesgarnos a ser vistos juntos. El George Cox más joven continúa su entrenamiento. Los periodistas preguntan a Yoki y al George más joven sobre la necesidad de vehículos apropiados para recorrer los mundos semejantes a la tierra que hallen en el espacio. El otro George juega a la bolsa y espera.

Frank Curey había estado tanto tiempo como yo en el espacio, preparándose para el vuelo del *Ulysses*, lo que aún no había sucedido. Apenas mide cinco pies de estatura, su complexión es musculosa y la cuadratura de sus hocicos lo asemeja al perro. Su peso es menor que el mío o el de Yoki. Y esto es proporcional a la cantidad de alimento y oxígeno que deberá mantenerlo vivo durante el año y medio que tiene que pasar fuera.

No había razón alguna en todo el Centro para que tuvieran que preferirlo a mí; aún me lo pregunto. ¿Cuál es la diferencia esta vez? ¿Que el George más joven se ha dedicado con mayor ahínco a la bolsa que al entrenamiento? ¿Que ha refrenado su entusiasmo al

enterarse a mi costa de lo que luego va a ocurrir?

Ya es demasiado tarde. Algo gordo va a pasar. Yo soy escogido para pilotar la nave de transporte y para ayudar a Frank en las últimas pruebas con el *Ulysses*.

Frank y yo caminamos juntos hacia el lugar de lanzamiento. Los vigilantes nos dejan paso sin el menor comentario. El campo de lanzamiento está iluminado con luces artificiales bajo un cielo oscuramente agrisado.

Frank está nervioso, agitado. Habla demasiado. Se le contraen los músculos y a menudo hace muecas.

—Veintiséis años —dice—. ¿Qué puede ocurrir en veintiséis años? Podéis descubrir la fórmula de la vida eterna mientras tanto. O convertiros en una dictadura mundial. O conseguir la teleportación de materia. O viajes a velocidades mayores que la luz.

—Podemos conseguir lo mismo que tú si la sonda tercera da resultado.

—Sí. Claro. Si la sonda tercera regresa a través del tiempo yo dejaré... pero no veo muy clara la aplicación que eso pueda tener en un viaje espacial, George. A fin de cuentas no hay tantos agujeros negros. Bromas aparte, George, ¿qué crees que encontraré cuando regrese?

A ti mismo, desgraciado, pienso. Lo tengo en la punta de la lengua, pero me lo trago.

—Me encontrarás a mí, esperándote en el campo de aterrizaje. Siempre que no te vayas demasiado lejos.

—Descuida —dice riendo.

—¿Mantendrás intacta la pureza de tu cuerpo, perdido en la soledad del cosmos? ¿No retrocederá tu cerebro?

—Oh, vamos.

Casi hemos alcanzado el hangar. La nave se destaca ante nosotros, resplandeciente, no demasiado ancha, mostrando a un costado la escala que comunica con la cabina de mando de proa. Mientras caminamos no hago más que hablar conmigo mismo. Estoy tan nervioso como Frank. Afortunadamente hay dos puertas. De no ser así, hubiera estado del todo convencido de nuestra detención por los guardias de seguridad. El otro ya estará dentro, evidentemente, después de haber pasado sin que se le presentara el

menor obstáculo. O se ha determinado a no hacerlo.

Frank está a punto de adentrarse en la rampa cuando el otro George Cox se desliza como una sombra a sus espaldas. Empuña una pesada llave inglesa.

Antes de que alcance a Frank, éste consigue apartarse e incrusta su puño en el vientre de George, luego cruza el golpe con un buen derechazo que lanza a George contra el suelo. Entonces Frank ve su cara y se queda helado.

Yo no tengo ninguna llave inglesa. Rápidamente, le suelto un golpe en el cuello con el filo de la mano. Frank gira sobre sí, los ojos fuera de las órbitas; se dobla y acabo mi faena con otra sacudida en la nuca. Se desploma.

Tomo su pulso. No se ha detenido.

El corazón de George Cox aún late, pero es el único signo de vida que manifiesta. No necesito tomar mi propio pulso; está zumbándome en los oídos. El otro George Cox puede necesitar un hospital. No está en forma para pilotar una nave interestelar. ¿Entonces?

El *Ulysses*, gigantesco, se desplaza por el espacio. Ningún sonido llega hasta mí, ni siquiera el producido por el regenerador de aire o el destilador de hidrógeno para el combustible. Ya no estoy nervioso.

Mientras que las consideraciones morales pueden hacer de mí un amable objeto de iracundia, las razones por las que he procedido a escogerme a mí mismo son muy simples. He secuestrado el *Ulysses* porque no tengo la menor esperanza de regresar. Seguiré el camino primitivo nuevamente porque es la única manera de arreglar lo que de algún modo puede ser catastrófico.

Puedo resultar muerto en este último viaje hacia el agujero negro. Puedo resultar muerto esta vez. Pues el alma del George Cox más viejo no vivirá ya mucho conmigo. Y el George Cox más joven, al que dejé tendido en el suelo junto a Frank Curey, se convertirá en el George Cox real. Nada ha sido trastocado en su coherencia temporal, y ningún fragmento de esa coherencia habita en mí. Puede decirse que nadie me ha engendrado, que soy un espíritu sin origen.

Si George Cox sabe arreglárselas se salvará de la cárcel. Puede declarar que descubrió a un impostor, su propio doble, caminando junto a Frank en dirección a la nave. Él estaba a punto de hacer cualquier cosa con la ayuda de una magnánima llave inglesa cuando Frank le atizó en la cara. Eso es todo cuanto sabe.

¿Cómo acabará todo esto? ¿Habrá siempre un George Cox que seguirá a la perfección el plan de vuelo? Evidentemente, y de la misma manera un segundo George Cox que vigila atentamente la trayectoria de la tercera sonda que acaba apareciendo antes del lanzamiento del *Ulysses*. Esto me da una idea. Si la sonda puede retornar antes de que todo comience, él también podrá hacerlo.

¿Se habrá mantenido el George Cox más viejo llamando a la puerta de mi apartamento durante toda su vida? ¿O lo habrá estado haciendo eternamente?

¿Qué pasaría si yo siguiera el plan de vuelo esta vez? No, no me atrevo a hacerlo. Nuevamente sobrevendría la eterna repetición. ¿O no sería así?

Quiero preguntárselo a Bauerhaus. Pero a la gente como él no le gusta hablar de las raras. No lo culpo.

NOTA DEL AUTOR: El lector que tenga dos dedos de frente puede darse cuenta de que el agujero negro bien puede tener un tamaño superior a la masa galáctica. Sin embargo, para el propósito de este relato lo hemos encogido un poco.

L. N.

ROBERT SILVERBERG

ENTRE DOS GALAXIAS

Schwartz between the galaxies.

Mucho de esto es realidad: Schwartz está confortablemente instalado —pasivo, suspendido— en un asiento de primera clase a bordo de un cohete de las Líneas Aéreas Japonesas, a nueve mil metros por encima del Mar del Coral. Y mucho de esto otro es fantasía: el mismo Schwartz ha comprado un pasaje para una nave espacial que habrá de atravesar los abismos interestelares a una velocidad nueve veces superior a la de la luz, en ruta desde el noveno planeta de Betelgeuse al vigésimo primero de Rigel, o quizá desde Andrómeda a la Fosa Magallánica.

Sin embargo, no existen las naves espaciales. Probablemente no las habrá jamás. Henos aquí, una docena de décadas después del Apolo XI, advirtiéndole que ningún ser humano ha hecho otra cosa que recorrer de parte a parte la superficie de esa pequeña **O** que es la Tierra, pues los otros planetas son estériles y las estrellas se encuentran fuera de nuestro alcance. Esa pequeña **O**, no obstante, es demasiado pequeña para Schwartz. A menudo se convierte en una masa demasiado helada para él, demasiado helada y demasiado muerta, como si se tratara de un pedazo de porcelana muerta; y cuando esto sucede Schwartz tiene por costumbre refugiarse a bordo de una nave espacial. De modo que lo único que contiene el Vuelo 411 de las Líneas Aéreas Japonesas es meramente su cuerpo físico, su cáscara, que ocupa un reducido espacio en el área dispuesta para doscientos pasajeros y es transportada desde Buenos Aires, a través del Trópico de Capricornio, hasta el aeropuerto Torres de Papuasía. Su conciencia, empero, su *ánima*, lo esencial de Schwartz, se desplaza entre las galaxias.

Nada menos que una nave espacial. ¡Cómo se maravillarían sus millares de pasajeros! Por todos los pasillos podrían verse las distintas especies de criaturas galácticas: gente de la Polar, de

Arturo, del Can, de Antares, de Sirio: seres todos inteligentes y articulados, respirando nitrógeno, metano o argón, con huesos o sin ellos, peludos o despellejados, depilados o con escamas, con muchos brazos o muchas cabezas o semiincorpóreos, cada cual procedente de una única y distinta herencia cultural alienígena. Entre este retablo se mueve Schwartz, el no va más en antropología, el único, fundamental, irreemplazable y verdadero heredero de Kroeber, Morgan, Malinowski y Mead. Emplazado a bordo de este prosaico cohete, de este descerrajador de estratosferas planetarias, uno no puede murmurar de los rusos, de los chinos, de los americanos, los judíos, los irlandeses o los negros de Sudáfrica. Lo mejor es mantener la boca cerrada.

En sus ensueños, Schwartz entabla conversaciones con criaturas del sistema Fomalhaut acerca de la circuncisión digital; graba las melodías de los oriundos de la Lira, de aflautados ojos; escucha el mágico susurro de los habitantes del Centauro; contempla los extáticos sueños de los aldebaranenses y los escultores de asteroides de Tubán. Entonces, una sonriente azafata de la LAJ aparta la cortina de su compartimento y se le queda mirando fijamente, obligándolo a saltar de una realidad a otra. La chica tiene los ojos azules, el cabello rizado, la nariz recta, los labios delgados, la piel bronceada: todo un popurrí genético, el mestizo más típico y vulgar que se considera modelo humano en nuestro siglo XXI, tal vez por una mezcla de melanesio-sueco-turco-boliviano, quizá polaco-bereber-tártaro-galés. Los baratos transportes intercontinentales han favorecido la tarea: toda la Tierra se encuentra en bullente mezclanza, todos los genes posibles han sido confundidos en ejemplares simbióticos. Schwartz se pregunta sobre la disminución de los ojos azules, pero no encuentra una satisfactoria respuesta. La chica es guapa de todos modos. Se llama Aurora: ¡nombre dulce y neutral, no encadenado a ninguna cultura!; y ambos han cruzado algún que otro gesto no exento de coquetería en el curso de este corto viaje.

—Estamos a punto de aterrizar —dice ella blandamente, hablando al compás de su rápido parpadeo—. ¿Ha ajustado su cinturón de seguridad, Dr. Schwartz?

—Nunca me olvido.

—Magnífico. —Los azules y cálidos ojos buscan los suyos—. Esta noche tengo descanso en Papuasía.

—Eso es maravilloso.

—Podemos tomar un trago mientras trasladan el equipaje — sugiere la chica con un gesto pícaro—. ¿De acuerdo?

—Bueno —dice él como por casualidad—. ¿Por qué no?

El ofrecimiento de la chica le aburre realmente: él prefiere el placer de la caza. En otro tiempo se habría sentido excitado ante las facilidades que le ponía una mujer como ésta, aunque no demasiado. Schwartz tiene cuarenta años, es alto, cuadrado de hombros, robusto, un caso extraordinario que acusa una árida madre irlandesa. Su corto cabello negro está salpicado de islas grises, muchas mujeres lo encuentran interesante por este detalle. Uno ve muy raramente ahora el cabello gris. Sencillo, pero elegante, viste tan sólo una túnica socrática y calza sandalias. Evidentemente, su atractivo físico ha aumentado junto con su éxito profesional. Se mantiene siempre confiado y seguro de su poder, irradiando constantemente una aureola de seguridad en sí mismo. Sólo este mes el número de su auditorio ha crecido hasta la cifra de ocho millones de personas.

—No lo ha dicho muy convencido —dice ella con un tono de voz desmayado—. ¿No le interesa?

—Difícilmente.

—¿Qué es lo que no le convence entonces, profesor? ¿Que no sea yo otra persona?

—Que no sea usted horrorosa —dice Schwartz riendo—. Un cuerpo fosilizado ya. Un cerebro como muerta ceniza. —Luego sonríe ampliamente despojando sus palabras de todo peso.

—Esto suena muy feo —dice ella como poseída por alguna angustia—. ¡Suena a algo horrible!

—Me limito a citar a Chuang Tzu. No me preste demasiada atención. Me siento perfectamente, pero quizá un poco oxidado.

—¿Demasiados aeropuertos?

—Demasiada monotonía. —Su pensamiento se traslada a una brillante estrella, sobre cuya burbujeante superficie tres sirianos invertebrados practican una retorcida danza mágica que proteja al curso de las lentas horas que acompañarán un viaje a nueve veces la

velocidad de la luz—. Pero me pondré bien. Tenemos una cita, ¿no?

—Nos veremos en Papuasía —dice ella respirando con alivio anticipado, mientras se aleja contoneándose.

Papuasia. Cuando llegue la hora del cóctel Schwartz estara en Port Moresby. Por la noche pronunciará una conferencia en la Universidad de Papuasía; ayer fue en Montevideo y pasado mañana será en Bangkok. No hace sino seguir un circuito académico de todos conocido. Por lo demás, es un hombre de moda: repentinamente lanzado a la fama en los círculos antropológicos desde la publicación de *La máscara bajo la piel*. De continente a continente se alabó con unanimidad su sabiduría, desplazándose de un lugar a otro para evidenciarla. El lunes en Montreal, el martes en Veracruz, el miércoles en Montevideo. El jueves... ¿El jueves? Esta mañana ha cruzado la línea del cambio de horario internacional y no puede recordar ahora si hoy es jueves o martes, aunque está seguro de que ayer fue miércoles. Schwartz tiene tan sólo la certeza de que se encuentra en el mes de julio del año 2083, aunque hay momentos en los que ni siquiera está seguro de eso.

El cohete de las LAJ penetra en la fase final de aterrizaje. Papuasía todavía esperaba un rato con sus típicos edificios, de cristal, mientras él abandona su espíritu en un viaje que atraviesa las vertiginosas constelaciones.

Se encontró a sí mismo en un holgado rincón de la nave espacial, tomando un trago con Pitkin, economista de Yale y compañero de viaje. ¿Por qué Pitkin, el grosero y amanerado canijo de Yale? Con toda una humanidad real e imaginada entre la que escoger, ¿por qué razón inconsciente había evocado semejante patán?

—Mira —señaló Pitkin con un guiño y una sonrisa que babeaba lujuria—. Aquí viene tu amiga.

La puerta en forma de iris se había abierto y un oriundo de Antares no-masculino había entrado en la habitación.

—No seas borrego —dijo Schwartz chasqueando los dedos—. Sabes perfectamente que no hay tal cosa.

—¿Acaso no has podido ligártela en estos días?

—Ella no pertenece propiamente al género femenino.

—¡Vaya precisión! —soltó Pitkin—. ¡Qué detalle tan propio de un doctor! Ella no es del género femenino. —Dio un codazo a Schwartz—. Para ti, amiguete, ella es una mujer, y no intentes pegármela con tus juegos de palabras.

Schwartz tenía que admitir que había un poco de razón en las insinuaciones de Pitkin. Había encontrado a los oriundos de Antares —humanoides verticales, esbeltos, de ojos amarillos, de piel como el ébano, llenos de gracia— poderosamente atractivos. No podía servirse del calificativo femenino para terminar la descripción. Sabía que semejante actitud había sido abandonada en las investigaciones sobre los límites culturales y étnicos; de hecho, el antariano le había advertido que las diferencias sexuales de la Tierra eran improcedentes en el sistema planetario de Antares, de tal manera que si Schwartz seguía empleando el acusativo femenino indiscriminadamente y por razones gramaticales, «ella» podía ser sólo considerado como el negativo de lo masculino, sin ninguna implicación biológica que concerniera a la feminidad.

—Ya te lo he dicho más de una vez —dijo pacientemente—. Para los habitantes de Antares los conceptos masculino y femenino no tienen la misma función que para nosotros. Si ocurre que percibimos al antariano como de sexo femenino ello es sólo el resultado de nuestra propia condición cultural. Si crees que tengo algún interés sexual en esa criatura, puedes creértelo con toda la razón del mundo, pero debo especificar que mi interés es puramente profesional.

—Seguro que sólo le buscas lo espiritual.

—Y no sólo yo. Ella también me estudia a mí. En su mundo de origen ocupa un puesto que se define como «observador-de-la-vida», que trasladado a nuestros términos parece aproximarse a lo que entendemos como antropólogo.

—Cuan encantador para ambos. Y un magnífico tema para discutirlo en la cama. Ella es tu primer alienígena y tú eres su primer judío.

—¡Deja de llamarla con pronombres femeninos!

—¡Pero si tú también lo estás haciendo!

—Mi abuelita me decía —murmuró con los ojos cerrados— que jamás me mezclara con economistas. Su pensamiento es confuso, su

aliento pestilente, eso decía ella. También me puso alerta contra los de Yale. Corruptores del intelecto, los llamaba ella. Y mira por dónde, viajando a bordo de una nave espacial con quinientos alienígenas y un solo y único ser humano, éste resulta ser economista y de Yale para postre.

—Pues mira, macho: en el próximo vuelo viajas con tu abuelita, ¿eh?

—Muy bien —dijo Schwartz—. Pero basta ya de desbarrar. Y vete a contar tus planificaciones económicas y leyes del ahorro a cualquier otro. ¿Ves aquellos nativos de la Delta del Auriga? Pues déjate caer a su vera y cuéntales lo del producto nacional bruto y todo lo que sepas sobre los planes de desarrollo, anda y no me atormentes más. —Schwartz sonrió al antariano que se acercaba a él con un vaso que contenía una bebida de color azul iridiscente—. Vamos, quéjate —murmuró luego.

—No me he molestado —dijo Pitkin—. No quería fastidiarte. —Se alejó desapareciendo entre la gente.

—Los sirianos están bailando, Schwartz —dijo el antariano.

—Me gusta verlo. Es demasiado bello para ser real.

Schwartz se quedó mirando los ojos cítricos del alienígena vertical. Ojos de gato, pensó. Ojos de pantera. La mirada del antariano se dirigía, como era usual en él, a la boca de Schwartz: otros mundos, otros hábitos. Se sentía un extraño que temiera desear. Desear, ¿qué?, pensó. Era una sensación de pura necesidad, no específica, indudablemente asexual.

—Creo que voy a dar un paseo —dijo luego—. ¿Quiere acompañarme?

El cohete ha aterrizado en la isla de Papua. Schwartz, inclinándose sobre la baja mesa de cristal a un lado del vestíbulo del aeropuerto, se dirige a la azafata con tono vibrante.

—Mi vida estaba en crisis —dice—. Todos los valores en que había creído hasta entonces comenzaron a perder significado. Estaba descubriendo que la profesión que había elegido era algo vacío, algo absurdo, tan inútil como... como jugar al ajedrez.

—Qué horror —susurra Aurora coquetamente.

—Usted puede comprobarlo cuando quiera. Viaje por todo el

mundo, frecuente un millar de aeropuerto cada año. Todo es igual en todas partes. La misma gente, la misma vestimenta, la misma jerga, los mismos almacenes, los mismos estilos arquitectónicos, la misma decoración interior...

—Es verdad.

—La homogeneidad internacional. El mundo bajo el santo patrón de la semejanza, la equivalencia y lo reproducido. ¡Productos manufacturados de todo el mundo, uníos! ¿Puede usted comprender lo que gustaría a un antropólogo un mundo que no hubiera perdido su primitivismo, Aurora? Estamos aquí sentados en un lugar de la isla de Papua (usted ya me entiende, cortadores de cabezas, animismo, tatuajes, tambores al anochecer, el hueso que taladra la nariz) y de pronto veo a los papúes en ropa de trabajo o con traje y corbata, como si esto fuera una factoría automovilística americana o europea. Y se les oye hablar de cadenas comerciales, tipos de interés, aranceles, béisbol, restaurantes de París y peluqueros de Johannesburgo. No hay la menor diferencia. En un solo siglo hemos transformado el planeta entero en un inmenso, sofisticado y plastificado estado industrial a la manera de occidente. Los satélites relevadores de TV., las dos horas de vuelo standard para los cohetes intercontinentales, el derrumbe del exclusivismo religioso y el tabú racial han convertido nuestra cultura en un membrete monoforme de correos. ¿No lo cree usted así? Si viaja al corazón de África le enseñarán máscaras de antiguos rituales... reproducidas en plástico. Si le apetece a usted visitar el Amazonas, verá allí ceniceros fabricados en Japón, a cada cual más pequeño. Recuerde lo que dicen los rusos sobre la expansión americana: no hay colonia sin dictador, ni hotentote sin transistor. Por todas partes la genuina sensibilidad norteamericana del chicle y la Coca-cola; el vendedor con garra, brillante porvenir, dos coches y veinticinco horas de trabajo al día; el sufragismo de frías y castradoras; el plástico, el vidrio y el festival de las elecciones presidenciales con algún que otro negro asesinado en el fervor patriótico. Desde Kalahari a Laponia, de las Salomón a las Canarias. ¿Se da usted cuenta de lo que ha pasado, Aurora?

—Es algo realmente terrible —dice ella con tristeza. La chica intenta por todos los medios mostrarse simpática y él sabe que ella

no espera sino que acabe el sermón y la invite a pasar la noche en la habitación del hotel. Él *quiere* invitarla; pero no hay forma de detenerse una vez se ha empezado con un gran tema.

—La diversidad cultural ha desaparecido del mundo —continúa—. La religión está muerta, la poesía está muerta, el ingenio ya no existe, la individualidad está sepultada. Poesía. Escuche ésta —y se lanza a recitar con monótono son—:

*Entre belleza voy caminando,
con ella en mi horizonte voy caminando,
con ella en mi recuerdo voy caminando,
con ella en torno a mi cuerpo voy caminando.
Todo acaba en la belleza,
todo en ella tiene su fundamento.*

Su canto ha originado una densa atmósfera de silencio a su alrededor; las cabezas se han girado y los ojos interrogan.

—Navajo —dice—. El Camino de la Noche, un octavo día de la creación, una visión, un hechizo. ¿Dónde están ahora los navajos? Vaya a Arizona y ellos cantarán para usted por un precio módico; pero han olvidado el significado de lo que cantan, y acaso los que pueden cantar no sean sino la cuarta parte de los navajos, tal vez la octava parte. Muchos se han ido a México para trabajar en el cine haciendo de aztecas. Escuche —y de nuevo canta más penetrantemente que antes si cabe:

*El animal corre, se agota, muere. Y sobreviene el frío.
El gran frío de la noche, noche de tinieblas.
El pájaro vuela, se agota, muere. Y sobreviene...*

¡LOS EQUIPAJES DEL VUELO 411 DE LAS LINEAS AÉREAS JAPONESAS PUEDEN SER RETIRADOS EN EL DEPARTAMENTO CUATRO!, grita una irritante y metálica voz.

...el frío.

El gran frío de la noche, noche de tinieblas.

¡LOS EQUIPAJES DEL VUELO 411 DE LAS LINEAS AÉREAS

JAPONESAS...

El pez nada, se agota, muere. Y...

—La gente nos está mirando —dice Aurora sintiéndose incómoda.

... EN EL DEPARTAMENTO CUATRO!

—Dejémosla que mire. Hagámosle ese favor. Lo último eran cantos pigmeos, de Gabón, en África ecuatorial. ¿Pigmeos? Ya no hay pigmeos. Todos tienen ya dos metros de estatura. Pero es lo que cantaban. ¿Y qué cantamos nosotros, los supercivilizados, los promotores de la cultura universal? Escuche. —Y comienza a gesticular con rabia señalando los altavoces adosados cerca del techo. Una charanga surge de los metálicos aparatos: canción de moda para cada mes, para cada estación, para cada festival de oligofrénicos. Con sorna imita algunos sonsonetes—: *Te vas a enamorar, te vas a pasear... no te quiero por dinero... yo te quería al caer el día... a mí... para ti...* La ponen en todos los aeropuertos, todos los televisores, todas las radios, todos los tontódromos del mundo. —Sonríe levemente. Las manos de ella buscan las suyas, las cogen; las aprietan. Pero él está aturdido. El gentío, las miradas, la charanga, la bebida. El plástico. Todo resplandeciente. Porcelana. Porcelana. El planeta vitrificado.

—¿Tom? —pregunta Aurora—. ¿Le ocurre algo?

La mira, le guiña un ojo, carraspea, tiritita ligeramente. Oye su llamada de protección, pero ya su alma se aleja suavemente hacia la negrura de las galaxias.

Con el no-masculino antariano detrás de él, Schwartz miraba a través de uno de los paneles transparentes contemplando lleno de fascinación la seductora imagen de los sirianos ondulándose sinuosamente en la parte exterior de la nave. No todos los viajeros de esta travesía tenían una video-habitación tan cómoda como la suya. Los sirianos eran demasiado grandes para viajar a bordo; y, en cualquier caso, ellos jamás aceptarían encerrarse entre muros de metal. Viajaban adosados a lo largo de la nave espacial,

calentándose como los mamíferos marinos con las radiaciones cósmicas, y manteniéndose sujetos al casco merced a la acción de un campo magnético confeccionado a propósito para los pasajeros cuya estatura y conducta étnica así lo exigiesen.

Schwartz contemplaba con admiración los movimientos de los sirianos, más allá de las sombras interiores de la nave, iluminados por el resplandor del propio cuerpo. Cegadores resplandores blancos, azules, destellos verdes, suaves penumbras de violeta, el ágil y majestuoso arco iris se desplegaba graciosamente como la esplendorosa cola de un pavo real, se distribuía en sólidas formaciones polícromas, o bien se agrupaba en perfecto y simétrico núcleo despidiendo, como por ensalmo, fuertes radiaciones purpúreas. Unas veces adoptaban el undívago ritmo de las aguas de un estanque, semejando el parpadeo de mil soles de infinitas tonalidades; otras, se lanzaban al encuentro de vertiginosas velocidades, dando vueltas, formando figuras geométricas, remedando la furia vivaz de los mágicos juegos pirotécnicos.

—Poseen una belleza peligrosa —susurró Schwartz—. ¿No oye usted su llamada?

—¿Qué es lo que dicen?

—Están diciendo: Ven hacia mí, ven hasta mí, vente conmigo...

—Vaya usted, en ese caso —comentó simplemente el antariano—. Puede usted salir a través de la escotilla.

—¿Y marchar al encuentro de la muerte?

—No. Para ir al encuentro de la siguiente encarnación. ¡Pobre y mísero Schwartz! ¿Tanto ama usted su cuerpo actual?

—Mi encarnación actual no es tan mediocre. ¿Cree usted que me gustaría desprenderme de ella para recibir otra?

—¿No es así?

—Claro que no —replicó Schwartz—. Es todo lo que poseo. ¿No ocurre de la misma forma con usted?

—Cuando llegue el Tiempo de la Entrega recibiré mi nueva morada. Y eso ocurrirá dentro de cincuenta años. ¿Creería usted que lo que está viendo no es sino la quinta encarnación que me ha sido concedida?

—¿Será la próxima tan hermosa como la que ahora veo?

—Cualquier forma es hermosa —dijo al antariano—. ¿Me

encuentra usted atractivo?

—Naturalmente.

El antariano guiñó un ojo y movió la cabeza señalando el panel transparente.

—¿Tan atractivo como ellos?

—Sí. De una manera algo diferente —sonrió Schwartz.

—Si yo estuviera ahí fuera —preguntó el antariano con graciosa vanidad—, ¿abriría usted la escotilla y saldría al espacio?

—Puede. Si me proporcionaran un traje espacial y me instruyeran sobre el modo de usarlo.

—¿No de otra manera? Suponga usted que salgo ahora mismo. Podría permanecer vivo en el exterior cinco, diez, quizá quince minutos. Estoy en el exterior y digo: *Ven hacia mí, Schwartz, ven hasta mí.* ¿Qué haría usted?

—No creo tener impulsos autodestructivos.

—¿Sería morir por amor! Obtener la reencarnación en nombre de la belleza.

—No, lo siento.

—Si ellos se lo pidieran —dijo el antariano señalando a los sinuosos sirianos—, usted iría.

—Me lo están pidiendo.

—¿Y rechaza usted la invitación?

—Llego hasta ese extremo.

Ambos rieron brevemente.

—Nuestro viaje durará aún algunas semanas más —dijo el antariano—. Uno de estos días... creo que saldrá usted al exterior a buscar a los sirianos.

—Ha estado usted inconsciente por lo menos cinco minutos —dice Aurora—. Nos asustó a todos. ¿Está seguro de que puede dar la conferencia esta noche?

Schwartz cabecea.

—Estaré bien dentro de poco —dice luego—. Me encuentro un poco cansado. Eso es todo. He tenido demasiado ajetreo esta semana.

Ambos permanecen en la terraza de la habitación del hotel de Schwartz. Ya se anuncia la noche en el umbrío crepúsculo. Aunque

es pleno invierno en el hemisferio sur, puede apreciarse en el ambiente circundante el perfume de la flora tropical. Las estrellas tempranas, menos perezosas que el resto, comienzan a aparecer. Atareado por los problemas relativos a la antropología, nunca ha llegado a saber Schwartz el nombre de las estrellas que saludan la inmersión del sol en el océano. Aquélla puede ser Rigel, piensa. Y aquella otra, Sirio, y quizá la de más allá no sea otra que Alfa de Centauro. ¿Y ésta de aquí? Tal vez la roja Antares, en el centro del Escorpión, o solamente el belicoso Marte.

Después de su desmayo en el aeropuerto sólo se ha sentido capaz de formular las excusas pertinentes al personal de recepción y denegar con toda la amabilidad que pudo el ofrecimiento del oficioso café con leche; necesitando un urgente descanso, se trasladó rápidamente al hotel, donde le han servido algunos bocadillos en la habitación *à deux*. Dentro de dos horas vendrán a buscarlo y lo conducirán a la Universidad. Aurora lo mira en silencio. Quizá está preocupada por su salud o tal vez espera que Schwartz se reponga lo suficiente como para empezar a ponerle las manos encima. Hay tiempo para eso más tarde, piensa para sí. Ahora prefiere hablar.

—Durante mucho tiempo yo no comprendía lo que estaba ocurriendo. Crecí un tanto aislado, separado del mundo que me rodeaba. Un vulgar muchacho neoyorquino, con la particularidad de estar poseído por una insatisfecha sed de cultura y el afán de las ratas de biblioteca. Me dedicaba a leer toda la literatura antropológica clásica, *Modelos de la Cultura*, *Crecimiento y desarrollo en Samoa*, *Vida de una tribu sudafricana*, *Antropología estructural*, y todo lo demás. Y yo soñaba con hacer expediciones para recoger mitos, leyendas, restos de antiguas escrituras y utensilios. Pero llegó el día en que cumplí los veinticinco años, me introduje en los círculos afines y descubrí que me había interesado por una ciencia muerta. Nuestra cultura universal se había convertido en uniforme, con algunas leves variaciones, pero sin diferencias básicas: nada genuino, primitivo y útil para el estudio quedaba ya en la Tierra, y *no había otros planetas*. No los hay. Planetas habitados, quiero decir. No puedo ir a Marte, o Venus, o Saturno para estudiar el comportamiento y la cultura de los nativos. ¿Qué nativos va a haber

allí? Y si los hubiera, de seguro que están domesticados por los frigoríficos americanos y las cámaras fotográficas japonesas. No hay planetas, pues. Y no podemos alcanzar las estrellas. Todo cuanto tengo para trabajar es la Tierra. Tenía treinta años cuando tomé plena conciencia del hecho y advertí que había desperdiciado mi vida.

—Pero debe haber algo todavía sobre lo que pueda trabajar usted en la Tierra —dice ella.

—Una cultura desarraigada y homogénea. Ése es el campo de trabajo del sociólogo, no el mío. Yo soy un romántico, un forjador de historias, un buscador del umbral de lo exótico que desea lo que es extraño y diferente. Mire, nosotros jamás tendremos una perspectiva real de nuestro tiempo y nuestra forma de vida. El sociólogo lo intenta, pero lo único que obtiene es un cúmulo de datos aburridos. La clarificación, la síntesis profunda viene más tarde, dos, cinco, diez generaciones más tarde. Una de las formas de estudio que hemos llegado a aprender para el conocimiento de nosotros mismos es la investigación comparada, la investigación de culturas ajenas a la nuestra, una investigación completa que pueda definirnos en virtud de lo que no somos ni tenemos. Ése es el beneficio de la diversidad. Las culturas deben permanecer aisladas, puras, incorruptas, incontaminadas, inmaculadas. Ese aislamiento, en el sentido que le daba Heisenberg, es destruido por el mismo antropólogo cuando las cerca, las asfixia con su cámara fotográfica, su equipo científico, sus cuestionarios de preguntas al buen salvaje; pero incluso esto puede compensarse, más o menos, cuando nos limitamos a la observación y la dilucidación de las causas. En cambio, no compensa de ningún modo el que nuestra cultura acabe absorbiendo una cultura distinta, la influya y la condicione. Y eso es lo que nosotros, nuncios de la tecnocracia, del desarrollo a mansalva y la superproducción, hacemos por todas partes. Un día desperté y vi que ninguna extraña cultura había. ¡Oh, Hali! ¡Pavorosa revelación! ¡El fin del trabajo de Schwartz!

—¿Qué es lo que hizo usted?

—Durante años viví aturdido por el miedo. Cavilé, estudié, fui a todas partes, en todas direcciones, sabiendo siempre, sin embargo, que todo era un completo absurdo. Todo cuanto hacía se limitaba a

recoger los registros que de otras culturas habían dejado otros antropólogos más viejos y afortunados, intentando con ellas la penetración de nuevos significados. Eternamente el juego del comentarista, el anotador, el escoliasta, el observador de observaciones, y ni siquiera con mejores herramientas, sino condenado siempre a las fuentes de segunda mano: observador de fósiles era yo en vez de palpador de evidencias. Paleontología. Los dinosaurios son interesantes, pero ¿qué pueden ellos informarnos? Tan sólo que son un montón de huesos secos, Aurora, solamente huesos secos. Era desesperante. Y de pronto, una pista, un indicio de algo. Tenía una estudiante nigeriana, una ibo (bueno, tal vez ibo básicamente, aunque había algo, según ella, de israelita, y también de china, a mi juicio), y colaborábamos estrechamente, tan estrechamente que acabé contándole mis cuitas. Le dije que iba a enviar a la porra la antropología porque no era lo que yo había esperado que fuese. Me contestó que no tenía derecho a indisponerme con un mundo que tampoco tenía que estar a mi servicio. Sonriéndose, insinuó que podía rehacer mi vida ya que no podía rehacer el mundo. Le pregunté que cómo podía hacerlo. Me contestó: Mira en tu interior, encuentra al primitivo en ti mismo, observa la causa que te obliga a ser como eres, lo que fuerza a la cultura de hoy a ser como es, y advierte de qué manera ambas causas, ambas fuerzas, han surgido y caminado juntas. Nada hay perdido, sino solamente oculto. Eso es lo que me hizo pensar. Lo que me proporcionó una nueva forma de ver las cosas. Lo que me llevó a indagar en mi interior. Me llevó tres años encontrar las estructuras básicas, adquirir un conocimiento profundo de lo que nuestro planeta había llegado a ser. Y sólo después de esto acepté al planeta...

Le parece ahora que ha estado hablando eternamente. Hablando. Hablando. Y sin embargo, ni alcanza a oír su propia voz. Sólo percibe un lejano susurro, un distante zumbido.

—Después de esto acepté...

Un distante zumbido.

—¿Qué es lo que estaba diciendo?

—Que después de aquello usted aceptó el planeta...

—Después de eso acepté el planeta —continúa—, es decir, que

podía comenzar... —Un zumbido. Zumbando el zumbido—. Es decir, que podía comenzar a aceptarme a mí mismo.

También se sentía atraído por los sirianos, no tanto por ellos mismos —que no eran sino caracteres oblicuos, elípticos, contenidos, autosatisfactores, narcisistas casi, difíciles de abordar— como por el sortilegio que los acompañaba, la aparente droga psicodélica que parecían tomar de alguna forma sacramental antes de iniciar cada una de sus interminables danzas rituales. Cada vez que los veía tomar la aleve y grácil droga, se dijera que también se la ofrecían a él, que lo estaban invitando, tentándolo con una participación que empero no surgía de sus bocas. Y se sentía seducido, se sentía absorbido.

Había a bordo un trío de sirianos, esbeltas criaturas de dos metros y medio de altura, dotados de flexible cuerpo cilíndrico y labios levemente alargados y rematados en cono truncado. Su piel era reptilesca, seca y blanda, de un verde intenso y surcada por bandas amarillas; sin embargo, los había de otros colores. Sus ojos, por el contrario, eran inquietantemente humanos, de mirada líquida y oscura, con la melancolía y el desamparo característicos de los ojos mediterráneos, esos ojos de vagabundo medieval, goliardo, aventurero y juglar, que por algún encantamiento podían transformarse en serpientes. Schwartz había hablado con ellos algunas veces. Como todas las especies galácticas, entendían el inglés bastante bien; Schwartz fantaseó sobre la posibilidad de que tal idioma pasara a convertirse en la *lingua franca* interestelar, como había ocurrido en la Tierra; pero la conformación de los órganos vocales de los sirianos era tal que no había manera de que pudieran articular los sonidos correcta e inteligiblemente, por lo que iban siempre acompañados de un accesorio mecánico encargado de corregir semejante dificultad.

Cautamente, la tercera o cuarta vez que tuvo ocasión de hablar con ellos, manifestó por la droga un interés salpimentado de cortesía. Le dijeron que les facilitaba el contacto con las fuerzas centrales del universo. Él replicó que tales drogas también existían en la Tierra, que eran usadas frecuentemente y que ayudaban a penetrar en el funcionamiento del cosmos. Ellos mostraron cierta

curiosidad al respecto, incluso una curiosidad que poco faltó para ser intensa; auscultando sus ojos no se obtenía gran cosa, y menos todavía prestando atención al tono de sus palabras. De su elegante cartera de cuero sacó una caja para drogas y les mostró lo que confirmaba su afirmación: psilocerebrina, siddhartina, peyote sintético y ácido lisérgico. Describió sus efectos y sugirió la posibilidad de un intercambio, una dosis de las suyas por un equivalente de la arrugada naranja fungiforme que ellos tomaban. Consultaron entre sí. De acuerdo, dijeron, harían el intercambio. Pero no ahora. No hasta que no llegara el momento apropiado. Sin preguntarles, Schwartz intuyó cuándo sería el momento apropiado de que hablaban. Les dio las gracias y guardó sus drogas.

Pitkin, que había observado la negociación del trato desde la otra punta del largo sofá, se le acercó furiosamente nada más marcharse los sirianos.

—¿Qué es lo que has hecho? —preguntó.

—No sabía que te interesaras por algo más que tus propios asuntos —respondió Schwartz amablemente.

—Has estado canjeando pastillas con esos lagartos, ¿no?

—Llamémosle terreno de investigación.

—¿Investigación? ¿Dices investigación? ¿Llamas investigación a coger el gran colocón con esas cagarritas anaranjadas? Porque eso es lo que piensas hacer, ¿me equivoco?

—Puede que lo haga —dijo Schwartz.

—¿Y qué sabes tú sobre los efectos que puede provocar en el metabolismo humano? Puedes quedarte ciego, o paralítico, o loco, o...

—... o iluminado. Pero son los gajes del oficio. El primer antropólogo que no dudó en probar peyote, yage o ololiuqui aceptó correr los mismos riesgos que puedo correr yo.

—Pero las drogas que mencionas son drogas *humanas*. Oh, Schwartz, ¿no hay forma de decirte lo que representa el uso de...? Investigación dices. Investigación.

Pitkin se le quedó mirando con cierto desprecio. Schwartz, por su parte, también tomó la defensiva ante la insistencia del otro.

—¡*So drogado!*

—¡*So economista!*

Esta vez se trata de un edificio decente, con capacidad para tres mil personas. El edificio de la Universidad tiene forma de herradura y los asientos del salón de conferencias no son de plástico. Schwartz, en el estrado, tiene junto a sí algunas minúsculas cámaras que proyectan su figura y su voz a toda Papuasias y parte de Indonesia. Erguido bajo un foco que traza una frontera algo más que material, Schwartz parece un semidiós. Se encuentra ya en forma, sus ademanes son naturales y llenos de energía, sus ojos se encuentran en la disposición de dirigir una orquesta, las palabras fluyen libremente.

—Sólo un planeta —está diciendo—, un pequeño y mísero planeta sobre el que todas las culturas han convergido en una monótona y deprimente similitud. ¡Cuánta tristeza encierra esto! ¡Cuan diminutos nos volvemos cuando hacemos que el otro se nos parezca! —Alzó las manos—. ¡Contemplad las estrellas, las inalcanzables estrellas! ¡Imaginaos, si podéis, los millones de mundos que orbitan los chisporroteantes soles ubicados más allá de las tinieblas de la noche! Especulemos juntos sobre otros pueblos, otras conductas, otros dioses. Seres de cien mil formas imaginables, extraños en apariencia pero no grotescos, no repulsivos, pues toda vida es belleza; seres que respiran gases extraños para nosotros, seres de inmenso tamaño, seres de muchos miembros o de ninguno, seres para quienes la muerte es la divina culminación de la existencia, seres que nunca mueren, seres que conciben mil hijos de una vez, seres que no se reproducen... ¡todas las infinitas posibilidades de este infinito universo nuestro!

»Quizá sobre cada uno de esos mundos ha llegado a ocurrir lo que en el nuestro: una especie inteligente única, una cultura única, la eterna convergencia. Pero sucede como cuando nuestro mundo estaba formado por un millón de pueblos distintos. Muchos mundos juntos componen un vasto panorama de variedad. Y ahora: ¡compartid esta visión conmigo! Veo una nave que surca el espacio de estrella en estrella, un cosmotransbordador del futuro. Y a bordo de la nave hay ejemplares de muchas especies, muchas culturas, innumerables puntos de vista, tantos como puedan componer una minúscula muestra de la ciclópica diversidad de la galaxia. Esta nave es como un pequeño cosmos, un mundo reducido y cerrado. ¡Qué

excitante estar en el interior de esa nave privilegiada, comprobando en tan pequeño instrumento tanta variedad de sonidos! Nuestro propio mundo fue en cierta ocasión como esta nave espacial, un cosmos en pequeño, que contenía miles de culturas específicamente terrícolas, Azteca y Esquimal, Guanche y Bantú, y un inmenso etcétera. En el curso de nuestro viaje hemos podido comprobar la excesiva riqueza de lo diverso, lo múltiple, lo vario, Y, paralelamente, el sentimiento de pobreza que nos... — Repentinamente se detiene. Se siente débil y le falla el terreno—. La pobreza que nos posee... —La luz tan fuerte, piensa. En mis ojos. No la había notado antes tan deslumbrante, pero ahora me está cegando. Tienen que moverla—. En el curso de nuestro viaje... de nuestro viaje... —¿Qué es lo que me ocurre? Ahora estoy sudando. Dolor en mi pecho. ¿El corazón? Espera, más lento, qué difícil es respirar. Esa luz en mis ojos...

—Dígame —dijo Schwartz seriamente—, ¿qué le gustaría saber, conocer, experimentar si usted tuviera diez cuerpos sucesivamente y una vida de más de mil años?

—Dígame usted antes —replicó el antariano— lo que le gustaría saber y conocer y experimentar si viviera más o menos noventa años y no contara más que con una vida, después de la cual sólo habría muerte eterna.

Continúa como puede. El dolor en el pecho aumenta en intensidad, no puede fijar los ojos en ningún punto, cree que va a perder el conocimiento de un momento a otro e incluso que lo ha perdido ya al menos una vez; sin embargo, continúa. Sujetándose a la mesa comienza a esbozar el programa que desarrollara en *La máscara bajo la piel*. Un renacimiento de las formas tribales de organización social sin que ello suponga la revitalización del malsano nacionalismo. Una búsqueda de un nuevo sentido de relación con el pasado. Una enérgica reducción de las pseudocomunicaciones guiadas por el lujo, principalmente el turismo organizado, barato o caro, concebido como relajamiento y snobismo. Fuertes impuestos para la exportación de productos no culturales, como películas comerciales y espectáculos de

entretenimiento, y protección aduanera para las investigaciones científicas en exclusiva. Una propuesta de creación de unidades culturales independientes —casi un programa de política cultural: corporaciones entrópicas federativas—, recuperadas nuevamente, con un mantenimiento de los niveles actuales de independencia económica y política. Abandono del culto a la mitología industrial tecnológica. Nuevas investigaciones sobre los significados esenciales. Una revitalización étnica, antes de que sea demasiado tarde, entre aquellas culturas vivas que sólo recientemente han cambiado sus formas tradicionales. (Repite y reincide sobre este punto en particular en beneficio del auditorio papú, compuesto en su aplastante mayoría por descendientes de caníbales).

El malestar y la confusión van y vienen mientras expone sus tesis. Construye su sistema recuperativo, grita por el exterminio de la Homogeneidad Terrícola, y gradualmente se siente abandonado por los síntomas físicos que lo aturden, aunque permanece una débil sensación de vértigo. Como réplica, una nueva variante patológica viene a enturbiar su peroración. Su voz, al menos para él mismo, deviene una prédica en el desierto, una lamentación de enloquecido Jeremías, una inútil advertencia frente a oídos que se mantienen incólumes. Se entristece ante la eterna repetición de las ovaciones finales, fruto de una atenta audición, pero de un exiguo aprendizaje. Sus convicciones sólo sirven para cubrir las necesidades culturales de un auditorio que, fuera del progresismo que representa su presencia en el lugar, no presta la menor atención al programa práctico por él propuesto. Todo esta noche parece hueco, mecánico, absurdo. ¿Una revitalización étnica? ¿Iba el auditorio a volver a vestirse de plumas, vivir en chozas y alimentarse con carne de antílope cazado a pedradas? Su nave espacial es sólo producto de su fantasía y su sueño de una Tierra de facetas culturales múltiples mera divagación cuasienfermiza. Lo que ahora es, es justamente lo que debe ser. Y todavía, en el colmo de su ingenuidad —no por ingenua inconsciente—, continúa extrayendo conclusiones. De nuevo vuelve a la nave espacial, de nuevo se recrea en su horda de seres heterogéneos, de nuevo configura su metáfora de las diversidades culturales amenizándola con episodios gratos a la erudición humanística. Y luego recita

cantos folklóricos de los navajos, de los pigmeos de Gabón, los salvajes del Amazonas, las tribus siberianas. Cimenta su prestigio, pero todo sigue igual. Cascadas de aplausos lo engullen al final. Luego, se sienta y permanece así hasta que algunos miembros del comité patrocinador del acto acuden en su ayuda. Han advertido su agotamiento. Murmura algunas palabras de disculpa, cualquier comentario sobre la luz que caía demasiado directamente sobre él. Aurora está a su lado. Le alarga un vaso que contiene algún licor, algo frío. Dos de los miembros del comité patrocinador le hablan de una recepción en el Aula Verde.

—Magnífico —responde Schwartz—. Me sentiría muy halagado.

Aurora murmura una protesta, pero él hace aspavientos.

—Mi obligación —le dice— es tomar contacto con los líderes de la comunidad. Además, ya me siento mejor. Sinceramente. —Sin embargo, está temblando cuando se deja conducir al exterior.

—Un judío —dijo el antariano—. Usted dice que es judío, pero ¿qué es exactamente un judío? ¿Un miembro de algún clan, de alguna tribu, de algún linaje, de algún partido? ¿Puede usted explicármelo?

—¿Entiende usted lo que es una religión?

—Naturalmente.

—Pues bien, el judaísmo es una de las mayores religiones terrícolas. Una de las tres religiones monoteístas mayoritarias, junto con el cristianismo y el mahometanismo.

—¿Es usted un sacerdote?

—Ni mucho menos. Ni siquiera practico el judaísmo. Pero sí mis antepasados, razón por la cual me considero judío...

—Así, pues, una religión hereditaria, pero ¿no exige de sus miembros la observancia de sus ritos?

—En cierto sentido —dijo Schwartz, dispuesto a decirlo todo—. Pero más bien se trata, hoy en día, de un subgrupo que posee una específica herencia cultural y que aparece rodeado de una aureola religiosa actualmente no tan importante.

—Vaya. ¿Y qué es lo que diferencia a los judíos del resto de la humanidad?

—Bueno... —Schwartz dudaba—, hay un código bastante

complicado, está el rito de la circuncisión para los nacidos varones. El rito de la entrada en la adolescencia de los varones, el lenguaje particular de nuestras escrituras, una lengua vernácula que todos los judíos del mundo entero, más o menos, entienden bastante bien, y toda una gama de pequeños, pero peculiares rasgos que van desde un cierto sentido de clan hasta una típica forma de humor autodepreciativo...

—¿Y usted observa el código predicho, entiende el particular lenguaje de las escrituras?

—No exactamente —admitió Schwartz—. De hecho yo no hago nada que sea específicamente judío, excepción hecha de considerarme como tal y adoptar en consecuencia muchos de los hábitos que se consideran característicos de la personalidad judía, la cual, hablando en puridad, no posee esas características en exclusiva, pues de igual manera se pueden encontrar entre los italianos y entre los griegos. Naturalmente, me refiero a italianos y griegos del siglo xx. En la actualidad... —Todo comenzaba a presentarse confusamente—. En la actualidad...

—Se dijera —apuntó el antariano— que usted es judío sólo porque los genes recibidos de su padre y de su madre eran judíos, genes que a su vez...

—Ni siquiera eso. No al menos en lo que respecta a mi madre. Sólo mi padre era judío, y aun así también lo era por parte de padre. Es más, ni siquiera mi abuelo observaba las costumbres, y...

—Creo que es demasiado embrollado —concluyó el antariano—. Más bien parece tema de una investigación científica. Hablemos ahora de mis tradiciones. El Tiempo de la Entrega, por ejemplo, puede ser considerado como...

En el Aula Verde, nada más entrar Schwartz, ochenta o cien distinguidos papúes se lanzan sobre él felicitándolo.

—Ha sido magnífico, exquisito, sin igual —le dicen.

—El panorama de una catástrofe global.

—Nuestra última oportunidad de salvar la cultura.

La piel de estos personajes ofrece un tinte achocolatado pero sus rostros ocultan a duras penas el popurrí genético que revela su origen. Tal vez ellos se consideran puros herederos de sus ancestros

de la misma manera que él se considera judío, pero sin duda sus organismos han sido alimentados con cromosomas procedentes de los chinos, los japoneses, los europeos, los africanos, en fin, de todo el mundo. En resumen, no son sino muestras del Contemporáneo Internacional. Es más, se complacen en hablar el inglés estandarizado, el aprendido en las películas de televisión, el inglés coloquial. Schwartz se siente poseído por el asco y el cansancio.

—Parece usted aturdido —susurra Aurora.

Schwartz sonríe intentando un gesto enérgico. Un cuerpo fosilizado ya. Un cerebro como muerta ceniza. Ahora está siendo presentado al caudillo de una tribu, alto, de grises cabellos, que tiene el hablar y la apariencia de un profesor, un leguleyo, un banquero. ¿Y esta gente debe volver a las colinas para la ceremonia de la cosecha del ñame? ¿Abandonarían a las hembras recién nacidas con el cordón umbilical sin cortar y llenas de mugre, si así lo exigiera la economía de nacimientos de los padres? ¿Entrarían los jóvenes en las comunidades masculinas y se entregarían al aprendizaje del iniciador que escarificaría su piel con dientes de cocodrilo? Pero los cocodrilos han desaparecido y los chamanes se han convertido en corredores de bolsa.

Repentinamente se queda sin respiración.

—Lléveme fuera de aquí —murmura dificultosamente a Aurora.

Ésta, con la servicial eficiencia de toda azafata, lo conduce entre la gente. Los patrocinadores, un tanto asombrados, corren en su ayuda. Le proporcionan un vehículo y por fin regresa al hotel. Aurora le ayuda a acostarse. Comprendiendo la situación, extiende la mano hacia ella y la atrae hacia sí.

—No te preocupes —dice ella—. Estás muy agotado hoy.

Él insiste. La rodea con los brazos y la tiende en la cama junto a él, poseyéndola con agilidad, con furia, agitándose unos cuantos minutos hasta acabar exhausto, estupefacto.

Ahora, vestida la chica con una holgada bata, acaricia la frente de Schwartz instándole a descansar.

—Tráeme las píldoras —dice él.

Pide siddhartina, pero ella, deliberadamente o tal vez por equivocación, le da un somnífero que él toma sin rechistar. Sin embargo, aún transcurren algunas horas antes de conseguir el

sueño.

Schwartz sueña que está en el aeropuerto, subiendo al cohete que debe llevarlo a Bangkok; instantáneamente; llega a Bangkok, parecido a Port Moresby, sólo que un poco más húmedo. Desarrolla una charla ante una horda de entusiasmados siameses, mientras los cohetes surcan el cielo como cabellos metálicos que formaran la moderna cabellera del emperador. Los siameses se desdibujan y se convierten en japoneses, que se transforman en mongoles, que se transforman en iraníes, que se transforman en sudaneses, que se transforman en zambianos, que se transforman en chilenos, y todos son semejantes entre sí, espantosamente semejantes, espantosamente semejantes...

Los sirianos planeaban sobre él, ondeando sinuosamente como cobras dispuestas a lanzarse sobre la presa. Sin embargo, sus ojos cálidos y licuados estaban llenos de simpatía, de amor incluso. Él podía experimentar perfectamente el rubor de su compasión. Sin lugar a dudas, de haber estado dotados de músculos risorios, sus labios hubiéranse distendido en una amplia y amable sonrisa.

Uno de los alienígenas se curvó. El pequeño ingenio que facilitaba la traducción flotó hacia él como una medalla. Entrecerró los ojos, concentrándose tanto como podía en descifrar las palabras que le dirigían a través del aparato.

—... ha llegado. Podemos...

—Otra vez, por favor —dijo Schwartz—. No he podido captar todo lo que me están diciendo ustedes.

—El momento... ha llegado. Podemos... realizar el intercambio de sacramentos ahora.

—¿Sacramentos?

—Drogas.

—Las drogas, claro. Naturalmente. —Schwartz echó mano de su cartera. Sintió el frío contacto del blando cuero. ¿Cuero? Piel de serpiente, quizá. O algo parecido. Las enumeró—: Aquí tengo siddhartina, psilocerebrina y ácido lisérgico. Escojan.

Los sirianos apartaron tres siddhartinas azules.

—Perfecto —dijo Schwartz—. Las más importantes de todas. Y ahora...

El más alto de los sirianos le alargó un pedazo de naranja fungiforme del tamaño de la uña del pulgar de Schwartz.

—Es la dosis equivalente.

—¿Equivalente a todas las pastillas que han escogido ustedes o solamente a una?

—Equivalente tan sólo. Le proporcionará la paz.

Schwartz sonrió. Hubo un tiempo en que había que responder a las preguntas y otro para la acción decidida. Así, Schwartz se tomó el hongo con un poco de agua.

—¡Espera! —gritó Pitkin, apareciendo repentinamente—. ¿Qué vas a...?

—Demasiado tarde —dijo Schwartz con serenidad, tragándose la droga siriana con un voluptuoso eructo.

Las pesadillas se suceden. Circula por el planeta al igual que el Judío Errante y el Buzo Fantasma, de aeropuerto en aeropuerto, embarcado en un viaje sin fin que le lleva desde ninguna parte a ninguna otra parte. Comités de recepción le salen al paso y lo conducen a su hotel. A veces los miembros del comité resultan ser individuos contemporáneos, con caras standard, vestimentas standard, exhibiendo todos los detalles del modélico híbrido que se ha convertido en el patrón imitable de la humanidad; en cambio, en otras ocasiones puede verlos como rigurosamente adaptados a la más pura de las etnias particulares que en otro tiempo poblaron la Tierra, aunque también sus rostros están estandarizados detrás de la apariencia, de manera que por más que la jerga utilizada corresponda al habla de Uganda, o Tierra del Fuego, o Nepal, considera Schwartz que la mascarada toma visos de inauténtica, deshonesto y miserable aunque le concede cierta realidad en los engañosos elementos exhibidos. Así, se mantiene todavía poseído por la desesperanza. Y suda, delira, se despierta, sufre los embates de la fiebre. Los brazos de Aurora lo acunan con presteza. Incoherentes frases surgen de sus trémulos labios y ella le susurra con suavidad dulces palabras con la boca sobre su frente. Schwartz conjetura en su semidelirio que está bajo alguna especie de depresión: una nueva crisis de valores, una quiebra en la síntesis filosófica que lo había mantenido en pie durante los últimos años.

Se siente encadenado a una rueda, y gira, gira, gira sin cesar, atraviesa los continentes, visita todos los puntos del planeta, pero no llega a parte alguna. No existe lugar alguno al que poder dirigirse. No. Hay uno, tan solo uno donde puede encontrar la paz, donde el universo puede convertirse en lo que él quiere que se convierta. Vete allí, Schwartz. Ve y permanece tanto tiempo como puedas.

—¿Hay algo que pueda hacer? —pregunta Aurora, Y luego—: Toma esto —y le alarga unas pastillas. De nuevo tranquilizantes. Muy bien. Muy bien. Le ayudarán a ir al lugar que se ha convertido en su meta. El mundo se ha vuelto de porcelana. Siente su piel como si fuera un caparazón de plástico. Vámonos lejos, lejos, lejos, hacia la nave. ¡A la nave!

—Muy lejos... —murmura, y se deja arrastrar.

Los sirianos, fuera de la nave, giran y se retuercen en su danza ritual mientras, ingrátidos y etéreos, se lanzan hacia el filo de la galaxia a una velocidad nueve veces mayor que la de la luz. Se mueven con una gracia que sorprende al considerar el tamaño de sus cuerpos. Un deslumbrante chorro de luz surgido del centro del universo golpea sus carnaduras multicolores y estalla un bombardeo de cientos de facetas y tonalidades ultra-rojas, infra-violetas, exogualdas, intro-azules, supra-verdes, aero-púrpuras. El cosmos entero resplandece en su gloria cromática. Una límpida nota musical surge de las remotas distancias, se acerca, toma cuerpo, se aproxima y deviene auge sonoro en infinito crescendo. Schwartz se siente traspasado por violentas y orgiásticas sacudidas de felicidad y belleza como nunca en su vida le ocurriera.

A su lado se encuentra el melado y cautivador antariano. Ella —definitivamente *ella*, sin ninguna duda posible, *ella*— posa una mano en su brazo y le susurra:

—¿Desea usted ir hasta ellos?

—Sí. Sí, indudablemente.

—Yo también. Dondequiera que usted vaya. Cuando usted lo desee.

—Ahora —dice Schwartz. Busca la manivela y abre la escotilla. Mira al exterior contemplando el costado brillante de la nave.

—Nunca —dice la antariana mirándole profundamente a los ojos —, nunca me has preguntado por mi nombre. Mi nombre es Aurora. Y ambos salen al espacio a través de la escotilla.

La tiniebla les recibe gentilmente. No hay angustia, no hay vértigo, no hay temor. Él está envuelto por un regio manto de colores, por infinitos haces de luces dispersas, como si se encontrara en las entrañas de la aurora. Él y Aurora se deslizan hacia los sirianos, que los reciben con amables muestras de bienvenida y jubilosos gritos. Aurora ensaya la danza, moviendo sus gráciles brazos y melódicas piernas Con extravagante facilidad; se dijera que ha sido creada para la danza. Schwartz se dispone a imitarla, pero antes sus ojos se vuelven buscando la mole de la nave espacial que se destaca contra el oscuro fondo del universo. Y con voz que retumba por todos los rincones del cosmos, llama:

—¡Venid, amigos míos! ¡Venid todos! ¡Venid a danzar con nosotros!

Y todos comienzan a salir por la escotilla, infinita procesión de seres procedentes de todos los mundos, viajeros de Fomalhaut, de Aldebarán, de Arturo, de la Polar, del Can, de Rigel, cientos y miles de criaturas estelares despojadas de sus cadenas, todos, todos los creados, todos los concebidos, todos los imaginados, incluso Pitkin, cada cual extendiendo amablemente sus brazos, sus tentáculos, sus zarcillos, lo que fuere, extendiéndolos y cogiéndose el uno al otro de la mano, enlazándose hasta formar un inmenso, colosal, inconmensurable anillo de luz que atraviesa el espacio, cada cual poseído por la cósmica armonía, cada cual danzando. Danzando. Danzando. Eternamente danzando.

ALAN DEAN FOSTER

EL MILAGRO DE LOS PECES

A Miracle of Small Fishes.

Por aquellos días, el viejo pescador tenía para él solo todo el largo y abandonado muelle. Pocos botes pesqueros habían quedado en San Quintín y eran escasos los que probaban fortuna con alguna regularidad. Pero el abuelo Flores era un hombre de suerte. El embarcadero se conservaba en buen estado, a disposición de los imponentes cruceros y yates de los ricachones procedentes de México y Acapulco, y también de los millonarios norteamericanos que hacían en San Quintín alguna que otra festejada escala en su trayecto.

Saludó a Josefa y luego desapareció por la pequeña cabina bajo el puente. Momentos más tarde reapareció y lanzó la amarra. Todavía se sentía capaz de salvar de un salto la borda y así lo hizo. Pero el salto no fue tan poderoso como antaño y tuvo que poner especial cuidado en el asidero que su mano había buscado. Ni siquiera al afianzar la amarra en la herrumbrosa abrazadera tenía la ligereza de otros tiempos.

El abuelo tenía el rostro tostado por el sol, surcado por profundas líneas, como si se tratara de las dunas del desierto de Vizcaíno, situado más al sur. Su cabello se había agrisado tempranamente y cuando sonreía relampagueaba en sus dientes toda una gama de colores que se emparentaban con el blanco. Pero la profunda luz del fondo de sus ojos permanecía tan inalterable como la sempiterna boya que señalaba la entrada de la bahía. Y aunque Josefa era apenas una niña de nueve años, la poderosa musculatura del viejo podía enviarla a mil metros de altura con el menor y más cariñoso impulso, recogiénola luego con un cálido beso salpimentado por un imborrable tufo de ajos y cebollas.

Josefa prefería el peculiar aliento del abuelo a la fragancia de las rosas del jardín de la iglesia. No la tomaba de la mano cuando

ambos caminaban juntos por la ciudad, ya que ello hubiera resultado impropio; en cambio, se rezagaba cuando ella no podía alcanzarlo con sus cortos pasos.

El cuerpo del abuelo era frío e imperturbable como una barra de acero... hasta que le entraba la tos. Entonces el sol se oscurecía un tanto y las sombras que proyectaban los edificios se estremecían agitadas.

—¿Cómo ha ido hoy la pesca, abuelo? —Ella sabía la respuesta de antemano, pero una especie de oscuro ritual impulsaba a formularla siempre en estos casos.

—No del todo mal, querida. Unos cuantos bonitos, una buena lamia...

—¿Y sardinas, abuelo?

El viejo movió la cabeza y sonrió tristemente.

—No, querida, las sardinas no han aparecido esta semana. Tal vez la estación no esté lo bastante avanzada para ello.

De pronto se puso a toser con secos crujidos. Para Josefa aquello era más horrible que cualquier grito. No manifestó la menor emoción, sin embargo, y aguardó hasta que la tos cesara y el abuelo reanudara el paseo.

Evidentemente era demasiado temprano para que comenzara la pesca de la sardina. Pero esto sólo podía decirse después de la segunda gran guerra entre las naciones. Antes, por el contrario, San Quintín y muchos otros pueblos costeros presenciaban las infinitas maniobras de cientos de botes de pesca. Los hombres salían cada mañana y regresaban cargados con magníficos ejemplares de la sardina californiana que se criaba desde México a Alaska.

Tanta pesca había atraído un excesivo número de pescadores especialmente los norteamericanos de Monterrey y San Francisco. ¿Cómo no iban a acabarse los bancos de sardinas como ya anteriormente había ocurrido con los búfalos? Y así ocurrió: un buen día, de la noche a la mañana, las sardinas dejaron de aparecer. Las largas redes atrapaban apenas los últimos supervivientes de la especie. Y ni la demanda de los mercados, ni la subida de los precios devolvieron las sardinas a las redes. Durante años semejante carencia asoló las costas.

Posiblemente había ahora más sardinas que antes. Pero ninguna

de ellas iba a parar a las redes del abuelo. Los grandes barcos pesqueros de la Alta y Baja California las atrapaban más allá de la Bahía de Todos los Santos, en el norte.

Josefa nunca había visto estos grandes barcos. Pero los jóvenes del pueblo, hijos y nietos de pescadores, iban todos los años a trabajar en ellos. La pequeña *Hermosa* del abuelo apenas era una lancha salvavidas al lado de los gigantescos cascos.

El abuelo también podría haber ido. Por lo menos podía haberlo intentado años atrás, antes de que la tos le asaltara tan terriblemente. De todas maneras, no hubiera ido igual que los otros.

—Eso no es pescar —les decía, esgrimiendo un dedo al modo de quien enseña—. Eso es manufacturar. —Y para hacérselo ver más claro a Josefa lo comparaba a la diferencia que había entre el pan que su madre solía cocer en el pequeño horno casero y aquel cadavérico moho que se vendía a los turistas en rebanadas encerradas en bolsas de plástico en el almacén de Diego. Ella no lo comprendía muy bien, pero como el abuelo lo decía, algo de verdad debía haber en ello.

—Tal vez las sardinas vengan la próxima semana, abuelo.

—Tal vez —replicó él, inclinándose hacia ella.

Un nuevo ataque de tos vino a sorprenderlo y esta vez tan fuerte que lo dobló por la cintura, obligándole a apoyarse en una pared. Josefa quiso gritar. En vez de ello, optó por apartar la vista y clavarla en un perro entretenido en olfatear una ratonera. El abuelo dejó de toser y le dirigió una amplia sonrisa.

—Esta vez fue gordo. Pero sé cómo controlarlos. Uno debe maniobrar con su tos de la misma manera que la *Hermosa* maniobra en medio de una tormenta. Pero creo que ya es hora de que vuelvas a casa, querida.

—Preferiría ir contigo, abuelo, y hacerte el té:

—No. —Le estampó un sonoro beso en el lugar en que la negra cabellera se dividía para, cada mechón por su parte, caer hasta la cintura—. A tus padres no les gustaría. Si vas ahora a casa quizá podamos vernos mañana de nuevo. Tengo que hacer algunas reparaciones en la red y posiblemente puedas ayudarme.

Le dio la espalda y se alejó de ella, configurando al alejarse una alta y orgullosa silueta recortada contra el crepúsculo de la tarde.

Sin embargo, no era otra cosa que su frágil envoltura. Josefa recordó la fecha, dos años atrás, en que la abuela lo dejó. Aquello lo había debilitado más que la tos. Pronto los temporales comenzaron a ser excesivos para él y un día llegaría en que no podría vencerlos. Entonces se reuniría con la abuela en la pequeña parcela familiar que erguía sus cruces tras la iglesia.

La pequeña corrió a su casa, no sin hacer antes lo que solía por aquel tiempo.

A miles de kilómetros al norte, más allá de enormes ciudades humeantes y acantilados cubiertos de limo, más allá de árboles milenarios y quejumbrosos arbustos, millones de robustas sardinas nadaban ociosamente en las sólidas y frías profundidades, esperando sin advertirlo el cumplimiento de su destino inminente.

El padre Peralta se permitió para sus adentros una tranquila sonrisa de satisfacción. Había sido una buena misa y el sermón le había salido bastante digno. Ahora iría a escuchar las sencillas confesiones de aquella gente sencilla y luego, más tarde, quizá pudiera trabajar un poco con los nuevos libros que le había enviado la universidad.

Se apoltronó en el interior del confesionario. Dos noches atrás había tenido lugar una boda y una pequeña pelea habíase desatado. No es que fuera cosa seria, pero resultaba inusual para San Quintín. Ésta era la causa por la que hoy esperaba más parroquia que de costumbre.

Los conocía por las voces, Martín, Benjamín, Marcial, Carmen, la pequeña Josefa Flores...

—Padre, María Partida estrenó un vestido nuevo la última semana, y yo le tengo envidia.

—Quizá sea sólo admiración, niña.

—No, padre. Lo quiero para mí, pecaminosamente.

El padre Peralta quedó pensativo. A los Flores no les iba tan bien como a algunos otros del pueblo.

—Pequeña, lo que me cuentas es una cosa muy pequeña, ya verás cómo pasa. No te preocupes.

Hubo una pausa al otro lado del confesionario. Una larga pausa.

—¿Qué más quieres contarme?

—Padre, la última semana, José y Felipe...

José y Felipe. Peralta los conocía. Buenos chicos. Pero se habían vuelto un poco locos por haber conseguido demasiado dinero para su poca edad. Y con aquellas motos...

—... se rieron del abuelo cuando él salía a pescar. Pensé cosas terribles de ellos, padre.

—¿Por qué se rieron, niña?

—Dijeron que el abuelo podría pescar más en el mercado que a bordo de la *Hermosa*. Dijeron que la barca era una pensión para gusanos en quiebra por reclamaciones de la clientela, y que la única forma de pescar algo decente era con los nuevos barcos que ellos utilizan en Ensenada y en San Diego.

—¿Y qué respondió a esto tu abuelo?

—Los ignoró, padre. Siempre hace caso omiso de tales comentarios y hace como que no le molestan. Pero yo sé que sí. En el fondo no consigue tan mala pesca, pero las risas ajenas le molestan por dentro. Incluso sus amigos quieren que se deje caer por el almacén de Diego y se limite a sentarse con ellos para jugar a las damas y quedarse esperando la caída del turista.

—Conozco a tu abuelo, niña —sonrió Peralta—. No es de los que se sientan en el porche y malgastan las horas contando los pájaros que pasan. Ahora bien, no tienes por qué odiar a José y Felipe, o a cualesquiera otros. Se ríen porque aún son demasiado jóvenes y conocen a medias las cosas, si es que las conocen. Desde que las grandes flotas pesqueras han absorbido todo el trabajo, pocos hay en el pueblo de la edad de José y Felipe que hayan conocido los tiempos duros. Nunca podrán ellos entender por qué tu abuelo jamás trabajará para otro hombre, por un salario. Cuando crezcan tal vez lleguen a comprenderlo. Y tú, pequeña, debes intentar entenderlo ahora.

—Creo que lo entiendo, padre —respondió la niña con tranquilidad, después de una pausa—. Padre, ¿por qué ya no hay más sardinas?

El padre Peralta consideró el asunto. ¿Cómo explicar a una niña de nueve años los elementos económicos y mecánicos que intervenían en la migración y cría controladas?

—Niña, nunca más habrá sardinas porque las grandes máquinas consiguen que vivan mejor en el norte, en sitios especiales. Y los grandes barcos son tan buenos como dice la gente porque cogen todos los peces a la altura de Ensenada, antes de que vengan nadando hasta esta región.

—Pero, padre, hay muchos peces en el mundo. ¿Está usted seguro de que ninguno logrará pasar por los agujeros de alguna red?

Peralta hizo un gesto con la cabeza, pero de manera que la niña no pudiera advertir nada en la penumbra.

—No, pequeña, ninguno podrá atravesar las redes. Los botes y los pescadores son lo bastante buenos como para evitarlo.

—Si el abuelo obtuviera al menos mayor pesca —la voz de la niña se adelgazaba—, sólo un poco más de pesca... antes de que la tos se lo lleve. Entonces podría reír también. Y José y Felipe, y todos los demás, no tendrían más remedio que decir que estaban equivocados.

—Me temo que haría falta un milagro, niña.

—Entonces, rezaré para que se cumpla el milagro. —Las palabras habían surgido llenas de excitada determinación, como si un algo de la cabezonería del abuelo palpitara en ellas—. Encenderé velas y rezaré a San Pedro para que mi abuelo tenga una pesca más abundante.

—También yo rezaré por ello, pequeña —dijo Peralta sonriendo.

Era un día candente como hierro al rojo, y era uno entre tantos parecidos en San Quintín. Pero cuando todos abandonaron la iglesia, incluso cuando acabó por dejarla el viudo Esteban, un pequeño ángel con ojos y cabellos de obsidiana india todavía permanecía ahí, rezando frente al altar. Y cuando el padre Peralta, al atardecer, miró desde su estudio al interior de la iglesia, aún estaba allí la niña.

Finalmente no tuvo más remedio que dirigirse hacia ella, tomarla de la mano y conducirla a casa antes de que su ausencia preocupara a sus padres. Le dijo que ya había rezado lo suyo y que quizá San Pedro fuera bondadoso con ella.

Pero, le advirtió, San Pedro era un santo muy atareado.

De vuelta en su estudio se sentó ante el escritorio y abrió un

delgado libro. Comenzó a escribir.

«Nuevamente podemos ver que los primitivos jeroglíficos de los aborígenes de la Baja California no conducen a... no conducen...»

Se detuvo, manoseando la pluma con sus gordezuelos dedos y echándose hacia atrás en la silla. Pensaba. El libro que le llevaba ya seis meses de datos acumulados formaba una pila de hojas escritas por una sola cara: un manuscrito que nadie se molestaría en leer, excepción hecha de unos cuantos viejos y chiflados profesores y algunos estudiantes graduados en remotas tierras. Entonces miró más allá de la ventana. En dirección a la escarpada silueta de la Sierra de San Pedro Mártir. Cogió un pliego de papel de la pila de hojas en blanco y se mantuvo un momento en suspenso.

Comenzó a escribir.

La muchedumbre que acudía a presenciar el espectáculo había acabado por decrecer con los años. Ahora, apenas una década después de la inauguración con fuegos artificiales y docenas de cámaras de televisión esperando el inicio del programa, sólo quedaban un par de obreros cualificados de las oficinas de Seattle y Victoria, unos cuantos fotógrafos de prensa y los hombres de las fábricas conserveras.

El ingeniero jefe echó una ojeada al reloj y dio un bocado a su sandwich.

—Preparado, Milt... cuando quieras.

El cuarto ingeniero asintió con grandes cabezadas y giró el mando. Unos cuantos relámpagos de cámaras fotográficas immortalizaron su gesto hasta que la carcoma se comiera las fotos. Milt se sintió obligado a girar en sentido contrario y repetir la hazaña en beneficio de algunos reporteros rezagados.

Murmurando y echando pestes del mal tiempo, y esperando poder estar en casa antes de que oscureciera, los periodistas se marcharon arrastrando los pies. Los funcionarios en representación intercambiaron baratijas burocráticas y se marcharon cada cual por su lado, el uno a casa, donde le esperaba su mujer, el otro al apartamento de la zorra de turno. El cuarto ingeniero realizó una rutinaria supervisión a los diales y medidores para asegurarse de que todo estaba en orden y a continuación se dedicó intensivamente

a la reparación de una lámpara que su esposa le había encomendado para sus ratos de ocio. El ingeniero jefe se lanzó entonces a los placeres pantagruélicos de un bocadillo de jamón. De nuevo quedó todo tranquilo.

Ningún cambio visible se advertía a lo largo de la costa. Ninguna burbuja, ninguna palpitación, nada que perturbara la apacible superficie. Pero debajo de la superficie...

En lugar de ser recuperada por la propia estación, la caldeada agua del mar de la Estación de Fusión Port Hardy era impulsada directamente hacia el océano. La toma de contacto del agua caliente con las capas congeladas de las profundidades produjo un efecto demencial. El agua y sus minúsculos habitantes comenzaron a ascender como un cometa.

Bacterias y fitoplancton flotaron en pleno delirio en la repentina confluencia de la luz solar y el material nutritivo de las profundidades. El crecimiento por multiplicación comenzó a sucederse a la velocidad de un calculador electrónico y el mar comenzó a parecerse a una espesa sopa de guisantes.

Cuando el sol se retiró la luna continuó el trabajo. Con la luna en alto emergió el zooplancton: crustáceos diminutos, increíbles bichos de impronunciable nombre, larvas de peces en miniatura, una orgía de alimentos marinos.

Y la orgía tuvo lugar. Durante toda la noche el alimento abundó con preternatural concentración. Pequeñas ráfagas de vida se devoraban las unas a las otras. Millones de billones de minúsculos monstruos surcando las aguas, pobladas de antenas y ojos fosforescentes.

Hacia el norte, unos cuantos peces de no más de veinticinco centímetros avistaron la inmensa ebullición de vida infinitesimal y se lanzaron al ataque. Otros hicieron correr la noticia de que el agua se había llenado de alimento. Pronto acudieron bancos enteros, incluso los situados más al norte, grandes y pequeños bancos vinieron también.

Una gigantesca montaña de peces plateados se trasladaba hacia el sur.

El criadero de plancton Charlotte fue devorado con rapidez, pero las máquinas de la Estación de Cabo Flattery tomaron precauciones

catalizando su propio sector de océano. La estación calentó y llenó de aceite las costas de Olympia, Tacoma, Seattle, Bellingham, Everett y de gran parte del estado de Washington. El ciclópeo banco siguió su curso normal.

La consigna fue propagándose mientras cada criadero hacía lo posible por mantener el rumbo deseado en tanto el banco iba descendiendo más y más hacia el sur.

Estación Astoria... ¡Se aproxima el banco! Bahía de Coos... ¡Se aproxima el banco! Crescent City, Ukiah, San Mateo, San Luís Obispo, Santa Bárbara...

Nuestra Señora de los Ángeles... ¡Se aproxima el banco!

—Bien, veremos lo que nos trae hoy el mundo, Méndez —dijo casi para sí el arzobispo Estrada. Estaba apoyado en el antepecho de la ventana sintiendo contra su rostro la oleada subterránea de amores y odios, vilezas y virtudes, suspiros y placeres de la heterogénea población de la ciudad de México, contemplada desde la altura. Aspiró profundamente, inundando sus pulmones con el fresco aire procedente de las montañas, no contaminado aún del todo.

Gustavo y los otros partidarios de la Junta Anti-polución merecían todos sus respetos. Y alguna recomendación o cosa por el estilo. Dio la espalda a la ventana.

De dos metros de altura y más de cien kilos de peso, el arzobispo era una especie de coloso. Con sus ropas oficiosas de burócrata eclesiástico que se ocupa de la administración religiosa, tenía el aspecto de un imponente ejecutivo. Cuando, en cambio, vestía los hábitos con los que celebraba misa, tomaba la apariencia de un personaje bíblico.

—En el periódico de la diócesis —dijo— debe aparecer una nota de agradecimiento en la que la Iglesia aplaude la contribución a la salud que lleva a cabo la Junta Anti-polución de la ciudad de México, haciendo resaltar particularmente las actividades de su presidente, Gustavo Marcos.

—Así se hará. El correo, monseñor.

—Gracias, Méndez.

El secretario puso algunas cartas y grandes sobres oscuros sobre

el escritorio del arzobispo. Estrada echó una mirada a su reloj. Justo el tiempo para bendecir el nuevo edificio estatal de enseñanza primaria y asistir a la reunión de la Comisión de Renovación Urbana.

La mayoría del correo se componía de las cortesías y trámites usuales. Información, bendiciones, dinero, preces por el activo papel que el arzobispo estaba desarrollando en los asuntos civiles de la ciudad, maldiciones por ese mismo activo papel...

Las fue repasando por encima, separando alguna que otra de vez en cuando para una más atenta revisión. Su secretario se ocuparía de casi todas ellas. Una invitación del embajador de Colombia a una cena diplomática, una carta de cierta dama de Guadalajara...

Entonces vio la carta procedente de San Quintín.

—¡Que me pudra! Oh, perdón, señor Méndez —se excusó sonrojado mientras echaba algunas miradas al rostro atónito de su joven secretario—. No me haga caso, no es nada. —Luego, mirando de nuevo la carta, murmuró para sí mismo:

—Madre de Dios, una carta del padre Peralta.

Rasgó el poco delicado sobre con cierta precipitación. Conocía al padre Peralta desde que ambos jugaron juntos en el equipo de fútbol que quedara campeón en la universidad. ¡Menudo tío! Peralta tenía un cerebro tan rápido como sus pies. Pero lo cierto era que él, Estrada, había ido más lejos y más rápidamente en la jerarquía eclesiástica. Peralta, por el contrario, había escogido la pequeña iglesia de San Quintín para obtener el doctorado de antropología con estudios paralelos.

¡Bueno! Estrada se dispuso a leer. Lo hizo como esperando alguna cosa fuera de las mundanidades que le aturdirían por doquier. Y entonces...

«... Como te decía, Luís, hay aquí un viejo pescador que persiste en salir todas las semanas con sus redes manuales, a despecho de que las industrias conserveras acaparen toda la pesca con sus criaderos situados aproximadamente a 300 kilómetros al norte. Como las instalaciones funcionan desde hace años, el pescado que arriba a nuestras costas es cada vez menor, casi inexistente ya. El viejo es un buen feligrés, pero testarudo como una mula y demasiado empecinado como para cambiar de idea.

«Como te puedes imaginar, sus antiguos compañeros de faenas lo han tomado por el pito del sereno y constantemente le hacen blanco de sus pullas. Tiene una nieta, sin embargo, que es la cosa más exquisita y graciosa que jamás hayas podido ver, con la particularidad de que frecuenta a su abuelo en exceso. Yo no veo nada malo en la relación, pero los padres opinan que la niña no debe verlo tan a menudo, considerando su corta edad y el hecho de que el viejo tiene la salud bastante minada.

»No obstante, el afecto no entiende de razones, sobre todo cuando se trata de niños. La niña me preguntó por qué no había sardinas en nuestras costas y yo intenté explicárselo lo mejor que pude, alegándole que no las había ahora ni las habrá nunca más. Todo lo que conseguí con ello fue que la niña se pasara todo el achicharrante día destrozándose las rodillas en la iglesia, rezando a San Pedro para que procurara una buena pesca a su abuelo. Yo le había dicho que para ello haría falta un milagro, pero no esperaba que me tomase tan al pie de la letra.

«Recordé entonces nuestros días pasados en la escuela. Si no me falla la memoria, tú y Martín Fowler fuisteis bastante buenos amigos. Yo no lo conocía, nunca me he encontrado con él. Sólo tenía noticia suya a través de las listas de alumnos del colegio. Pero tengo la intuición de que si alguien es capaz de cumplir el sueño de un niño, aunque sea tan sólo una pequeña parte del mismo, y obtener del mar estéril cuanto menos una docena de sardinas para las redes del viejo, ese alguien es Martín Fowler.

«Naturalmente, me doy cuenta de que estoy especulando sobre una amistad que tal vez no se prolongara durante mucho tiempo. Pero es lo único que se me ha ocurrido al respecto. Porque si alguien ha deseado un milagro con toda su alma, por pequeño que fuera el prodigio, ese alguien es ahora Josefa Flores.

«Pásate por San Quintín alguna vez y abandona por algún tiempo el ajetreo de la ciudad y las aspiraciones a cardenal. Te mostraré unas grutas maravillosas y algo aún más hermoso, la paz de un pueblo silencioso sólo habitado por las aves, que es lo que más conviene a un viejo encarcelado como tú.

«Con afecto, Francisco Peralta».

El arzobispo se quedó mirando la carta durante un largo rato.

Luego la colocó en la sección de las que merecían respuesta. Cogió el siguiente sobre y lo rasgó, pero ya sus ojos y su mente se encontraban Dios sabe dónde. Una y otra vez su mirada regresaba al sobre de Peralta. Cuando la voz de Méndez rompió el silencio, no alzó los ojos.

—Señor, quiere verlo un hombre que viene del ministerio de estado. Es algo relativo a la cena de esta noche.

Estrada continuó abstraído con el abridor de cartas golpeando inconscientemente el último sobre que rasgara, deseando poder quedarse todo el tiempo tras el escritorio. Lo que era bastante imposible, naturalmente. Pero que bastante imposible.

—Dígale —dijo a su secretario— que lo veré dentro de una hora.

La montaña se encontraba ahora en el Canal de Santa Bárbara, moviéndose con regularidad hacia el sur. La poderosa planta de Point Vincent había iniciado el proceso de aceleración del ciclo del fitoplancton a un número veinte veces mayor. En poco tiempo la montaña ascendería convirtiéndose casi en una isla. Entonces aumentaría su velocidad.

Martín Fowler se afirmó sobre sus pies, sin apartar los ojos de su objetivo. Consideró su posición y luego dio un corto paso. Sujetando el palo de golf con ambas manos, lo bajó con todas sus fuerzas.

—Creo que has vuelto a meterla en un charco, Marty —dijo Wheeling con tono burlón.

Fowler soltó un taco mientras metía el palo en la bolsa. Los dos hombres tomaron sus carritos y echaron a andar. Podían haber pasado la tarde cabalgando y no dándose estos trotes, pero, como decía Wheeling, el caminar era el único ejercicio que tenía el golf. Aun así, Fowler hubiera deseado la inmediata invención del golf jugado con controles remotos para poder disputar un partido desde la cama, por ejemplo. Otros hombres los siguieron.

Después de un rato, Wheeling miró a su compañero, más joven que él, y le habló en tono satisfecho.

—Naturalmente, Marty, nada hay de extraño en que te gane el dinero tan fácilmente. Lo más natural de este mundo consiste en que aquéllos que estamos dotados por la naturaleza enseñemos a los

aficionados. Aunque sueles discrepar de estos conceptos, vaya. ¿Qué trama tu muy amada Petterson?

—Que todas las mañanas te afilas la lengua en una rueda de afilador de cuchillos —replicó el director del Departamento de Control de las pescaderías Norteamericanas—. Si ese vejestorio ministrable y los alimentagatos forrados de pasta me dejaran las manos libres para abrir una puertecita que yo me sé... cinco minutos, cinco minutos es todo cuanto pido, ¡cinco piojosos minutos!, entonces podrían ver el funcionamiento de uno de los proyectos más ambiciosos que puedas concebir. Imagínate que al segundo año de pesca solamente...

—Si cualquiera del comité arrimara el oído y escuchara el maquiavélico estruendo de tu cabezota llena de planes y oyera que bautizas a un senador como «vejestorio ministrable», te proporcionarían un medio más directo y saludable de obtener abundante pesca, incluso accionarías tu preciosa puerta con la mano y todo.

—Me lo callaré si no quieres oírlo, Dave. Y no es que tenga nada personal contra la senador. Sólo que tiene las ideas más fijas y más endeble que una cuarentona casada y sin prole.

—¡Caramba, Marty! Creía que habías estado trabajando en Washington lo bastante como para saber que los senadores son obsesivos hasta en la hora de pagar sus deudas, es decir, en no pagarlas. Es justamente la razón por la que son senadores.

—¡Maldita sea, Dave! Todas las indicaciones comprobadas en ordenadores electrónicos —y los tíos de los departamentos se han encargado muy bien de confrontar diversos resultados— apuntan que la Isla San Benito es el lugar ideal para establecer el primer criadero de atunes. Todo lo que tenemos que hacer en primer lugar es, digamos, plantar una primera semilla natural. Sabes perfectamente que no podemos obrar lo mismo en pleno océano que como lo hemos venido haciendo en el lago Ontario o en Tahoe. Los atunes no se reproducirían jamás en esas condiciones, se largarían en busca de mejor alimentación. Por lo tanto, el primer paso consiste en mejorar el alimento, hacerlo óptimo, mejor que el natural.

—Y ése es justamente tu problema, Marty —asintió Wheeling—.

La senador Petterson tiene amigos cuya fortuna se basa en la producción de esos alimentos impropios para atunes. Si hay atunes no hay votos. Construye los criaderos en tu imaginación, creo que será lo mejor.

—Pero nadie con sentido común que haya analizado nuestros proyectos... —Se detuvo observando con atención cómo la pelota de su compañero saltaba sobre la hierba. Luego, caminaron en busca de la pelota de Fowler.

—Bien, creo que debes pensar algo rápido si deseas abrir esa puerta este año —comentó Wheeling—. La última noticia es que el banco está pasando frente a Los Ángeles.

—Newport Beach —corrigió Fowler—. Mira, me gustaría que vinieras a la reunión que mañana celebra el comité.

Wheeling miró a su amigo con una compasión que intentaba ir más allá de cualquier mentira consoladora.

—No te bajarás del burro, ¿eh, Marty? —dijo—. Lo que yo te diga: podrás deslumbrar y apabullar a Petterson con todas tus influencias y todos tus proyectos. Pero ni todos los quizás, ni todos los probablemente, ni todos los tal vez del mundo juntos podrán convencer a un político con un cargo que mantener y un bolsillo que llenar. Además, su proyecto es seguro y se ha demostrado fuera del papel.

—Aquí está —interrumpió Fowler apartando unos matojos. Evaluó la situación y escogió un hierro.

Wheeling escudriñó la lejana hierba.

—Has conseguido algo bueno, pero no presumas de ello. Conserva tu racha. Y tómatelo con calma.

—Bien. Mira, quizá si lo mirara más razonablemente me lo tomaría con mayor calma. Ah, bueno, ¿te refieres a la pelota...? Esto es demasiado. Más bien diría que llega a ser divertido. Hace unos días recibí una carta de un cura al que no he visto desde hace veinticinco años. Fuimos juntos a la escuela. Me decía lo que puede decirse en estos casos: rememoraciones que afectan a ambos, lo que le ha ido bien, lo que le ha ido mal, cómo ha cambiado el mundo y cómo no hemos conseguido nada de cuanto ambicionábamos de jóvenes.

—¿Sabes cuál era una de mis ambiciones de muchacho? Llegar a

ser propietario de una gran cadena de hoteles. Otro Conrad Hilton. Me pasaba las horas imaginando la forma que tendrían las piscinas de agua tibia.

—El cura acababa contándome una pequeña historia acerca de una cría a la que ni siquiera conocía de vista. Debería haber sonreído y olvidado el asunto, pero el caso es que me despertó a media noche y me pasé un buen rato sentado en la cama pensando sobre ello. Hasta que Marjorie apagó la luz.

Se apoyó en un palo junto a la pelota.

—Si es algo relacionado con tu hipotético triunfo sobre Petterson, tal vez valga la pena que me lo cuentes.

Fowler hizo una pausa y miró por encima de su hombro.

—¿Ves? No es lógico, no es racional, y sin embargo consigue atraer la atención. Ven mañana a la reunión del comité. —Fowler inclinó la cabeza y dio un leve golpe a la pelota.

—De acuerdo, has conseguido que me interese —confesó Wheeling, observando la pálida luna emerger en la distancia—. No debería decírtelo, pero te devolveré la trampa que me has tendido. —Miró a su amigo, atento a la pelota—. Advertirás que no tengo ni para empezar, ¿eh?

La sala en que debía reunirse el comité era pequeña y de forma irregular, con una peculiar atmósfera a cuatro paredes de encargo recién colocadas en su correspondiente lugar. Era lo bastante larga para abarcar la amplia mesa. Una puerta comunicaba con la galería de recepción.

Una alta ventana que contaba con un solo cristal permitía la intromisión de la luz solar. Wheeling tomó asiento tranquilamente junto a la puerta que daba a la galería, dándole la espalda. Prácticamente, la galería estaba desierta.

Un grupo de hombres más jóvenes estaban sentados al otro extremo, como si los ex-alumnos se buscaran entre sí. Si uno se aventurara a preguntarles por sus lecturas favoritas, contestarían seguramente que literatura sobre física espacial u oceanografía. Un par de cansados periodistas y unos cuantos extranjeros completaban la audiencia. Wheeling sonrió y dio unas cuantas cabezadas hacia los periodistas, como quien entiende de tostones y aburrimientos, y

apartó la vista acto seguido.

Fowler se sentó a un extremo de la mesa. Se alisó lo que había quedado de su claro cabello mientras intercambiaba algunas palabras en voz baja con algún subordinado de su departamento.

Los chicos dejaron de alborotar, el comité tomó asiento en la parte opuesta al de su director y todos permanecieron en silencio. Fowler se volvió, vio a Wheeling y le hizo un guiño. Wheeling le respondió agitando su puño como el que apuesta a las carreras y anima al caballo por el que perderá su dinero.

Senador Vincent de Coahuila, senador Kaiser de Oregon, senador Brand de Maine, senador Petterson de Nueva Jersey, y el ministro Stanislaus de Newfoundland.

Petterson abrió la sesión con el peculiar gusto por el absurdo de todas las mujeres que entran en política.

—El Comité orgánico para los Recursos Marítimos está ahora en sesión. Tenemos la fiesta en paz, caballeros.

Al mirar a la senadora Diana Petterson uno tenía la impresión de estar contemplando a la abuela de algún clan de granjeros del oeste. Y, cómo no, así era. Además, poseía un dominio del idioma inglés como para doblar las uñas hacia atrás, una cachaza inverosímil que para sí la quisiera el político más corrompido y una devoción por las más elementales necesidades del ser humano, lo que en conjunto resultaba lo bastante poco comprometedor como para haberla puesto en el Senado por cinco veces consecutivas. Un individuo con pinta de abogado, a la izquierda de Fowler, se levantó con un ruido de cacerolas. Sujetaba en la mano todo un fardo de papeles que agitó ruidosamente. Se aclaró la garganta y comenzó a recitar hechos y proyectos.

La producción de pompano por aquí, la pesca del cangrejo por allá, la cogida de ostras en Chesapeake al tanto y tanto por ciento, la cosecha de algas yodíferas comestibles alcanzaron tantas y cuantas toneladas...

Wheeling se descubrió a sí mismo pensando en las musarañas. Los muchachos recogían notas para ulteriores desarrollos caseros. Los periodistas habían puesto en marcha los magnetófonos y se habían quedado dormidos. Se encontró a sí mismo configurando en el aire una terrible abeja que, alimentada por la pesadez del

informe, creciera y creciera hasta lanzarse a devorar a picotazos a toda la concurrencia. Wheeling reflexionó, pensando que a más de un congresista le gustaría ser esa abeja.

Media hora más tarde cesó el recital sin guitarra: el informe había concluido. Como por arte de magia, los periodistas despertaron y cerraron sus magnetófonos. Los chicos se removieron en sus asientos. La abeja había desaparecido.

—Señor Fowler —dijo la senador—, si no hay ningún otro asunto pendiente, este comité puede proceder a establecer su balance de final de año, a fin de deshacerse lo antes posible y no andarse con monsergas.

—Le pido perdón, senador —replicó Fowler—, pero está pendiente la cuestión de mi investigación sobre una salida temporaria durante el período de la pesca de la sardina en la costa del Pacífico.

Uno de los senadores soltó un gruñido.

—Al parecer, señor Fowler —amonestó la senador—, usted está dispuesto a darnos la lata con sus investigaciones en todas las reuniones que mantiene este comité.

—Soy consciente de mi insistencia, senador —reconoció Fowler conciliador—. Sin embargo, me atrevo a solicitar audiencia nuevamente. Si ustedes me lo permiten, me tomaré la licencia de citar un párrafo de las cláusulas que regulan...

—Estoy plenamente de acuerdo con las cláusulas que regulan el proceder de este comité, señor director, como también lo están mis compañeros senadores. Ahora bien, si usted persiste en llevar adelante tan inexplicable actitud masoquista, estamos obligados, cuando menos por cortesía, a ser indulgentes con usted. Pero permítame sugerirle que no hay razón alguna para suponer que su proposición va a encontrar mayor auditorio ahora que en otras ocasiones anteriores. Por lo demás, comprendo perfectamente que cada administrador puede estar poseído a título personal de cualquier particular aberración. Comience.

»Pero haga el favor de concedernos la gracia de ser tan breve como le resulte posible, a no ser que semejante hazaña se encuentre más allá de sus fuerzas. Le recuerdo que casi todos nosotros tenemos trabajos importantes que hacer. —La vieja dama se vio

obligada a reforzar la pronunciación del «nosotros» para dar más énfasis a su impaciencia.

Fowler se levantó. Ante él tenía lo que debía ser un somero informe, aunque a lo largo de su ponencia no se refirió a él salvo en escasas ocasiones. Evidentemente no tenía necesidad de ello: lo que dijo lo había dicho ya bastantes veces en ocasiones anteriores a ésta.

Habló de la historia del Control de las Pescaderías Norteamericanas, que ahora cumplía diez años de edad. Por primera vez en la historia, Canadá, México y los Estados Unidos se habían organizado conjuntamente para la explotación de los recursos vivos del mar. Relató cómo el excedente de comida y agua de las plantas de fusión y fisión, allende y aquende la costa, había sido utilizado para atraer la pesca desde las profundidades del océano hasta la superficie, obteniendo cosechas sin precedentes entre cualquier intento industrial anterior.

Explicó cómo la industria del cangrejo en Alaska, que en un tiempo conociera el peligro de ver extinta su materia prima, se había desarrollado actualmente hasta el punto de satisfacer la demanda de seis naciones, contando en la actualidad con la esperanzadora perspectiva de ver crecer sus horizontes de expansión.

Cómo el costo de la langosta de Maine había sido tasado en ciento veinte centavos el kilo, mientras los pescadores de langosta obtenían más dinero que nunca. Cómo las otrora ociosas riberas de la península del Yucatán se habían convertido ahora en la más fuerte industria esponjera del mundo.

Y finalmente expuso que los datos manejados por el Control de Pescaderías le habían hecho llegar a la conclusión de que la más grande factoría de atunes podía ser creada en la Bahía de Sebastián Vizcaíno, con el único requisito de invertir un mejor alimento para los atunes, como ya se había hecho con éxito más al norte: las sardinas.

—Y para hacer eso —concluyó en su lugar la senador Petterson—, usted propone el sacrificio de quizá cien mil toneladas de uno de los más sabrosos pescados del mundo, la sardina californiana.

—No sería ningún sacrificio, senador. Las sardinas contribuirían

a poblar el área de la primera colonia artificial del más popular pescado de América. Evidentemente, podemos perfeccionar las zonas de pesca del atún ya existentes, pero una producción que estuviera bajo nuestro manejo y control sería ya desde el comienzo una docena de veces más rentable y con el tiempo esta proporción alcanzaría con facilidad la centena.

—Usted olvida que la sardina es el pescado más barato. En esa pesadilla que lo absorbe a usted tan tenazmente todas las noches, ¿ha pensado en el precio que tendría que pagar el consumidor?

—Según mis cálculos sólo habría un ligero aumento en el precio de la sardina básica y sus derivados.

—¡Un ligero aumento! —chilló Petterson con los pelos alborotados—. Señor Fowler, ¿tiene usted al menos una mínima noción de cuánta gente de mi estado sobrevive con un salario base? ¿De cuánta gente hay para la que un «ligero» aumento en los precios de los productos alimenticios repercutiría catastróficamente en su imprescindible alimentación cotidiana? ¿Gente para quien los productos marítimos, en particular la sardina, constituye la única fuente de proteínas?

—Los riesgos son tan escasos, senador, que sus temores no se cumplirán.

—Riesgos —dijo la senador, moviendo la cabeza con entendimiento—. Ahí ha puesto usted el dedo en la llaga.

Yo no puedo arriesgarme, no puedo apostar cuando lo que está en juego es la barriga vacía de la gente.

La vieja dama sonrió magnánimamente, una sonrisa que había llegado a ser familiar para Fowler.

—Tengo mis razones, señor director. No le niego que en todo proyecto hay siempre un riesgo que correr. No quisiera que usted me considerase reaccionaria en este sentido. Pero hay riesgos y riesgos. Todo cuanto usted tiene que hacer es garantizar a este comité con un noventa por ciento de probabilidades a favor el éxito de su rancho de atunes, y no votaré por usted con el resto de mis colegas. —Usted sabe que nuestra agencia no tiene la suficiente experiencia como para garantizar el éxito en un porcentaje tan alto senador, pero...

—¡Entonces se acabó lo que se daba, señor Fowler! Yo no quiero

arriesgar la salud de miles de seres humanos con un plan rezumando toda la progresía que ustedes quieran y concebido por un puñado de científicos maniáticos que en su vida sabrán lo que es verse obligado a comer algas. —Cabeceó luego con disgusto y miró más allá de la figura de Fowler, hasta la plácida figura de Wheeling—. ¡Por nada ni por nadie lo haré! Y me aventuro a decir —continuó mirando a los delegados que ocupaban la mesa— que tampoco lo desean los restantes miembros de este comité.

Hubo una larga pausa. Fowler bajó la mirada hasta su fajo de papeles. Cuando advirtió que los senadores comenzaban ya a removerse en sus asientos, tomó de nuevo la palabra, añadiendo un calculado deje de ira al tono de su voz.

—Senadores, si ustedes no quieren decidirse por mí, ni tampoco por los hombres del Control de Pescaderías, quizá puedan decidirse por Josefa Flores.

—¿Josefa Flores? —saltó la senador, mirándolo asombrada—. ¿Quién, ruégole, quién narices es Josefa Flores? Mucho me temo que no conozco a la dama.

—Lo que no me sorprende en absoluto —continuó Fowler—. No se trata exactamente de nadie con influencia en el Congreso. O en el Parlamento canadiense o en la Asamblea Nacional. Se trata de una niña de nueve años.

»Su abuelo es pescador ...o lo era, hasta que nuestra inmensa sabiduría lo despojó de sus posibilidades de trabajo...

Wheeling comenzó a salir de su sopor y optó por sentarse de una forma más correcta. Lo que estaba escuchando prometía ser más interesante que su recurso de la abeja justiciera. Por vez primera, los estudiantes dejaron de tomar apuntes y se quedaron mirando a Fowler con extraña atención. Los dos reporteros se irguieron repentinamente de sus poltronas y pusieron en marcha sus grabadoras, quedándose junto a ellas para que sus oídos también captaran lo que se estaba diciendo. Wheeling murmuró para sí: ¡humana condición de los humanos!...

Fowler habló al comité de la pequeña Josefa Flores, de su abuelo enfermo y de la pesca que ya jamás aparecería por la costa del pueblo... y también del único deseo de la niña: antes que el abuelo muriera, sus redes tenían que llenarse con las exquisitas sardinas

que antaño solía pescar. Fue una historia ante la que Fowler no se avergonzó de sentirse afectado. Cesó de hablar y se quedó mirando a la senador Petterson, quien, al cabo de un rato, dio un golpe sobre la mesa.

—¿Tiene la bondad de sentarse, señor Fowler? —dijo.

Sonriendo, Fowler se sentó.

—Hemos de considerar —comenzó la senador con firmeza— que usted da por sentado que la «liberación» de la sardina devolverá la pesca a las costas de la Baja California; y que, por lo tanto, su historia debe incluirse como apéndice a su proyecto. Pero hay un defecto de base. Usted ha contado una historia particular, recargada con tonos sentimentales, y nosotros, que yo sepa, sólo nos ocupamos de planificaciones en gran escala. Además, la divulgación de la historia me parece hecha a propósito. Opino que este comité debe proceder a una consulta priva...

—No hace falta, Dee —la interrumpió el senador Kaiser—. Los periodistas se han marchado.

Wheeling dirigió su mirada hacia los asientos vacíos de los periodistas, que seguramente estarían ahora telefoneando a sus respectivos periódicos.

Petterson asintió y lanzó una mirada nada grata a Fowler. Éste le devolvió la mirada como lo hiciera un inocente querubín al desperezo de la tierna flor. Wheeling sonrió para sus adentros, pensando que algo estaba a punto de ocurrir.

—Debo reconocer sus dotes dramáticas, señor Fowler, pero debo decirle que cuanto usted ha dicho no es de la competencia de este departamento.

—Le pido perdón, senador, pero tampoco es de nuestra competencia el volver estériles las zonas de pesca y, sin embargo, lo hemos hecho, a pesar de la responsabilidad que debía pesar sobre nosotros. Una decisión fue tomada por los que nos precedieron en el cargo, fue tomada sin las necesarias bases científicas y sus defectos salen ahora a la luz bajo la forma de lo que usted llama historias sentimentales, quién sabe si revelando alguna oscura maniobra política.

Petterson lo miró con mirada fulminadora y replicó con sequedad:

—No me satisface lo más mínimo su versión personal de los hechos, señor director.

Fowler imaginó los dedos extendidos de una mano y los cruzó para traerse suerte.

—Buena parte de ellos, naturalmente, pueden ser comprobados. Un equipo independiente de investigación podría...

—Señor Fowler, no es necesaria ninguna investigación —dijo el senador Kaiser, sonriéndole—. Tenemos gran confianza en usted y sabemos que podemos creer en sus palabras.

Fowler tocó madera con sus cruzados dedos imaginados y añadió lentamente:

—Entonces, ¿puedo pedirles que sometan a votación mi propuesta?

—Evidentemente —replicó Kaiser—, pero podemos hacerlo mañana, o quizá la semana próxima. No es necesario correr tanto por tan pequeño asunto.

—Perdona, Charley —dijo el senador Stanislaus—, pero yo opino que sí es necesario.

Petterson deslizó su mirada por la mesa, examinando una por una las caras de los asistentes.

—Muy bien —dijo—. Ustedes ya conocen mi punto de vista, caballeros. Usted, señor Fowler, lo sabe de sobra. Creo que con una votación levantando la mano será suficiente. ¿En contra? —añadió.

Dos manos se elevaron, la de Petterson y la de Kaiser. Permanecieron así tan largo rato que para la impaciencia de Fowler pareció un siglo. Pero no apareció una tercera mano.

Petterson no bajó la mano y miró a los abstencionistas, acompañando la mirada con una sonrisa maternal: sonrisa maternal que prometía una criminal destrucción en el caso de no obtener el tercer voto decisivo. Pero ninguno de los tres senadores restantes se unió a los otros dos.

Finalmente, sin duda porque ya le pesaba el brazo, lo descendió. Aún intentó un último recurso.

—¿Abstenciones?

Ninguna mano se irguió. De todos modos, no se molestó en preguntar por los votos a favor.

—Felicidades, señor Fowler. Su propuesta para una puerta de

escape en los criaderos de sardinas californianas ha sido aprobada por mayoría de votos de este comité. Usted pidió cinco minutos y cinco minutos le serán concedidos. Ni un segundo más.

Luego, golpeó la mesa con el martillo de madera.

—Este comité aplaza la sesión hasta mañana a la una en punto, para la discusión de asuntos secundarios. Y ya fuera de sesión, señor director —añadió a Fowler—, espero que, por su bien, las investigaciones que lleva a cabo su departamento tengan una base más sólida y eficiente que la política practicada en las elecciones al Congreso desde hace veinticinco años.

Cuando los muchachos estudiantes cesaron de aplaudir y los extranjeros y senadores hubieron abandonado la sala, Wheeling se levantó y se reunió con su joven amigo.

—¿Preparado para tomar un trago, Marty?

Fowler tardó un rato en hablar.

—Ahora hay una posibilidad y sé que puedo conseguirlo. Pero antes he de llamar a los chicos de la costa y darles la noticia. Han trabajado duramente, más incluso que yo.

—Claro —dijo Wheeling—. Dime, la patética historia que has soltado, ¿es cierta o te la has inventado a raíz de los cálculos de tus muchachos?

—La historia es cierta. Venía en la carta que recibí hace unos días, firmada por el lejano amigo que te referí ayer. Estuve en un verdadero aprieto cuando la senador pareció a punto de exigir más detalles. El caso es que mi amigo se encuentra en una situación en que no puede inventarse historias de ese estilo.

Caminaron hacia la galería de recepción.

—Francamente —confesó Wheeling—, no creo que lo tuvieras preparado. El recurso dramático de última hora y todo eso.

—No estaba del todo seguro de que surtiera efecto. Pero ayudó a creer en la eficiencia de mi proyecto de la cría del atún.

—También ayudó el hecho de que Grand y Stanislaus estuvieran trabajando para su reelección este año —comentó Wheeling—. Así como la presencia de los dos chicos del *Post* y el *Time*.

—Seguro, Dave, todo ha contribuido —asintió el director, mientras caminaban hacia el vestíbulo—. Seguro que si hubieras venido antes, no habría tenido que esperar diez meses para que me

escucharan. Tú me has traído suerte.

—No lo dudes, Marty. Lo que me decidió fue la carta que mencionaste. No era una historia cotidiana. Ahora, haz esa llamada telefónica y vayamos a tomar un trago. Y después, amiguito, te haré dieciocho agujeros para tu alegría.

—No, ahora no —replicó Fowler, sonriendo—. Me siento tan bien que no bebería aunque en ello me fuera el cargo de presidente.

Sacó de su bolsillo un pequeño aparato que lo mantenía en comunicación con su oficina y pulsó un botón.

—Sherrie, ponme con Papadakis.

Aristófanes Papadakis caminaba por el puente de la flotante factoría pesquera *Cetacean* mientras sus ojos taladraban las tinieblas. De vez en cuando, algunas ondas de humo en forma de serpiente surgían de la pipa que colgaba de sus labios, desvaneciéndose a continuación en la noche cristalina del Pacífico.

Las luces de la flota formaban inciertos caminos luminosos sobre la calma negrura de las aguas. Por un extraño fenómeno, el Pacífico parecía obedecer por vez primera su nombre.

Cuando el banco de sardinas viniera atravesando la noche, las condiciones de pesca serían óptimas.

Intentó distinguir los otros barcos de la flotilla. El *San Cristóbal*, el *Québec*, el *Typee*, el *Carcharodon*, el *Scrimshaw*... el orgullo de la flota pesquera de tres naciones. Cada uno de ellos convertido en una fábrica pesquera móvil, agrupados todos en la frontera entre México y Estados Unidos. Como barco abanderado, el *Cetacean* apuntalaba la parte situada más al sur.

Y lo mejor de todo era que, organizados como una armada de guerra, estaban esperando un enemigo sin cañones que lucharía sólo con el hambre.

—¿Capitán?

—¿Eh? —Papadakis apartó la vista de la ciudad flotante—. ¿Qué pasa, hijo?

—Señor, el sonar indica que se encuentran dentro de la zona. — La voz del joven oficial apenas podía disimular la excitación.

—Pronto estarán aquí, entonces. ¡Por Dios! ¿Han sido informados los otros capitanes sobre lo concerniente a la puerta?

—Sí, señor —replicó el otro—. El piloto de guardia dijo que llevaría a cabo sus instrucciones, señor. Dijo que todos cumplirían lo indicado, incluso más allá de la llamada del deber.

—¿Eso dijo el bribón? —Papadakis sonrió en torno a la boquilla de la pipa. Mitchell y él habían llegado juntos a aquel lugar, habían pescado juntos bacalao y algún que otro hipogloso. Quien lance sus redes ante la puerta se las verá conmigo: lo pondré en pelota, lo untaré con aceite de oliva y lo meteré en una lata.

Regresó al lugar desde el que antes contemplara la flota. Se preguntaba cómo se las habría arreglado Fowler para conseguirlo. Las sardinas eran ideales para la pesca, y buenas de comer, pero los atunes... esos sí que eran unos señores peces. Después de un rato advirtió que el nuevo oficial se mantenía todavía inmóvil en el sitio en que lo dejara:

—Hijo, acércate o vete, pero no te quedes a medias.

—Lo siento, señor —replicó el joven, acercándose—, pero ésta es mi primera pesca, fuera de los entrenamientos académicos, naturalmente. Dígame, ¿se las puede ver cuando vienen?

—En la imaginación solamente, chico. Bueno, las marsopas sí pueden verlas, pero se encuentran demasiado ocupadas para detenerse en esas minucias.

Una voz les llegó del interior del puente.

—Dos minutos, capitán. —Papadakis acogió la información con un gruñido más alto que lo usual.

—¿Es excitante, señor?

—¿Excitante? Pero si son peces, hijo.

—Señor —dijo el joven después de un rato de silencio—, sé lo que dicen los libros al respecto, pero ¿puede usted realmente advertirlas?

—Oh, a veces sí, a veces no. Depende de las condiciones del agua. También depende de las proporciones del barco. El *Cetacean* y sus primos son demasiado grandes. Es lo mejor si quieres que las cosas salgan bien.

—¿Están preparadas para salir bien esta noche, señor?

—Claro. —Papadakis alzó la vista y contempló la luna. Llena. ¡Vaya por Dios! Esta noche había luz para dar y vender. Naturalmente, era un requisito indispensable. La migración lo

exigía. Los equipos trabajarían hasta el amanecer.

—Usted debe saberlo, señor, pero después de medio año de preparaciones, la cosa lo pone nervioso a uno. —El barco dio un bandazo y el agua subió de nivel—. Señor, ha entrado agua.

Papadakis sonrió y miró su reloj. Golpeó la pipa contra un madero y el apagado tabaco cayó al mar.

—Debe haber sido una ola, señor.

—No era ninguna ola, hijito —dijo Papadakis, manoseándose un botón de la chaqueta—. Era aproximadamente un millón de toneladas de sardinas lanzadas como flechas hacia el sur y comiendo cosas que a nadie le gustaría comer.

Echó a andar y se dirigió al interior del puente, consultando su reloj.

—Prepárate, hijo. Dentro de cinco minutos tendrás tu excitante experiencia y la noche más atareada de tu vida. Y espera a que el banco mayor llegue aquí. Entonces será mejor que te sujetes a algo seguro.

El sol acariciaba los picos de la Sierra de San Pedro Mártir. Josefa Flores caminaba lentamente hacia el viejo embarcadero.

Pero algo sin duda había ocurrido aquel atardecer, pues un montón de gente se apelotonaba alrededor del muelle, y sin ser turistas por cierto. El propietario del almacén estaba allí, y también sus hermanas Juana y María, y muchos otros.

Entonces alcanzó a ver la *Hermosa* que lentamente se acercaba hacia uno de los costados del embarcadero. Vio cómo la vieja barcaza venía medio hundida, con el agua rozando la borda. Comenzó a moverse más rápidamente y, ya más próxima a la orilla, divisó a su abuelo que, rebosando orgullo, se mantenía en pie sobre el pequeño puente, sonriendo de oreja a oreja, con el reflejo del sol sobre sus dientes.

La barca estaba cargada de sardinas como ninguna otra lo estuviera en toda la historia de San Quintín.

—¡Abuelo, abuelo...!

Las manos del viejo estaban cargadas de peces que mostraba a los que ocupaban el embarcadero, pero los más cercanos advirtieron también lágrimas en sus ojos.

VERNOR VINCE

LA PEONZA DE TIEMPO

The Whirligig Of Time.

La estación de defensa situada en lo alto de las montañas Laguna había sido alertada desde el amanecer. Pero el curso del día había seguido su trayectoria sin que el menor suceso alterara la normalidad y ahora veíase el negro manto de la noche caer sobre las encrespadas colinas. Un viento fresco y seco corría por entre los árboles, agitando los pinos que rodeaban las blindadas cúpulas de la estación defensiva. Más arriba, entre las oscuras siluetas de los pinos, las estrellas habían aparecido, brillantes y mucho más numerosas de lo que pudiera parecer a simple vista sobre el cielo de una ciudad.

Hacia el oeste, configurando el oscuro Pacífico, una estrecha franja de verdeante amarillo era todo cuanto quedaba del moribundo día, y la ciudad era una minúscula nota de luz ubicada en el océano. Contemplada desde las montañas Laguna, a ochenta kilómetros tierra adentro, la ciudad semejava un tapete surreal poblado de brillantes gemas, como un precioso tesoro que la estación tuviera que defender.

Este momento de calma y contemplación sería el último instante de tranquilidad que aquella tierra conocería durante muchos, muchos siglos.

La vida en el bosque —los pájaros dormidos en los árboles, las ardillas en sus madrigueras— parecía carente de premonición; pero en el interior de la estación los hombres oteaban el espacio exterior, contemplando las pequeñas manchas que surgían más allá del horizonte polar, prediciendo que el infierno estallaría en aquel aparentemente tranquilo cielo y aquella apacible tierra justamente aquella noche.

Sobre la superficie, las troneras comenzaron a abrirse, mostrando los láseres y ABM rastreando ahora la trayectoria del

enemigo procedente del espacio. Los pájaros cantaban con nerviosismo, perturbados quizá por los movimientos suscitados bajo ellos, y una débil luz roja pudo verse emerger desde los agujeros del suelo. Más atrás de la estación, los bosques todavía estarían en calma y la majestuosidad de los pinos no aparecería perturbada.

En el norte, tres nuevas estrellas brillaban en el cielo, tan brillantes que se dijera que un día blanquiazulado comenzaba a amanecer sobre el bosque. El resplandor de las nuevas estrellas comenzó a variar hacia el naranja y el rojo, al tiempo que dejaban tras de sí una estela de pálido verde y púrpura a través del cielo. Aquella suerte de colores al pastel constituían el único signo visible de la inmensa niebla de cargadas partículas que las explosiones habían dejado entre los radares del suelo y los misiles. Los hombres de la estación mantuvieron su fuego. Las explosiones no les habían cegado del todo —aún tenían una incompleta visión de parte de la batalla espacial gracias a un sincronizado satélite—, pero la distancia que los separaba de sus blancos era excesivamente grande.

Hacia la zona del noroeste, nuevos minúsculos astros hicieron aparición, junto con nuevas andanadas de fuegos defensivos. La aurora preternatural se tendía ahora de horizonte a horizonte, y aún las luces de la ciudad brillaban plácidamente con tanta o mayor belleza que antes del comienzo del fin.

Ahora los radares de defensa podían localizar la sección más destacada del enemigo, situada fuera de la niebla ionosférica que la había camuflado. Pero ninguno de los inminentes misiles apuntaba hacia la ciudad del oeste, antes bien lo estaban haciendo contra la estación de defensa y las bases ICBM en el desierto del este. Los defensores notaron esto pero no tenían tiempo para preguntarse por qué. Su propia destrucción sobrevino segundos antes de que la estación pudiera actuar. La mayor estación de láseres estalló en un torbellino de llamas y los pinos y las colinas circundantes reflejaron el caos luminoso. El rayo de diez centímetros era una cinta de fuego de cien kilómetros de longitud que sólo desaparecía en el límite de la atmósfera sensible, donde no había más aire para ser ionizado. Hubo un sonido, y fue el sonido de densas toneladas de aire que estaban siendo convertidas en plasma, produciendo rugidos que retumbaban en las distantes colinas para perderse luego en la

lejanía.

Nada había ahora que durmiera en el bosque.

Y cuando el rayo desapareció, una estela de pálido azul quedó en el cielo, desvaneciéndose poco a poco hasta desaparecer.

El primer blanco, cuando menos, había sido destruido; el rayo había sido tan poderoso que había creado su propia aurora en miniatura mientras atravesaba la ionosfera, y el apéndice de su extremo había conformado una vaporizada diana.

Entonces los otros láseres comenzaron a hacer fuego y el cielo viose enrejado por extrañas luminosidades rojas. Las ráfagas de ABM situadas en la falda de la colina contribuyeron con sus estruendos a este parcial apocalipsis. Los delgados proyectiles eran como insectos de metal lanzando estelas de fuego y humo. Su éxito o su fracaso estaban determinados por sus escasos cinco segundos de poderosa luz, cinco segundos que bastaban para proyectarlos a una distancia mayor de treinta kilómetros. El espacio situado sobre las colinas se llenaba con nuevas estrellas brillantes y los más frecuentes —aunque menos espectaculares en su colorido— destellos que indicaban los impactos afortunados de los láseres.

Durante setenta y cinco segundos la batalla espacial sobre la estación de defensa siguió su curso. En ese tiempo los hombres podían hacer poco, pero seguían controlando las máquinas: la defensa exigía reflejos listos al microsegundo y sólo las máquinas podían asegurar tal velocidad. En aquellos setenta y cinco millones de microsegundos la estación destruyó docenas de misiles enemigos. Sólo diez de las bombas arrojadas sobre ella pudieron atravesar la barrera; brillantes relámpagos azules indicaron el fin de las bases de ICBM en la zona este. Incluso aquellas diez bombas hubieran podido ser interceptadas si la estación no hubiera retenido sus defensas en reserva, en espera de que más pronto o más tarde el ataque más intenso cayera sobre la gran ciudad del oeste.

Setenta y cinco segundos... y la ciudad que ellos esperaban proteger permanecía todavía resplandeciente bajo el horizonte verdigualda.

Y entonces, en medio del cálido firmamento que era la ciudad, nació una nueva estrella. En sentido astronómico se trataba de una estrella bastante pequeña; pero para sí misma y para lo que

permanecía a su alrededor era un horrible infierno de productos en fisión y fusión, neutrones y rayos X.

En unos segundos la ciudad dejó de latir, de respirar, de ser, y los defensores de las montañas comprendieron por qué todos los misiles enemigos habían apuntado a las instalaciones militares, comprendieron lo que estaría sucediendo en las más grandes ciudades de la zona, y comprendieron, por último, cuánto más fácil había sido para el enemigo deslizarse sus bombas en el corazón de las capitales que malgastarlas en ejercicios balísticos.

Desde el lugar donde estaba situado el yate espacial —un millón de kilómetros sobre la eclíptica de la Tierra y seis millones atrás en su órbita—, el planeta madre era una esfera de mármol azulenco, casi tan brillante como una luna llena y con un tamaño cuatro veces mayor. La misma luna, un par de grados más cercana al sol, brillaba dos veces más que Venus. El resto de la bóveda celeste parecía infinitamente lejana, como una amalgama de neblinas dispersas que anunciaran un mundo sin fin.

Junto a la blanquiazulada luz solar, el yate espacial era una bala de plata de trescientos metros de longitud. Lo único que destacaba sobre su casco era el escudo Imperial —una corona escarlata y una estrella de cinco puntas— situado en la proa.

Contemplado desde el interior, una gran parte del casco aparecía transparente. Arqueándose por encima de la cubierta mayor, era tan claro y nítido como el aire nocturno del desierto; y los caballeros y las damas que asistían a la fiesta de cumpleaños del Príncipe podían ver el conjunto Tierra-Luna balanceándose justo sobre el horizonte artificial creado por la intersección de casco y cubierta. Pero la escena pasaba desapercibida para la mayoría. Tan sólo algunos de los eternos aburridos elevaban sus miradas hacia el extraño cielo. Componían la decimoquinta generación de una estirpe aristocrática que contemplaba el entero universo como si se tratara de una deuda contraída con ellos. Su aburrimiento o su diversión hubieran sido exactamente los mismos de haber estado en la Luna o en la Riviera Hausrallyana.

Entre aquellos dos millones de toneladas de yate espacial, quizá únicamente cuatro o cinco personas eran plenamente conscientes de

la vaciedad circundante.

Vanja Biladze se mantenía en el centro de la pequeña cabina de control del yate espacial, sujetándose negligentemente con una mano a uno de los asideros adosados a la pared. Los tres hombres que componían su equipo estaban sentados observando el ordenador ubicado en los holoscopios. Biladze señaló el dibujo blanco y gris que lentamente se insinuaba en la pantalla central.

—¿Tienes idea de lo que pueda ser, Boblanson? —preguntó al quinto de los hombres que llenaban la cabina.

El enano llamado Boblanson acababa de penetrar en la cabina, procedente de la cubierta, y todavía se advertían en su rostro las señales del vino generoso. Sus torpes manos tantearon intentando sujetarse a los asideros de la pared, mientras su bamboleante cabeza intentaba ponerse en situación de centrarse sobre la pantalla. Los tres hombres del equipo parecían tan intrigados por el espectáculo del enano como por las curiosas señales que ondulaban en la pantalla. Los hombres eran nuevos en el yate Imperial y Biladze conjeturó que nunca habían visto con anterioridad a un no-ciudadano. Aparte las Reservas, el único sitio donde podía uno encontrárselos era en los zoológicos del Emperador.

Los chispeantes ojos de Boblanson contemplaron largo rato la pantalla. El ordenador había lanzado unas cuantas observaciones sobre la imagen, señalando que el cono tenía aproximadamente un metro de ancho y tal vez tres de largo. Indicaciones complementarias mostraban que el objeto estaba situado a más de doscientos kilómetros de distancia. Las indicaciones complementarias tenían incluso la gentileza de ofrecer algunos detalles. El cono no tenía lisa la superficie sino que tenía cientos de delgadas estrías que corrían paralelas al eje. Había también lo que debían ser paneles solares resaltando del cono. Cada quince segundos la base del objeto realizaba una rotación, trazando un círculo uniforme.

El enano mordisqueó sus labios con nerviosismo. Biladze estaba seguro de que si hubiera sido posible arrastrarse con servilismo en la particular gravitación del yate, Boblanson lo hubiera hecho.

—Es extraordinario, Eminencia —dijo—. Un artefacto, estoy seguro.

Uno de los hombres del equipo giró los ojos hacia él.

—Ya nos hemos dado cuenta, imbécil. La cuestión es si vale la pena molestar al Príncipe con eso. Hemos oído decir que tú eras el experto en asuntos espaciales durante el período pre-Imperial.

—Sí, Eminencia —respondió, agitando su cabeza con énfasis—. Nací en la Reserva del Príncipe en Kalifornya. Durante siglos, los de mi tribu pasaron de padres a hijos los conocimientos del Gran Enemigo. Más de una vez me envió el Príncipe a investigar en las ruinas de la Reserva. He aprendido casi todo lo del pasado.

El otro comenzó a abrir la boca —ni por un momento iba a dudar en soltar la opinión que le merecía aquel payaso iletrado con pose de erudito arqueólogo—, pero Biladze cortó antes de que pronunciara la primera palabra. El miembro del equipo era nuevo en la Corte, pero tamaño circunstancia no justificaba que se pusiera a insultar lo que había sido fruto del deseo del Príncipe. Biladze sabía que cada palabra pronunciada en la cabina de control era escuchada por los agentes del Comité de Seguridad, diseminados por todo el yate, y cada maniobra que el equipo ejecutara era analizada por los computadores del mismo Comité. Los Ciudadanos del Imperio eran utilizados como espías y pocos se daban cuenta de hasta qué punto se llevaba a cabo esta medida, sólo comprendiéndolo medianamente cuando uno entraba en el Servicio Imperial.

—Déjame volver a la pregunta de Kolja —dijo—. Como ya sabes, estamos recorriendo a la inversa la órbita terrestre. Dentro de poco, unas quince horas aproximadamente, si no nos detenemos a causa de ese cono, estaremos tan alejados que podremos interceptar objetos pertenecientes a las órbitas troyanas. Ahora bien, hay algunas razones para creer que al menos algunas de las sondas lanzadas en órbitas semejantes a la de la Tierra emergerían eventualmente cerca de los puntos troyanos de la Tierra...

—En efecto, Eminencia, ya había considerado esa idea —respondió Boblanson. *De manera que tiene espíritu después de todo*, pensó Biladze con sorpresa; quizá el enano sabía que más de una vez los bufones reales habían obtenido mejor posición que cualquier Ciudadano Imperial. Y la educación del fulano, obviamente, iba mucho más allá que las paparruchadas que la tribu se pasaba de

generación en generación. La idea de buscar artefactos cerca de los puntos troyanos era sin duda inteligente, pensó Biladze, conjeturando que cualquier análisis meticuloso mostraría lo inútil del intento, por lo menos por dos razones distintas. Pero el Príncipe raramente se molestaba con análisis meticulosos.

—En cualquier caso —continuó Vanja Biladze—, algo encontraremos, aunque en ninguna parte próxima a nuestro lugar de destino. Quizá el Príncipe no quiera interesarse. Después de todo, la razón primordial que ha guiado esta excursión es la celebración de su cumpleaños. No estamos seguros de que el Emperador, el Príncipe y cuanta gente los rodea se sientan muy felices de ser interrumpidos con este asunto. Pero sabemos que gozas de la consulta privada del Príncipe cuando se ocupa de su colección de sondas espaciales pre-Imperiales. Esperamos...

Esperamos que le largues el cable que te estamos soltando, compañero, pensó Biladze. Su predecesor en la tarea había sido ejecutado por el Príncipe cuando éste era un adolescente. Su crimen: interrumpir al muchachito durante la cena. Por milésima vez Biladze deseó encontrarse en su vieja flota (donde las investigaciones eran disfrazadas de maniobras), incluso de regreso en la Tierra, en cualquier laboratorio en Grusya. Cuando fue nombrado Ciudadano se trasladó a los centros del poder, el mayor del inmenso manicomio en que el universo se había convertido.

—Comprendo, Eminencia —dijo Boblanson. Echó una nueva mirada a la pantalla y volvió a Biladze—: Y yo le aseguro que al Príncipe no le gustaría que esto se pasara por alto. Su colección es inmensa, ya lo sabe su Eminencia. Naturalmente, allí están todas las sondas lanzadas a los territorios lunares. Fueron más bien fáciles de encontrar, gracias a los mapas de la flota espacial, donde estaba su Eminencia. Incluso posee un par de sondas marcianas, una lanzada por la República y la otra por el Gran Enemigo. Y los satélites supervivientes de la Tierra también fueron fáciles de encontrar. Pero las del sol y otros planetas... éstas sí que son difíciles de recuperar, hasta que se mueran de prisa y con el tiempo acaben asociándose con algún cuerpo celeste que vaya errante por el espacio. En toda su colección no tiene más que dos sondas solares, y ambas fueron lanzadas por la República. Pero nunca he visto nada

como eso —dijo señalando el blanco cono de la pantalla—. Incluso si fue lanzado en los días de la República podría constituir un hallazgo. Pero si se tratara de una sonda del Gran Enemigo, no dude su Eminencia de que se convertiría en la adquisición favorita del Príncipe. —Boblanson bajó el volumen de su voz—. Aunque, francamente, no creo que ese artefacto volador fuera lanzado ni por la República ni por el Gran Enemigo.

—¿Qué? —graznaron estruendosamente cuatro gargantas simultáneamente.

El enano todavía parecía estar un poco nervioso y molesto, pero por vez primera le atribuyó Biladze cualidades seductoras. El tipo, al parecer, se estaba haciendo el interesante. Su sentido de la astucia parecía comenzar a aflorar. Después de todo, había sido desarraigado de una tierra desolada y no exenta de veneno, y hasta el momento de ingresar en el Servicio Imperial había sido aparentemente utilizado en la exploración de las ruinas radioactivas de las ciudades del Gran Enemigo. Incluso después de aquel exceso físico su cerebro era poderoso todavía, hábil en la persuasión. Biladze se preguntó si el Emperador se había dado cuenta de que aquel juguete de su hijo era cinco veces más adulto que el Príncipe.

—Sí, debe de ser fantástico —dijo Boblanson—. La humanidad nunca ha encontrado evidencias de vida, descontando la vida sin inteligencia, en ningún lugar del universo. Pero yo sé... yo sé que la flota espacial captó señales del espacio interestelar. La posibilidad sigue en pie. Y ese objeto es tan extraño. Por ejemplo, no hay muestras en su casco del menor equipo de comunicaciones. Ya sé que los del Imperio no usáis antenas exteriores... pero en el tiempo de la República todas las fuerzas aéreas las usaban. Además, no tiene paneles solares, aunque quizá el artefacto posea un suministro de poder isotópico. Pero lo más extraño de todo son esas estrías a lo largo del casco. Esos surcos son los que uno atribuiría a un meteorito o una sonda espacial... después de haber atravesado una atmósfera planetaria. No hace falta mucha explicación para advertir que se trata de un casco erosionado en el espacio interplanetario.

Lo que, ciertamente, decide la cuestión, pensó Biladze. Todo lo que el no-Ciudadano había dicho estaba registrado en alguna cinta ubicada Dios sabría dónde, de modo que si luego se descubría que

Vanja Biladze había dejado escapar una oportunidad de engrosar la colección del Príncipe con un artefacto extraterrestre, tal vez se impusiera la necesidad de buscar un nuevo piloto para el yate Imperial.

—Kolja, acércate al teletipo y comunica al Lord Chambelán lo que Boblanson ha descubierto aquí. —Quizá estas palabras lo protegieran a él y al equipo si el rotante cono gris no lograba interesar al Príncipe.

Kolja comenzó a teclear en el teletipo especial de circuito cerrado. En teoría, un Ciudadano podía hablar directamente con el Lord Chambelán, dado que este oficial se había convertido en un puente que enlazaba a la Corte Imperial con el resto de los servidores. De hecho, sin embargo, el protocolo exigido para hablar con cualquiera de los miembros de la aristocracia era tan complicado que era preferible salvarlo dirigiéndose al hombre elegido por escrito. Más aún, el registro por escrito podía respaldarlo a uno más tarde si se daba el caso de que el alto personaje fuera un burócrata empedernido. Biladze leyó cuidadosamente el mensaje mientras éste iba apareciendo en la pantalla del teletipo, y luego indicó a Kolja que lo enviara. La palabra RECIBIDO relampagueó en la pantalla. Ahora, el mensaje estaba archivado en el gabinete de recepción del Chambelán, situado en la cubierta mayor. Cuando su turno llegara, el mensaje aparecería en la pantalla del gabinete de recepción y si el Lord Chambelán no estaba demasiado ocupado con las minucias cotidianas, habría alguna respuesta.

Vanja Biladze intentó relajarse. Incluso sin la retórica palaciega de Boblanson hubiera dado un brazo y una pierna para que se acabara cuanto antes la cuestión. Pero tenía la suficiente experiencia y la suficiente precaución para sentirse afectado por tales espectáculos. Biladze había pasado tres décadas en la flota espacial, tan enfrascado en su trabajo durante todo ese tiempo, tan alejado del sistema Luna-Tierra y de la suasoria presencia del Comité de Seguridad, que el mundo vernáculo podía muy bien no existir. Entonces el Emperador comenzó a fastidiar a la flota, ordenando que regresara al espacio jurisdiccional de la Tierra, a fin de someterse a la misma legislación que el resto de los Ciudadanos.

Así, como la distancia máxima entre los puntos extremos del sistema solar era salvada en cuestión de horas, el nuevo sistema de control fue puesto en práctica. Para muchos oficiales, el cambio había resultado fatal. Habían crecido en el espacio, lejos del Imperio, y habían olvidado —o quizá nunca lo aprendieron— cómo enmascarar sus sentimientos y comportarse con la humildad apropiada. Pero Biladze lo recordaba muy bien. Había nacido en Sujum, en Grusya, un lugar favorito de la nobleza. Por todas las perfecciones de las blancas y cegadoras playas de Sujum, por sus parques adornados con palmeras, había sido elegido como patíbulo de los Ciudadanos revoltosos. Y cuando se trasladó más hacia el este, a Tiflis y sus escuelas técnicas, la vida no fue menos precaria. En Tiflis había tenido lugar la aparición de algunos focos subversivos, cuya intensidad se incrementaba más en el seno del Comité de Seguridad que en los lugares reales.

Si todas estas cosas habían sido al cabo las experiencias acumuladas sobre la Tierra, tanto Biladze como sus compañeros debían haber olvidado cómo coexistir con el Comité de Seguridad. Pero en Tiflis, en la primavera del último año que pasó en el Instituto Hidromecánico, Biladze tropezó con Klasa. La magnífica y hermosa Klasa. Estaba graduada en arquitectura heroica, uno de los escasos campos de investigación técnica que el Emperador había permitido en la Tierra. (Aunque estatuas como la que cerraba el estrecho de Gibraltar no hubieran sido posibles sin las técnicas descubiertas por los predecesores de Klasa). Así, mientras sus compañeros preferían mantenerse en el espacio el mayor tiempo posible, Vanja Biladze había regresado a Tiflis, a Klasa, una y otra vez.

Y nunca olvidó cómo sobrevivir en el sistema Imperial. Bruscamente, la atención de Biladze regresó a la cabina de control, de blancas paredes. Boblanson lo contemplaba con una mirada penetrante, como si estuviera forjándose alguna decisiva opinión de él. Por un largo rato, Biladze le sostuvo la mirada. Había visto apenas cuatro o cinco no-Ciudadanos en carne y hueso, en el curso de los trece o catorce meses que llevaba de piloto en el yate Imperial. Las criaturas parecían estar atrofiadas, como desprovistas de raciocinio... simples fenómenos que se conservaban para la

diversión de los nobles que tenían acceso a las vastas Reservas Amerikanas. Pero Boblanson era el único de todos cuantos había visto que manifestara inteligencia. Aun hoy, le costaba trabajo creer que el antepasado de hombre tan frágil había sido el Gran Enemigo, que había luchado con la República por el control de la Tierra. Muy poco se sabía de aquellos tiempos, y Biladze nunca se había sentido con ánimo suficiente para emprender el estudio de la época; pero tenía noción de que el Enemigo había sido inteligente y dotado de recursos, que nunca había sido completamente derrotado hasta que lanzó un ataque furtivo contra la República. La República sobrevivió al ataque, y luego se lanzó colosalmente contra las ciudades del Enemigo, incendió sus bosques y convirtió su continente en una vasta tierra radiactiva. Después de cinco siglos, los únicos que habitaron las ruinas fueron los piadosos no-Ciudadanos, las postreras víctimas de sus propios antepasados, tan dados a la traición.

Y la victoriosa República se había convertido en el Imperio del mundo.

Ésta era la historia, a fin de cuentas. Biladze podía dudar o no creer alguna que otra parte de la misma, pero sí sabía que Boblanson era de los últimos descendientes de quienes se habían opuesto a la formación del Imperio. Vanja se preguntó qué versión de la historia habían transmitido los años a Boblanson.

Aún no habían recibido respuesta en el teletipo. Aparentemente, el Lord Chambelán estaba demasiado ocupado para molestarse.

—¿Eres de la Reserva Kalifornyana? —preguntó a Boblanson.

—Sí, Eminencia —dijo, asintiendo con la cabeza—. Naturalmente nunca he estado allí, pero he visto bastantes Reservas desde una órbita baja. Kalifornya es el terreno más terrible de todos ellos, ¿no? —Biladze estaba quebrantando uno de los principales requisitos para la supervivencia en el Imperio: estaba siendo curioso. Ése había constituido siempre el peor de los peligros, pero Biladze se reconcilió con su experiencia aduciendo que lo estaba haciendo por razones de salud. Nada había que realmente pudiera considerarse secreto en torno a los no-Ciudadanos... tan sólo se trataba de una minoría que vivía en áreas demasiado desoladas para ser habitadas. El Emperador se había preocupado de conservar

aquellas miserables criaturas, como si con aquel gesto amonestara a sus Ciudadanos: «He aquí lo que suele ocurrir a mis oponentes». Ciertamente, no había ningún peligro hablando con el enano, siempre que en el curso de la conversación se cuidara de mencionar el gran defecto del Enemigo y su ya tradicional alevosía.

Boblanson hizo otra de sus enfáticas reverencias.

—Sí, Eminencia. Y siento profundamente que algunos infames antepasados de mi pueblo procedieran del sur de Kalifornya. Y es mayor mi pesar por el hecho de que mi tribu en particular proveyó los elementos subhumanos que dirigieron el ataque contra la República. Muchas noches, sentados en torno a nuestros fuegos de campaña —en la época en que aún había madera para proporcionarnos fuego—, los más ancianos nos relataban leyendas. Ahora comprendo sus alegorías y sé que se estaban refiriendo a misiles dirigidos a reacción y rayos láser. Sin duda eran los modelos que hoy han permitido las armas standard del Imperio, pero sin duda eran las mejores que había en aquel tiempo. Lo único que puedo decir de los antepasados de su Eminencia es que agradezco que su valentía haya hecho perdurar la República y la justicia.

»Todavía me siento avergonzado y los vestidos que ahora llevo son un castigo por haber tenido tales antepasados... una especie de réplica del uniforme de las condenadas criaturas que provocaron el Conflicto Final».

Palpó sus vestiduras de materia azul y por primera vez pareció que Biladze las advertía. No es que tuviera nada especial el uniforme de Boblanson. Más bien, con aquellas tiras plateadas sobre los hombros, era ridículo. Con la gravedad a cero gramos que imperaba en la cabina de control, los pantalones se le subían mostrando sus delgadas piernas. Antes, Biladze no había considerado del todo la cuestión de los ridículos y obscenos vestidos que la familia Imperial había decretado usaran las criaturas de sus zoológicos particulares, pero ahora pudo vislumbrar que el sadismo iba más lejos. Debía divertir sin duda enormemente al Príncipe el vestir a este espantapájaros como uno de los enemigos, humillándolo y rebajándolo de aquella forma. La familia Imperial nunca había olvidado a sus contrarios y nunca los olvidaría por muy lejos que se encontraran, tanto en el tiempo como en el

espacio.

Entonces miró a los ojos al enano y descubrió de súbito que sólo había visto una parte del asunto. No dudaba que el Príncipe había ordenado a Boblanson que vistiera aquel uniforme, pero de hecho el único que se divertía con aquello —si es que había lugar para el humor tras aquellos ojos de azul pálido— era justamente el no-Ciudadano. Incluso era posible, pensó Biladze, que el propio enano convenciera al Príncipe para que le ordenara vestir de aquella manera. Así, so pretexto de la humillación, Boblanson, descendiente del Gran Enemigo, vestía el uniforme de sus antepasados en medio de la Corte del Emperador. Biladze estuvo considerando un rato para sí mismo y por primera vez dio un poco de crédito a los mitos y bulos que corrían acerca de la sutileza del Enemigo, su habilidad para engañar y traicionar. Aquel hombre recordaba todo cuanto ocurriera en aquellos lejanos tiempos... y con mucha mayor saña que cualquiera de los miembros de la familia Imperial.

La palabra RECIBIDO se desvaneció de la pantalla y en su lugar apareció el alegre rostro del Lord Chambelán. El equipo inclinó la cabeza levemente e intentó componer un poco su apariencia. Al Chambelán le gustaba comunicarse por escrito, de manera que aparentemente el mensaje —cuando acaparó su atención— fue de su agrado.

—Piloto Biladze, su desviación del plan de vuelo está perfectamente justificada, en tanto que se ha servido de las funciones de la mascota del Príncipe. —Rostov transmitió estas palabras. Biladze esperó que el criticismo implícito del viejo Rostov no fuera sólo una cuestión de fórmula. El Lord Chambelán no podía permitirse el lujo de ser tan inconstante como la mayoría de los nobles, pero era un hombre difícil, ávido de cumplir los deseos de sus patronos hasta en la cosa más nimia—. Tiene usted que enviarnos aquí la criatura Boblanson. Debe mantener la actual posición del objeto no identificado. Mantendré este circuito abierto, de manera que usted pueda responder directamente a los deseos del Emperador. —Desapareció de la pantalla, terminando la conversación tan abruptamente como si se hubiera estado dirigiendo a un ordenador. Al menos, Biladze y su equipo se habían quitado de encima la responsabilidad con una solución a tono con

las exigencias.

Biladze apretó el botón de ESCOTILLA ABIERTA y la guardia de Boblanson penetró en la cabina.

—Debe ser conducido a la cubierta mayor —dijo Biladze. Boblanson miró rápidamente a la pantalla más grande, al enigma que todavía aparecía rotando en aquel lugar, y luego dejó que sus guardianes lo sujetaran con una cadena de adorno, conduciéndolo hacia el pasillo. La escotilla se cerró tras el trío, y el grupo volvió a la imagen holográfica que se dibujaba por encima del teletipo.

La cámara indicaba que la figura no se había movido. El casco del gordo Rostov no era tan ancho que bloqueara su visión, de manera que aún podría ver bastante. El yate era un regalo que el Emperador había hecho al Príncipe para su décimo cumpleaños. Como cualquier dádiva Imperial, era inmenso. La cubierta mayor — con su techado de cristal abierto a los cielos superiores— tenía capacidad aproximadamente para dos mil personas. Al menos ésa era la cantidad que había subido a bordo para celebrar el decimoctavo cumpleaños del Príncipe con una fiesta de veinte largas horas.

Muchos de aquellos caballeros y damas vestían de rojo, en tanto otros llevaban ropas de diversos colores, transparentes o no del todo. La desnudez calculada no tenía ningún límite para las mujeres. Las luces de la cubierta mayor habían sido apagadas para permitir que sólo las estrellas (cuya luz penetraba por el techo) sirvieran de iluminación. Una cretinez como tantas otras que suelen amenizar las fiestas. Pero también como un deseo de indicar que aquella gente era la elegida para gobernar sobre todos los mundos visibles...

Dispersos entre el gentío, pudo ver los uniformes gris-castaño de los bandejeros, haciendo funcionar una cultura que se reservaría a la máquinas. Los sirvientes iban de un lado para otro, eternamente atentos a cumplir cualquier deseo, eternamente abyectos en su sentido de la sumisión. Sumisión que florecía para gloria y honor de los espías del Comité de Seguridad, mientras que muchos contertulios acostumbraban a ir tan lejos en el consumo de drogas que no llamaban su atención a menos que alguno les escupiera en un ojo. Aún faltaba un poco para ser una perfecta orgía. Biladze rió

para sus adentros. Nada nuevo... la orgía era a lo sumo un poco más grande que lo usual.

Entonces las figuras de Boblanson y sus guardianes aparecieron por el lado derecho de la pantalla del holoscopio. Los dos Ciudadanos caminaban cuidadosa y respetuosamente, los hombros caídos, la mirada en el suelo. Boblanson parecía conducirse a sí mismo en vez de ser conducido; pronto notó Biladze que los ojos del enano iban de izquierda a derecha observando cuanto ocurría a su alrededor. Era asombroso. Ningún Ciudadano se arriesgaría a caminar con tal arrogancia. Pero Boblanson no era un Ciudadano. Era un animal, una mascota. Uno puede matar a un animal si éste resulta molesto, pero no puede observar en sociedad la conducta de un animal. Ni siquiera los del Comité de Seguridad lo tomaron en cuenta, limitándose a realizar una inspección superficial.

Mientras las figuras caminaban hacia la izquierda, Biladze se inclinó hacia la derecha para seguir las en el holoscopio, y entonces vio al Emperador y su hijo. Pasa III estaba sentado en su trono móvil, vistiendo lo que parecía una cascada de escarlata y joyas. El rostro de Pasa era macilento, ascético. En otro tiempo este hombre hubiera debido crear un imperio en lugar de haberlo heredado. Como fuere, Pasa había consolidado la autocracia, tomando control de todas las funciones del estado —incluso y especialmente las de investigación— y lanzándose a la tarea de encarnarlas.

Sólo en una cosa podía considerarse blando a Pasa: su hijo tenía hoy exactamente dieciocho años y ya había consumido los recursos y los placeres de mil muchachos juntos. Sasa X, vistiendo un rojo manto con incrustaciones de diamante, estaba de pie junto al trono de su padre. La morena que se inclinaba contra él tenía una figura increíblemente delicada, incluso la principesca mano que la rodeaba la trataba como si estuviera acariciando una delicada flor.

Los guardianes se postraron ante el trono y fueron advertidos por el Emperador. Biladze masculló una maldición ¡El maldito micrófono no recogía sus palabras! ¿Cómo podía saber lo que Pasa y su hijo querían si no se enteraba de nada? Todo cuanto oía era música y risas, además de un par de conversaciones indecentes sostenidas junto al micrófono. Éste era el tipo de asuntos que convertían al Piloto del Yate Abanderado en un hombre de corta

existencia, no importando cuan sigiloso fuera.

Uno del equipo maniobró con los mandos de la pantalla pero nada pudo obtener. De modo que verían y oirían lo que la gracia del Lord Chambelán tuviera a bien concederles. Biladze se inclinó hacia la pantalla y trató de captar entre el ruido general de la reunión las palabras que se cruzarían entre Boblanson y el Príncipe.

Los dos guardianes todavía estaban postrados a los pies de Pasa. No habían obtenido permiso para levantarse. Boblanson se mantuvo en pie, aunque su postura evidenciaba timidez. Los sirvientes hicieron aparición distribuyendo bebidas y caramelos especiales.

El Emperador y su hijo parecían no advertir lo que ocurría a su alrededor. Era extraño ver cómo dos personas podían elevarse tanto sobre la chusma común. Y todo arrastraba consigo los viejos recuerdos. Había sido durante el último verano en Tiflis cuando encontrara a Klasa y la libertad de la Flota Espacial. Muchas veces, en el curso de aquel verano, él y Klasa se habían adentrado en el Káukaso para pasar la tarde rodeados de árboles. Allí podían hablar de ellos mismos, de sus opiniones, aunque más bien con timidez, dado que el miedo a ser oídos se mantenía siempre presente. Pero allí nadie podía oírles. (O al menos así lo creían. Años más tarde, Biladze se dio cuenta del terrible error que cometieron, ya que sólo gracias a un milagro no fueron descubiertos). En el curso de aquellas excursiones, Klasa le habló de cosas que nunca iban más allá de lo que ocurría en sus clases. Los estudiantes de arquitectura habían tratado las viejas formas y el significado de las inscripciones que se encontraban en ellas. De modo que Klasa era una de las pocas personas en todo el Imperio que tenía conocimientos de historia y lengua arcaicas, aunque indirecta y fragmentariamente. El conocimiento era peligroso, incluso fascinante en muchos aspectos: En los días de la República, le decía Klasa, la palabra «emperador» tenía un significado aproximado a «primado», esto es, un hombre elegido —justo como en algunos puestos aislados de la Flota Espacial los hombres elegían un representante que manejara asuntos generales—. Era una asombrosa evolución la que iba desde una representación a una dictadura cubierta de oro. Biladze se preguntaba a menudo por los significados y verdades que habían sido cambiados por el tiempo y por los hombres que solía observar

a través de la pantalla holoscópica.

—... Padre. Creo que puede ser exactamente lo que mi criatura dice. —La audición regresó abruptamente mientras la pantalla enfocaba al Príncipe y a su padre. Aparentemente, Rostov había descubierto el fallo del micrófono. El Chambelán tenía tanto que perder como Biladze si los deseos del Emperador no eran prontamente satisfechos.

Biladze se apresuró a registrar la conversación. La voz de Sasa estaba subida de tono y denotaba animación:

—¿No te dije que esto era digno de atención, Padre? Ahora tenemos oportunidad de ir tras algo nuevo, quizá de algo procedente de más allá del Sistema Solar. Será la pieza más importante de mi colección. Oh, Padre, debemos atraparlo. —Su voz tartamudeó.

Pasa gesticuló y dijo algo sobre los «entretenimientos estériles» de Sasa. Entonces, como casi siempre hacía, cumplió los deseos de su hijo.

—De acuerdo, de acuerdo, atrapa ese maldito objeto. Espero que sea al menos la mitad de interesante que aquí tu criatura —y señaló con la mano a Boblanson— dice que es.

El no-Ciudadano se estremeció dentro de su uniforme azul y su voz se convirtió en una súplica:

—Oh, querida Sublime Majestad, este humilde animal promete con todo su corazón que ese artefacto se adecua perfectamente a todas las grandezas de vuestro Imperio. Aun antes de que Boblanson enunciara su adúladora promesa, Biladze ya se había vuelto hacia sus hombres.

—Venga. A cazar el objeto. —Mientras uno de los hombres ocupaba el panel de control, Biladze se dirigió a Kolja—: Lo atraparemos como se atrapan los mariscos después de la marea alta. Una vez estemos junto al objeto, quiero observarlo concienzudamente. Recuerdo haber leído en algún lugar que los Antiguos usaban jets para la tracción... nunca pescaban en la dirección que seguían. Puede haber algo enrarecido en los depósitos de combustible después de tanto tiempo. No quiero que haya ninguna explosión a bordo.

—De acuerdo —asintió Kolja, volviendo a su propio panel.

Biladze mantuvo un oído atento a lo que se decía en la cubierta mayor, lo justo para el caso de que alguien cambiara de opinión. Pero la conversación general había derivado desde lo relativo al descubrimiento hasta la colección de satélites del Príncipe. La figura azulada de Boblanson estaba todavía de pie ante el trono, introduciendo en todo momento algún que otro comentario en medio de las descripciones de Sasa.

Vanja se separó de la pared para inspeccionar el programa que su compañero había redactado. El yate estaba bien equipado y podía fácilmente obtener aceleraciones de mil veces la fuerza de gravedad. Pero su objetivo estaba apenas a dos centenares de kilómetros, y después de salvar esta distancia procedería a aproximarse más lentamente. Biladze pulsó el botón de PROGRAMA INICIADO y la respuesta del yate mostró que se estaban desplazando hacia el artefacto a una velocidad de dos veces la fuerza gravitatoria. Llegar les tomaría aproximadamente doscientos segundos, lo que transcurriría antes de que la atención de Sasa regresara a su último capricho.

Ciento veinte segundos para el contacto. Por primera vez desde que, diez minutos antes, llamara a Boblanson a la cabina de control, Biladze podía saborear el espectáculo él solo. El cono era evidentemente un mecanismo; era demasiado regular para ser cualquier otra cosa. Todavía dudaba de que tuviera origen extraterrestre, no importándole lo que Boblanson pensara. Su órbita tenía el mismo período y excentricidad que la Tierra, y se encontraba a no menos de siete millones de kilómetros de Tierra-Luna. Órbitas como ésa no eran estables tras largos períodos de tiempo. Eventualmente, un objeto tal acababa capturado por Tierra-Luna o perturbado en una órbita excéntrica. El cono no podía ser más viejo que la exploración espacial hecha por el hombre. Biladze se preguntó cuánto sacaría en limpio si trazara la órbita hipotética que había seguido el objeto, con alguna clase de análisis dinámico. Probablemente no mucho.

La única diferencia entre su órbita y la de la Tierra consistía en la inclinación: aproximadamente tres grados: lo que debía significar que había sido lanzado desde la Tierra apenas a una velocidad mayor que la de cualquier lanzamiento, a lo largo de una asíntota

inicialmente apuntando al norte. Ahora bien, ¿qué inconcebible utilidad podía tener semejante trayectoria?

Noventa segundos para el contacto. La imagen del cono era más clara ahora. Observando las estrías del casco, pudo ver que la superficie estaba helada. Lo que a todas luces evidenciaba que había atravesado la atmósfera de algún planeta. Biladze había observado esos efectos una o dos veces, y se producía cuando, al entrar en una atmósfera, se procedía a reducir la aceleración. Biladze podía suponer perfectamente que los Antiguos, dependiendo de cohetes para la propulsión, habían utilizado frenos aerodinámicos para ahorrar combustible. Quizá, pues, se trataba de una sonda espacial que había entrado de regreso en la atmósfera de la Tierra, pero sólo tangencialmente y con fuerza suficiente para ser repelida nuevamente al espacio, siendo sin duda considerada por los Antiguos como una sonda fracasada. Pero esto no acababa de explicar su forma estrecha y acabada en punta. Un buen freno aerodinámico debía ser romo. Pero aquella punta parecía estar expresamente hecha para reducir al mínimo las posibilidades de frenaje.

Sesenta segundos para el contacto. Ahora podía ver que el negro agujero de su base era una cavidad utilizable como salida para cualquier jet a reacción, lo que probaba que se trataba de una sonda lanzada desde la Tierra antes del Conflicto Final. Biladze miró al holoscopio situado sobre el teletipo. El Emperador y su hijo parecían completamente absortos con lo que estaban viendo en la pantalla colocada delante del trono. Tras ellos estaba Boblanson, con los ojos fijos en las imágenes de la pantalla. Parecía incluso más extraño que antes. Sus mandíbulas estaban contraídas y un periódico tic relampagueaba sobre su rostro. Biladze regresó a la pantalla mayor; el enano sabía mucho más, sin duda, de cuanto había revelado acerca del misterioso cono. Si él lo había notado, de seguro que el Comité de Seguridad lo había advertido también.

Treinta segundos. ¿Cuál era el secreto de Boblanson? Biladze probó a conectar el odio ancestral que había visto en Boblanson con lo que él —o ellos— sabía sobre el rotante cono blanco: había sido lanzado por la época del Conflicto Final, en una trayectoria que debía apuntar hacia el norte. Pero el objeto no había sido

considerado como una sonda espacial desde el momento en que su velocidad aumentó cuando se encontraba aún en la atmósfera terrestre. Ningún vehículo podía moverse tan rápido en el interior de la atmósfera...

... *salvo que se tratara de un arma*. El pensamiento le asaltó con una punzada en la boca del estómago. El Conflicto Final se había mantenido con cohetes explosivos e incendiarios más allá del Polo Norte. Una posible defensa contra tales armas podía haber sido el uso de misiles antimisiles de alta velocidad. Si uno de ellos fallaba su blanco, podía muy bien escapar a Tierra-Luna realizar su órbita en torno al sol... Siempre mortalmente cargado, siempre esperando.

Entonces, ¿por qué los instrumentos no habían detectado la presencia de una bomba? La pregunta hizo que casi desechara toda la hipótesis, hasta que recordó que bastantes explosiones poderosas podían ser producidas por la fusión y la fisión nuclear. Sólo los físicos sabían del asunto, pues ninguna bomba es más fácil de construir una vez se está en el secreto. Pero ¿conocían los Antiguos el secreto?

Biladze se cruzó de brazos, sujetándose a los asideros murales con los pies. En alguna parte de sí mismo, una voz gritaba: *¡Aproximación interrumpida, aproximación interrumpida!* Pero si estaba en lo cierto y la bomba todavía funcionaba, entonces el Emperador y buena parte de la nobleza serían borrados de la faz del universo.

Era una oportunidad que ningún hombre, ningún grupo, había tenido desde los días del Conflicto Final.

¡Pero no vale la pena morir por eso!, gritaba la débil, exasperada voz.

Biladze miró a los zánganos hedonistas que se veían en la pantalla holoscópica, cuya única habilidad consistía en manejar los aparatos de seguridad que mantenían tiranizados y apresados a los hombres y las ideas de los hombres. Con la caída del Emperador y los cerebros del Comité de Seguridad, el poder político sería tomado por los técnicos, Ciudadanos ordinarios de Tiflis, Luna City o Eastguard. Biladze no se hacía ilusiones: la gente ordinaria y corriente tenía su propia reserva de villanías. Habría conflictos, quizá una guerra civil. Pero al final los hombres serían libres de ir a

las estrellas, a donde ningún tirano de la Tierra pudiera ordenarles regresar.

Detrás del Emperador y de los nobles, Boblanson había abandonado su nerviosismo. Una expresión de triunfo y odio se había aposentado en su rostro, y Biladze recordó que había dicho que el artefacto se adecuaba perfectamente a todas las grandezas del Imperio.

Y así, tras tantos siglos, su pueblo sería vengado, pensó Biladze. Como venganza era, ciertamente, lo necesario. Vanja Biladze flotaba levemente en la cabina de control, desprovisto de emociones, sin hacer el menor esfuerzo para detener la aproximación del yate al rotante cono. Tenía miedo. Una mera venganza no podía pagarse a este precio. Pero quizá el futuro sí.

El yate estaba ahora aproximadamente a dos mil metros del objeto. Ocupó toda la pantalla, como si estuviera girando justo al otro lado del casco del yate. Los instrumentos de Biladze registraron huellas de una leve radiactividad en la dirección del objeto.

Adiós, Klasa.

A una distancia de siete millones de kilómetros de la Tierra, una nueva estrella hizo aparición. En sentido astronómico era una estrella pequeña, pero para sí misma y lo que había en torno a ella era un infierno plasmático de productos en fusión y fisión, neutrones y rayos gamma.

R. A. LAFFERTY

MR. HAMADRIADA

Mr. Hamadriada.

1

Durante algún tiempo había persistido la sensación de que un inmediato cambio iba a cernirse sobre el globo terráqueo, de que una gran conmoción iba a reemplazar cuanto de casquivano, irascible e ineficiente había en el mundo por algo frío, fatigosamente ordenado, inconmensurablemente cruel, suave, sinuoso, felino, demoníaco en suma. Pero la inmediatez, la realidad de tal cambio, no se me vino encima hasta mi primer encuentro con Mr. Hamadriada.

(Me dedico al transporte de cocos y resulta una necesidad de segundo orden que tenga la fortuna de encontrarse con personas como Hamadriada).

Creo sinceramente que Mr. Hamadriada era la persona más singular de cuantas había visto en toda mi vida. Me llamó la atención por vez primera en el Club de la Tercera Catarata, en Dangola, donde, por cierto, se reúnen caballeros bastante exóticos. Pero cuando uno arquea una ceja ante alguien, es que ese alguien es realmente extraño.

Algo había llamado mi atención en el Club. En el corredor de tierra había oído un doble juego de pasos, claramente definidos: el primer juego correspondía a una persona de pies planos que calzaba botas de blanda piel de cabra; el otro, indicaba la presencia de una persona descalza. Sin embargo, este último juego de pasos estaba ligeramente alterado, como por una especie de pisada doble. Sólo una persona había entrado en el Club y sin duda se trataba de la que tenía los pies planos y botas de piel.

—Un *Stony Giant* —dijo el individuo a Ukali, el camarero—. Y lo

de siempre para comer.

—Muy bien, Mr. Hamadriada —respondió Ukali, y se puso a preparar el *Stony Giant*,

Al hablar, la voz de Hamadriada había sonado como una especie de ladrido, algo así como un chillido en sordina, aunque no del todo desagradable. El *Stony Giant* (gigante pétreo) era una generosa bebida local. Consistía en una inmensa copa llena de vino de palma rociado con polvo de piedras salinas de la región. Contenía un huevo de cigüeña triturado junto con la cáscara, que quedaba flotando; en el líquido. Ukali añadió todavía un fuerte tónico en polvo al final. El *Stony Giant* es una especialidad del Club de la Tercera Catarata y es casi imposible de encontrar en cualquier otra parte del mundo.

Hamadriada tenía una nariz excesivamente larga. Tanto, que aquello bastaba para ponerlo en un lugar aparte en el mundo, quisiera él o no. Su mirada, una vez desembarazada del recorrido de la nariz y fijada sobre el objeto que deseaba contemplar, recorría sin duda la mitad del alcance que una visión normal poseía.

Hamadriada tenía ojos oscuros que nunca parecían mantenerse fijos sobre la persona a quien miraban; por el contrario, se dijera que la mirada siempre estaba situada unos cuantos centímetros más allá de esa persona. Hamadriada me estaba lanzando esa mirada. Luego sonrió agradablemente al punto situado varios centímetros detrás de mí. Su cabeza estaba completamente cubierta de pelo, aunque crecido o cortado de una manera irregular. Su estatura era más bien escasa, pese a lo cual tenía tendencia a permanecer inclinado. Su apariencia era la de un hombre vivaz y de rápidos movimientos. Su boca, situada en algún lugar bajo la inmensa nariz, mostraba un pliegue de seriedad. En resumen, parecía un tipo agradable: y, realmente, una extravagante aparición incapaz de ser herida en lo que la hacía extravagante.

Ukali acabó de preparar el *Stone Giant* y lo sirvió a Hamadriada. El ruido de pies descalzos volvió a oírse por el corredor, arriba y abajo, pero nadie entró. Hamadriada había pagado la bebida con una moneda somalí de oro. Ukali no le devolvió y vi cómo hacía un gesto en el aire. Con aquella moneda de oro Hamadriada había pagado sus consumiciones en el Club por lo menos para una

semana. Entonces fue cuando aquel hombre tan extraño se me acercó y se sentó junto a mí.

—Todo lo explican con palabras insípidas —comenzó Hamadriada con su grato chillido—. Hacen todo de tal manera que a la postre parezca una nimiedad. Piedras de quinientas toneladas para dinteles y pretenden decir que fueron colocadas con rampas de madera o de tierra, y que las rampas fueron quitadas después. ¡Hojas de banana! Es absurdo, se lo digo yo.

—¿Cuál es su profesión? —le pregunté.

—Cosmólogo —dijo.

De nuevo me llegó a los oídos el caminar de los pies descalzos, subiendo y bajando a lo largo de aquel corredor de tierra. Yo estaba ciertamente intrigado. ¿Qué era aquella sedosa y grávida pisada doble?

—¿No entra su amigo? —pregunté a Hamadriada, mientras un gesto de mi cabeza señalaba al corredor.

—No es mi amigo. Es mi esclavo —dijo Hamadriada—. Entró hace un momento, tal vez usted no lo haya notado, y salió en seguida. Prefiero que se quede fuera. Sí, naturalmente que había oído entrar y salir al esclavo, pero no había llegado a verlo. Ahora estaba en condiciones de deducir que el paso duplicado indicaba que el esclavo era algún cuadrúpedo y que su poderoso ritmo al andar correspondía a un peso cinco veces mayor que el de Hamadriada.

—Fíjese que, incluso para un megalito no muy grande, la construcción de rampas requería la utilización de un bosque de buen tamaño o bien la movilización de más tierra que los gusanos hayan podido mover en toda la historia del universo —decía Hamadriada—. Mientras no sepa cómo fue posible, no puedo aceptar el recurso de rampas a base de troncos o de tierra. En Perú, sobre escarpados acantilados, fueron enclavadas piedras de trescientas toneladas. En Baalbek, en el punto más elevado, se colocaron piedras de mil toneladas. ¿Qué clase de rampas fueron construidas para subir tales piedras?

—No lo sé. No soy ningún constructor de rampas —repuse.

—¿De veras? Pues lo parece. Me alegro de que no lo sea —dijo Hamadriada—. De todas formas, le digo que una investigación

intensiva sobre los lugares exactos revelaría la imposibilidad del uso de rampas. Forzosamente deben quedar señales: nadie puede construir inmensas rampas y luego deshacerlas sin que quede el menor rastro. Nadie puede trasladar tan pesadas piedras y no dejar al menos una huella. Y sin embargo, no hay huellas en los monumentos megalíticos. Uno está plenamente justificado al decir que jamás ha habido tales rampas. Y lo mismo puedo decir sobre si las piedras estaban o no preparadas para ser convertidas en megalitos, esperando a que un buen día nosotros pasáramos por allí y las descubriéramos y dudáramos al respecto.

Miré a Ukali y con la mirada le pregunté a cuál de las nueve clases de chalados pertenecía el que tenía delante. Ukali hizo un gesto con la mano, justo el gesto que un hombre acostumbrado a la escritura arábica haría al intentar trazar una «p» latina en el aire.

¿Un chalado de la clase p? ¿Era Hamadriada un chalado de la isla de Pascua? Mientras tanto, Ukali trajo la comida a Hamadriada: estómago de cordero todavía en período de lactancia, bañado en su leche original.

—Usted puede comprobarlo con cualquier vieja estructura de piedra —continuó Hamadriada con su chillido en sordina—. Examine los dólmenes, menhires, crónlech, templos, pirámides, mastabas, esfinges, criosfinges y santuarios (por cierto, ¿no le parece extraño que todas las estructuras megalíticas sean edificios destinados al culto y que no haya construcciones seculares entre ellos?), y usted encontrará siempre lo mismo: piedras demasiado pesadas para ser transportadas por medios humanos. Las grúas más potentes con que contamos en la actualidad pueden mover moles hasta de trescientas toneladas a lo sumo, mientras que las antiguas construcciones que le he indicado cuentan con masas de cuatro a ocho veces más pesadas. Digámoslo de una vez, no hay artefacto, antiguo o moderno, que pueda repetir la hazaña. Es decir que, quienes levantaron los monumentos, no lo hicieron con ninguna clase de maquinaria o truco de ninguna especie. Y no volvamos sobre el asunto de las rampas, sean a base de troncos o de tierra. En un noventa y cinco por ciento resultan ineficaces a la hora de construir cualquier barricada de poca monta. Ciertamente que hoy se consideran la resistencia de materiales y la resolución de los

ángulos. Pero tales ventajas se convierten a la larga en desventajas; siempre hay un punto en que los materiales utilizados fallan. He aquí por qué ningún edificio moderno, y hablo de los últimos tres mil años, ha sido construido con piedras excesivamente grandes. Las únicas excepciones son unos cuantos monumentos especiales contruidos por nosotros y en base a razones particulares.

Algunos grumos de la bebida habían resbalado hasta la mesa y permanecían en una especie de sinuoso movimiento. Vi que Hamadriada los estaba moviendo por un acto de voluntad. Realmente parecía no darse cuenta de aquello aunque era indudable que exigía su energía. Lo realizaba como un ejercicio mientras charlaba y bebía, hasta el momento en que conscientemente lo pusiera en práctica. Era una habilidad que el tipo quería retener y desarrollar.

Hamadriada, definitivamente perteneciente a una de las nueve clases de chiflado que yo conocía, no parecía un chiflado que casara del todo con la Isla de Pascua. ¿Habría yo confundido la señal de Ukali?

—¿Cómo van las cosas por la Isla de Pascua? —le pregunté.

—A la deriva todavía, y con una deriva muy acelerada —respondió. Una sombra pasó por su rostro. Por un momento no pareció ser la agradable persona que me había parecido al principio —. Se encuentra a veintisiete grados de latitud sur y ciento ocho de longitud oeste, pero deriva. Tengo mucho miedo de que pueda llegar a la mancha estando yo en vida, aun en los próximos doscientos cincuenta años. Oh, compréndame, nadie se mantiene eternamente como un primate superior. Hay ciclos, evos.

—¿Qué es esa mancha? —le pregunté.

—¿Qué? ¿Qué? —ladró Hamadriada. Entonces tuvo lugar algo que no pude ver. Hamadriada hizo un gesto a Ukali y deduje que le estaba preguntando sin palabras a cuál de las nueve clases de chiflados pertenecía yo. Imaginé la respuesta de Ukali. Más bien, intenté imaginarla, configurando en mi mente su mano habituada a la escritura arábiga y trazando en el aire una letra latina. Pero ¿cuál? ¿A cuál de las nueve clases de chiflados pertenecía yo, según Ukali?

Todo transcurrió en un corto espacio de tiempo. Ni Hamadriada

ni Ukali eran unos primos a los que podía cogérseles la onda. De modo que Hamadríada me respondió con evidente bondad y compasión en su baja y chillante voz.

—Oh, la mancha se encuentra a veintinueve grados al sur y ciento once al oeste. Por un momento pensé que estaba usted guaseándose de las cosas sagradas. Pero usted no lo sabía, ¿no es así?

—No, no lo sabía —dije, y me sentí realmente ignorante. Ignorante, pero decidido a saber como fuera en qué consistía la chaladura del chalado—. Pero ¿qué hay tan especial en el punto situado a veintinueve grados al sur y ciento once al oeste? —preguté.

Hamadríada me miró sorprendido. ¿Pensaría todavía que me estaba choteando de las cosas sagradas? Entonces, como si estuviera hablando a un niño, me espetó la siguiente respuesta:

—Es el único punto del globo que Dios no puede ver.

—¿Por qué no? —inquirí.

—Ah, porque allí se encuentra la sombra de su propio pulgar —replicó tristemente—. Él no podrá ayudarnos cuando las cosas lleguen a ese punto. Nadie podrá ayudarnos.

No tenía muchas cosas que hacer allí. No había cocoteros en la región de la Tercera Catarata, pero habíamos importado un poco de mercancía de las costas del Indico. Y uno no podía descuidar ninguna parte de su territorio, por extraña que fuese. ¿Por qué, pues, me sentía como un desplazado?

Todavía podía escucharse el sonido producido por los pies desnudos en el corredor, sonido que provenía de un poderoso animal al caminar hacia atrás y adelante. Salí para mirar. Aunque la luz era buena, nada había que ver. Sin embargo, mucho había que podía ser escuchado. Un ligero ruido de pies corriendo se acercaba rápidamente hacia donde yo estaba, mientras un fuerte hedor me indicaba la presencia de un animal. Sentí miedo, retrocedí y regresé al Club. El miedo no me persiguió hasta allí, pero sí una especie de risa leve y estúpida. Una risa perversa, felina, entre dientes. Era un gato triunfante riéndose de un humillado ser humano. Supe así qué clase de animal permanecía invisible en el corredor.

—Muy bien —preguté con exasperación a Hamadríada—,

¿cómo se las arreglaron ustedes para subir las piedras?

—Oh, nosotros usamos panteras —dijo con sencillez.

—¿Panteras? ¿No leopardos? —pregunté. Pues el invisible animal del corredor era un leopardo.

—Panteras —repitió Hamadriada—. Después de todo, un leopardo es sólo una pantera sin inteligencia. —Pero ¿cómo pueden las panteras subir piedras de cinco toneladas a tales alturas? Creo que fue entonces cuando Mr. Caracal entró en el Club.

Mr. Caracal era un tipo suave, sigiloso, con la particularidad de tener las orejas tiesas como un lobo. A Mr. Hamadriada no le gustaba Mr. Caracal, eso se veía a la legua.

—Vuelva por donde ha venido —ordenó Hamadriada—. No tiene usted derecho a salir de allí.

Caracal mostró un visible disgusto por aquellas palabras. Ciertamente estaban ocurriendo cosas bastante oscuras.

—¡Esto es una rebelión! —chilló Hamadriada. Quizá fue entonces cuando Hamadriada dejó el Club, o tal vez se marcharon juntos. Como fuera, algo había ocurrido y el caso es que no vi a Hamadriada hasta cinco años después.

2

La alternativa entre el Yin y el Yang, ¿es la misma que entre el Mono y el Gato? Ni siquiera entre los chinos hay certeza sobre esto. ¿Cuál es exactamente la fuerza de compulsión que el miembro dominante —en el período de su ascendencia— mantiene sobre su contrario? ¿Es tan fuerte como para resquebrajar la Tierra? Así lo pensaba Paracelso. ¿Es tan fuerte como para mover montañas? Mención estaba seguro de que era así. ¿Es tan fuerte como para mover continentes? Esto ya no es tan probable. El poder tiene fuerza para mover islas, quizá, pero no continentes. Avicena creía

incluso que las islas pequeñas pueden ser movidas ligeramente. Un frecuentador del Club de los Geólogos afirma que las islas pueden moverse a razón de algo más de un pie por año, y que la Isla de Pascua se mueve a una media de medio pie. Afirma, por otra parte, que la tensión producida es la misma que las alternativas del Yin y el Yang por un lado, y del Mono y el Gato por otro, ya que, siempre según él, se trata de los contrarios más fuertes.

Uno puede mover granos de arena tan sólo sosteniendo un pequeño disco en la palma de la mano, en el caso de que experimente la unión o el contraste de las alternativas Yin-Yang o Mono-Gato. Pero al incrementar el tamaño del disco no aumentan los efectos.

¿A qué se parecen los bustos de la Isla de Pascua? ¿Qué clase de hombres, o espíritus, o cualesquiera criaturas hicieron esas enormes y deformes caras, tan extrañamente alargadas? Extraño fuera que, tras haber ido a Rapa Nui, en la Isla de Pascua, no acabara preguntándome por tales cosas, sin tener ya necesidad, de escalar las pendientes y contemplar de nuevo las gigantescas cabezas de piedra. No iba a Gran Rapa sino una vez al año —el negocio del coco no era más lucrativo por allí— y las preguntas expuestas más arriba no hacían otra cosa que rondarme la cabeza todo el tiempo.

¿Eran caras de gato? No, de ninguna manera, pues los gatos se asustaban ante aquellas grandes imágenes. Por otra parte, no sé qué pueden hacer los gatos en la Isla de Pascua. Los auténticos gatos, los grandes gatos de antaño, dicen los nativos, yacen enterrados. ¿Eran las alargadas imágenes caras de perro? Imposible, de ningún modo. ¿Eran caras de mono? Vaya por Dios, ¿qué monos podían tener las narices tan largas como aquéllas? ¿Y dónde se iban a encontrar monos con rostros tan serios y adustos como los de las estatuas?

Bien, hay unas cuantas parecidas en algunos frisos egipcios, aunque no se trata de los más conocidos. También las hay parecidas en las tempranas figurillas mexicanas de terracota... pero los mexicanos no tenían ni monos ni gatos y se encontraban bajo influencia yin tan sólo y no bajo influencia yang. También puede verse algún parecido con algunas esculturas góticas, excesivamente tardías para ser consideradas verdaderamente góticas. Las caras

alargadas están en los bronce irlandeses y en la alfarería ática, y siempre en piezas de escaso valor. Los ciervos tienen el semblante adusto; los caballos y los perros lo tienen más todavía. Pero todo esto no es más que reunión de dispersas coincidencias, no hechos materialmente contundentes.

Raramente tiene una persona tal expresión. Y una en particular la tenía, cosa que me sorprendió a medida que la miraba más atentamente. Esta persona era Mr. Hamadríada, el caballero carilargo y narigón que tenía la voz como un chillido en sordina. Él se parecía a las gigantescas caras. Pero ¿a qué otras cosas mayores se parecían las cabezas de la Isla de Pascua, la cara de Mr. Hamadríada y las otras rarezas citadas? Pues las grandes caras de la Isla de Pascua ofrecen sólo una mitad de las mismas; ello implica que la otra mitad está en alguna parte. Una persona me dijo en cierta ocasión que la parte que falta se encuentra todavía durmiendo un sueño de piedra.

Mi próximo encuentro con Mr. Hamadríada no tuvo lugar en África, sino en el interior del confuso y poco conocido continente norteamericano. Fue en el condado de Garfield, algo más al norte de las extensas llanuras plantadas de algodón y al oeste de los bosques y meandros del río Canadiense. El lugar se encontraba a unos cinco días de buena marcha (o a dos horas de automóvil) desde las Alabaster Hills. Era en esa polvorienta y transitada ciudad llamada Oklahoma.

Siempre con el negocio de los cocos, debo reconocer que no tenía muchos clientes en aquel lugar: Fui a visitar la Compañía Manufacturera de Bombones y Cocos CrossTimber y después me metí en el Club Puente del Sol de la ciudad.

Escuché los ya familiares pasos en el corredor exterior: los de una persona con pies planos calzados con botas de piel de cabra; y los poderosamente pesados, sedosos, tranquilos de un ser descalzo. Entonces entró, solo, Mr. Hamadríada. El otro, el esclavo, si es que de él se trataba, quedó fuera.

—Un *Ring-tailed Rouser* y lo de costumbre para comer —ordenó Hamadríada con aquella voz suya, tan peculiar, que yo recordaba muy bien.

—De acuerdo, Mr. Hamadriada —dijo Jane, la hermosa camarera, que corrió a prepararle el *Rouser*.

El *Ring-tailed Rouser* (provocación de los círculos secantes) se compone principalmente de whisky claro servido en un recipiente con frutas troceadas. Se le añade un poco de polvo de yeso de las Alabaster Hills y también un huevo de papamoscas triturado con su cáscara. Y Hamadriada añadió un polvo hecho con granos de sorgo —que tanto se parecían a los que añadiera Ukali como última operación en la preparación de su combinado— tan pronto como la bebida estuvo lista frente a él. El *Ring-tailed Rouser* es una especialidad del Club Puente del Sol y difícilmente podría encontrarse en algún otro lugar del mundo.

Mr. Hamadriada pagó por la bebida un Jackson, uno de aquellos oblongos billetes de papel verde —o de piel verde— que eran usados en el árido centro del continente norteamericano. Sin duda tenían que devolverle el cambio, pero no lo recogió. Estaba de pie junto a la barra del Club Puente del Sol. Luego se acercó y se sentó a mi mesa.

—¿Cómo pueden hacerlo las panteras? —le pregunté. Entonces se fijó en mí. Los cinco años transcurridos no parecían haberle afectado demasiado.

—Oh, por un momento había olvidado la materia que habíamos estado discutiendo —dijo con aquella voz subida de tono, casi histérica—. Suponía que usted se refería a su redención. Son realmente un símbolo de la lucha, pero, fíjese, ahora son nuestros esclavos. La explicación de los orígenes puede remontarnos hasta la fundación del mundo, en cuyas tinieblas nos perderíamos. Dígame, usted no piensa que ustedes fueron los primeros, ¿no es cierto? Y realmente no lo fueron. Ustedes fueron los últimos.

—¿Que yo no pienso *quiénes* fueron los primeros *qué*? —le pregunté.

—Ustedes, los de la nueva estirpe —dijo—. Ustedes no fueron los primeros, y usted sabe que no fueron ni los más fuertes ni los más intensos. Su propio encuentro, bueno, no dudo que fuera un acontecimiento hermoso, aunque pequeño, para los que han conocido verdaderos encuentros. Y luego su caída... aunque es difícil llamarla caída sin sonreír. Nuestra propia caída sí lo fue, en

cambio.

—Hábleme sobre eso —dije.

—No podría —me dijo—. Reventaría su cerebro y sus oídos. Pero allí hubo un buen número de razas que pactaron antes de Abraham, antes de Adán. Aquellos pactos eran realmente cosas impresionantes y su ruptura no puede medirse. Había violencia, y terremotos y aullidos que surgían de las profundidades en aquellas abismales caídas. Después de tales horrores, Dios se arrepintió e hizo que los que vinieran después menguaran sus voluntades. De lo contrario, la carne no habría perdurado. Ya nosotros mismos nos encontramos al final de la serie. Nunca conoceremos en toda su dimensión el horror de los comienzos.

»Se nos maldijo y condenó a ser esclavos de esclavos. Por esto, dos razas, nosotros y otra, fuimos encadenadas juntas. Yo no sé si puedo explicarle a usted este tipo de relación, la desesperación que acompaña a la expropiación total, la aposición y la oposición. Nuestros siameses en esta expropiación son algo parecido a los ángeles humerales de ustedes.

—¿Ángeles humerales? —pregunté. Jamás había oído aquel término.

—Usted los conoce aunque reniega de ellos —dijo Hamadríada—. ¿Qué son realmente sus ángeles? He oído que ustedes no los ven usualmente, pero cualquier otra raza de magos, fantasmas, animales, criaturas o seres puede verlos. Muchas de aquellas gentes creían que su rechazo a ver sus ángeles humerales era fruto de una de las mayores medidas de desdén. Yo he llegado a esta conclusión, aunque por parte de ustedes se trata realmente de ceguera y falta de atención. ¿Se trata de una raza adosada a la de ustedes? ¿Son ellos, después de todo, una raza separada?

»Es sugestivo creer que ellos no son sino hermanos gemelos de ustedes, deformados de alguna manera. También me inclino a creer que han nacido en el propio cuerpo de ustedes. A veces, se encuentran adosados a sus cuerpos por esa estrecha zona de carne del hombro y el omoplato; y allí, aunque ustedes lo nieguen, pueden ser vistos tan bien como cualquier otro. Pero ¿qué son ellos realmente?

»Nosotros tenemos dos razas claramente desarrolladas. Nuestros

enemigos nos sirven durante un tiempo de ángeles y esclavos. Y luego todo se invierte de una extraña manera y fuera de la vista de Dios. Entonces nosotros debemos servir a nuestros enemigos como ángeles y esclavos durante otra larga época. Seremos obligados a trabajar, transportar, mover para ellos. Nosotros, los grandes, seremos esclavos de las panteras y deberemos redimirnos de esa forma».

Jane, la guapa camarera, trajo la comida de Hamadriada y la colocó frente a él. Era estómago de ternero recién nacido, regado con su primera leche.

—Todavía no alcanzo a comprender cómo piedras tan pesadas pueden ser movidas por medio de panteras.

—Y cosas mucho más grandes que piedras para dinteles —dijo Hamadriada con voz baja y soñadora. ¿Sabe usted qué es lo más bajo y lo más grande para todos los pueblos que han recibido al Espíritu o al pseudo-Espíritu? Lo más bajo de todo es la confusión de las lenguas, la formación de jergas, el mal entendimiento de eso tan viejo que es «uso de un idioma». Incluso en sus escrituras de ustedes la expresión ha sido cuidadosamente elegida. Allí dice *hablar claramente*. Pues Dios no es el Dios de la confusión. Éstas son las gentes más bajas las que dicen: «Señor, soy feliz. Puedo comprender una jerga». Y su lengua es como serpiente. Nosotros, más incluso que ustedes, tememos a las serpientes. Se me erizan las fibras cada vez que cojo una serpiente moribunda, pues yo tengo fibras en el cabello.

Sin duda debía tenerlas en aquel cabello suyo, tan extrañamente crecido o cortado.

—Asir una serpiente es un acto que reporta coraje —prosiguió Hamadriada—, en contraste con la gente confusa que nada reporta. Pero lo más grande de todo es la Fe-que-Mueve-Montañas. Aquéllos que más reportan son los movedores de montañas, la élite de todos los preternaturales, de todos los que están bajo el signo de la redención. Yo le digo a usted que el mover una montaña es difícil de fingir. Mover una montaña es la empresa más terrible que pueda designarse a hombre o mago.

—¿Qué hace usted en esta parte de Norteamérica? —pregunté a Hamadriada—. Concretamente, ¿qué hace usted en la región de

Oklahoma?

—He de hacer un informe y he venido a observar la Mesa Negra que se encuentra cerca de aquí —dijo—. Realmente vine a observar un nuevo y válido talento que ha aparecido en esta región. Pertenece al enemigo, a los esclavos, pero es una buena observación. Contemplé su trabajo durante tres días y él tomó también bastante de mí. ¿Sabe usted que la Mesa Negra se movió nueve pulgadas en tres días, finalizando ayer su desplazamiento?

—He oído que suele haber terremotos en esta zona.

—Hay un joven puma en esta región, un talento natural no esclavizado —dijo Hamadríada—. Aunque no me gustan mucho los gatos he admirado a ese joven puma. Por los sacrificios de su alma, por su inmensa voluntad, por su espiritualidad, ese joven puma movió el monte llamado Mesa Negra nueve pulgadas en tres días. Yo lo vi. Yo lo atestiguo. Ante Dios, afirmo que él movió la montaña. Y ni siquiera lo hizo por su redención. Era un puma libre. Fue la Fe, pura y sin trabas.

—¿Qué tiene esto que ver con el transporte de piedras para dinteles? —pregunté.

—El mover montañas es el equivalente del mover muchos millones de piedras para dinteles —dijo Hamadríada. Hamadríada parecía bastante convencido de lo que estaba diciendo y comencé a interesarme en él. Había cambiado su apariencia exterior, aunque muy poco, durante los cinco años transcurridos desde que lo viera por primera vez. Sus excentricidades se habían agudizado. Representara lo que representase, parecía representarlo ahora con mucha mayor fuerza. En cierta ocasión mencionó las criosfinges, esas esfinges con cabeza de carnero ubicadas en Grecia y Egipto. Pero ahora él me recordaba la Esfinge mandril de Baidoa, en el alto Juba. Pequeños copos y granos de sorgo se estaban moviendo encima de la mesa, y no corría la menor brisa. Vi que Hamadríada los estaba moviendo por un puro acto de voluntad. Parecía no darse cuenta de lo que estaba haciendo, aunque debía emplear bastante energía. Estaba haciendo prácticas con pequeñas cosas mientras bebía y hablaba. Poseía una facultad que sin duda deseaba retener y desarrollar. Pero tendría que desarrollarla muchos millones de veces para igualar lo que el joven puma enemigo había logrado.

—¿Estaban implicadas las montañas en el encuentro original de ustedes?

—¡Sí, Montañas Mágicas, Montañas Flotantes! —gritó—. Pero había algo más que montañas, más que naves, más que islas. Había también un Pabellón. ¡Ah, qué Pabellón tuvimos una vez! Flotaba sobre las aguas y penetraba a través de las montañas, de los bosques y los jardines. ¿Mostró Dios tanta magnificencia con nadie? ¿Ha oído usted hablar de «flotas» en parada? Las nuestras fueron el origen de esos grandes desfiles de carruajes saturados de flores, o de los hermosos transatlánticos que cruzaban el mar y la tierra misma, o de las «flotas» que son también flotas. ¿Ha oído usted por casualidad el término «acuocromático» aplicado al arte? «El agua, al igual que los óleos, / destella sus verdes, azules y blancos», ha escrito un poeta (a veces creo que era uno de los nuestros). Nuestra montaña móvil y nuestro jardín flotante eran el acuocolor primordial y se había convertido en tal pandemónium (y que recientemente había sido panangelicus) de matices tan vividos, que escandalizaban la tierra, tan caleidoscópicos que debían ser expulsados de aquella misma tierra. Así fue nuestro purpúreo exilio sobre el real y purpúreo piélagos.

—Suena a algo interesante, pero ignoro de qué está usted hablando —le dije.

—No sólo suena sino que era interesante, y maravilloso y lleno de placeres —dijo con tristeza mientras lo recordaba—. La privación cayó sobre nosotros quizá con más violencia que sobre los otros. Quizá se encuentra ahí la razón de habernos provisto con tan grande navío. Todo el jardín se desmoronó y con él los ornamentos del jardín. He oído que ustedes se marcharon de allí.

—¿Del jardín? Sí, creo que fue así —dije.

—Navegando, nos alejamos del jardín que estaba en medio de las aguas —recitó Hamadriada—. Y navegábamos encima de una isla montañosa y cubierta de colores, tantos, que no pueden ser descritos. ¡Oh, por el rojo rocío derramado sobre el monte de los Olivos, aquello era la belleza! Y nosotros éramos reyes, aunque caídos. Y forzamos a nuestros esclavos a continuar la redención elevando inmensos ídolos a nosotros mismos.

«Pero entonces comenzamos a derivar. Nosotros queríamos ir en

un sentido. Nuestros esclavos, los gatos, querían ir en otro. A ellos les había sido concedido, más allá de nosotros mismos, el terrible poder mental de mover piedras y montañas e islas. Así, derivamos en el sentido elegido por nuestros esclavos, y no era una dirección redentora. Y nuestra bella isla del exilio comenzó a desmoronarse.

Un escalofrío felino había penetrado en la estancia. Hamadriada se estremeció y comenzó a temblar, pareciendo que perdía seguridad en sí mismo.

—¿Cómo se desmoronó la isla del exilio? —pregunté.

—Oh, se deshizo en pedazos, en cientos de pedazos que ahora permanecen tranquilos, aunque no tan verdes como debieran ser. Madagascar fue una de las primeras piezas que se separó, y la más grande; comenzó a derivar en dirección opuesta a la nuestra, volviendo hacia el lugar de nuestro origen. Todavía permanece allí como un misterio y un signo. ¿Sabía usted que el significado literal del nombre de Madagascar es «Isla de Gatos y Monos»?

—Lo sé —dije. Pero Hamadriada se había levantado lleno de fuego, con la cara enrojecida por la emoción.

—¡Vuelva, vuelva, regrese allí! —chilló repentina y furiosamente. ¿Y qué era lo que lo había arrastrado hasta aquella pasión culminante?

Mr. Caracal había entrado en la habitación y los pasos del corredor habían venido con él. Mr. Caracal era el ser invisible que había estado en aquel otro corredor. Y una vez visible se convertía en un hombre suave, sinuoso, de tiasas orejas.

—¡Regrese! —aulló Hamadriada—. Usted no tiene derecho a estar aquí.

Pero Mr. Caracal sonrió con molesto desprecio. Miró a Hamadriada como si fuera a partirlo en dos. Una terrible batalla se estaba librando en dudosa arena, y Caracal estaba venciendo.

—¡Esto es rebelión! —aulló Hamadriada—. Su ocasión todavía no ha llegado.

Caracal avanzaba hacia Hamadriada y parecía que realmente lo fuera a devorar allí mismo, vivo, vestido y tembloroso. De todas formas, Hamadriada abandonó entonces el Club Puente del Sol, tras escena tan turbulenta. O quizá se marcharon los dos juntos.

Algo ocurrió, sin duda, y no volví a ver a Hamadriada durante

varios años.

3

Comprobé que Madagascar no significaba «Isla de Gatos y Monos». Hamadriada se lo había inventado y yo había asentido ante tal despropósito sólo para no parecer un ignorante. Por cierto, no había en la isla ningún relato sagrado de ninguna temprana expulsión de otras razas ubicadas en ningún Paraíso Terrenal. Bueno, quizá en cualquier otra parte hubiera relatos más primitivos aunque menos sagrados.

Siguiendo con mi negocio de los cocos, fui a parar a la base más improductiva que me tocara conocer, como ya es habitual en mí: Rapa Nui, en la Isla de Pascua. Me encontraba en el Bar Náutico de Drill. Había estado indagando sobre una cierta sombra que durante incontables eras se mantenía sobre la faz de la Tierra. Me entristecía pensar que la Isla de Pascua, derivando ahora a una velocidad de trescientos pies al año, estuviera comenzando a penetrar en aquella sombra o punto ciego. Y realmente estaba comenzando a hacerlo. Diversos fragmentos de playa estaban ya bajo la sombra, apareciendo como vacíos de vida, de luz y significado. Sólo cosas irracionales podían ocurrir en tan umbríos lugares. Pero si en verdad llegaban a ocurrir, no se detendrían y repercutirían en el resto del mundo.

¿Podía existir un tal punto ciego sobre la Tierra? ¿Y por qué extraña circunstancia no había sido advertido en el pasado? Pregunté al propietario del bar sobre el asunto, se rascó la nariz y me contestó:

—Pues sí, esa mancha está allí y allí ha estado siempre —dijo—. ¿Y me pregunta que por qué no ha sido advertida? La razón de ello estriba en que allí no hay nada que advertir. Ni el viento sopla, ni

las olas se mueven. Sin embargo, hay olas inmóviles, contenidas, y que tienen un profundo significado.

»Ni el sol, la luna y las estrellas derraman su luz sobre la mancha. Los pájaros no la sobrevuelan, ni los peces se deslizan por su zona. No hay luminiscencia en sus profundidades, ni magnetismo, ni fondo, excepto, he aquí lo triste, con el cambio de los evos. Los aviones la evitan, pues si se introdujeran en ella vagarían sin rumbo. Ni lanchas ni barcos atraviesan la sombra, pues ni se encuentra en el camino de ninguna parte. Así, pues, ni ruta, ni rumbo, ni corrientes, ni viento. Ordinariamente nada deriva dentro o fuera de la zona, aunque corre el rumor de que nuestra isla lo está haciendo en su interior. Se trata del punto ciego del globo en el que los cartógrafos introducen notas, o escalas, o explicaciones de la proyección de Mercator. De manera que puede decirse con razón que allí no hay nada, ni nada ocurre. Excepto una cosa.

Se detuvo y aguardó seguramente a que me mostrara impaciente.

—Ande, dígamelo.

—Los surcos y crestas de las olas inmóviles, como frunces, tienen un designio; quizá está ahí el origen de todos los designios —dijo—. En tanto que la mancha es la sombra del pulgar de Dios, esas configuraciones ondulantes son las sombras de la huella del pulgar divino. Los designios están todos registrados y permanecen hoy en los viejos archivos y cantos tradicionales. De modo que ya ve usted el valor de esto.

—Realmente no. ¿Cuál es el valor de todo eso?

—Que nosotros disponemos de una identificación positiva. En el caso de que un Dios falso viniera sobre la tierra, nosotros advertiríamos la diferencia.

En aquel momento intervino Chui, el mozo del Bar. Había algo en Chui que resultaba excesivamente ordenado, metódico, suave, eficiente, cruel. Sus conocimientos y habilidades parecían ir más allá de lo común en mozos de bar.

—Ahora —dijo—, la mancha está moviéndose sobre nuestra tierra. Y la tierra deviene repleta de surcos cuando la mancha se encuentra sobre ella. Los surcos que aparecerán en la tierra tomarán por modelo los configurados por las olas inmóviles. Y algo será

revelado por los surcos, literalmente descubierto por los surcos... la resurrección de las piedras.

—¿La resurrección de las piedras? —pregunté a Chui.

—Las piedras de basalto que ya estaban implícitas en la Tierra desde los comienzos —dijo Chui—. Las piedras que llegarán a ser los ídolos de los nuevos maestros y patriarcas cuando sean talladas, transportadas y colocadas en sus lugares correspondientes, merced al espantoso esfuerzo de quien no es de los nuestros.

¿Cómo podía haber piedras de basalto en Rapa Nui? ¿Cómo podía usar un mozo de bar de Rapa Nui términos como «implícitas»?

Hubo entonces una especie de ruido en el exterior. Escuché cómo dos series de pasos se destacaban en el pasillo de fuera: los de una persona de pies planos calzados con botas de piel de cabra y también los grávidos y duplicados de una persona descalza. Y escuché la airada voz de Hamadriada:

—¡Debe usted esperar! ¡No reasumirá sus funciones ni un instante antes de tiempo! —chillaba Hamadriada. Luego se oyó una especie de queja animal, enfermiza, escalofriante, seguida de un resoplido. Después, un contenido rugido de ira. Por un momento tuve la sensación de que Hamadriada había muerto. Sin embargo, pronto apareció en la puerta del Bar Náutico. Unos rasguños se veían en su brazo y hombro izquierdos, pero parecía estar casi sereno.

—Es un error tratar a los esclavos con mano blanda —dijo con voz chillona—, pero es un error propio de sabios no reconocer dónde se encuentra la blandura. Ni me atreveré jamás a hacer partícipe a otros de mis propios problemas desde el momento en que la inversión habrá de ser general. Ah, un *Final Catastrophe*, Mr. Drill, y lo de siempre para comer.

—Muy bien, Mr. Hamadriada —dijo Drill, y comenzó a preparar el *Final Catastrophe*. El *Final Catastrophe* (catástrofe final) se compone de vino de palma, verde y aún en fermentación, y se sirve en un cuenco de madera. Se espolvorea por encima una pimienta hecha con piel de tiburón y una cierta esencia de gusanos que, en conjunto, contribuyen a darle fuerza. Suele contener además un

huevo de cormorán triturado con su cáscara, que se deja flotar en el líquido. El *Final Catastrophe* es una especialidad del Bar Náutico de Drill y no se encuentra en casi ningún otro lugar del mundo.

—Dramatizamos en exceso nuestros propios asuntos —decía Hamadriada, mientras Chui, el mozo, cauterizaba las heridas que aquél tenía en brazo y hombro, untándolas con alquitrán. Chui procedía con una avidez extraña y desnaturalizada. Parecía olisquear la sangre y el dolor. Uno estaba tentado a creer que había allí un cierto toque de crueldad, y a sospechar que el alquitrán no tenía que estar tan caliente como estaba.

—Actualmente —continuó Hamadriada—, una catástrofe final no es tan definitiva como suele parecer. Nuestros escatólogos son acusados de convertir nuestras leyendas en leyendas del fin del mundo. Pero realmente no es así. Se trata tan sólo de leyendas del fin de una era, o del fin de un episodio.

¿Comencé en aquel momento a sentir punzadas en el hombro sólo por mera simpatía hacia Hamadriada? Un gran dolor había empezado a fijarse en la parte de mi pecho que correspondía al corazón y luego comenzó a subir hasta la cabeza. Sin duda había algo erróneo en este dolor de mi hombro, esta nueva extrañeza, nueva desolación. Un hombro no puede estar tan enclavado en las raíces del cuerpo como para producir semejante dolor —si es que el mío era reflejo del suyo—. Y había algo que parecía estar equivocado en el comportamiento de nuestra isla. Parecía sufrir repentinas sacudidas, como esa desorientación que suele asaltar a las víctimas de los vértigos marinos. Sin duda la isla debía haberse movido quince pies más hacia el interior de ese punto ciego que es la sombra del pulgar de Dios.

Nada más tener el *Final Catastrophe* ante él, Hamadriada procedió a añadir unas cuantas semillas de kunai. Las semillas de kunai eran como el último aditamento de Ukali, como los granos de sorgo. Hamadriada pagó la bebida con un *nui d'argile*, moneda local quinientas veces inferior al peso chileno. No bastaba para pagar la bebida, pero Drill era pariente de Hamadriada.

—Nuestra isla casi llegó a estar bajo la sombra en una ocasión —dijo Hamadriada—. Todas las islas del mundo, también las más grandes, son únicamente rotos pedazos del paraíso que van a la

deriva. Y nuestra isla tuvo un destacado papel entre las más brillantes.

Mi hombro sufría sacudidas y Chui comenzó a desgarrarme la camisa. Éste no era el comportamiento normal, ni siquiera en el Bar Náutico de Drill, pero el dolor me sujetaba de tal forma que no tuve fuerzas para protestar. Era como si una espada estuviera surgiendo de mi hombro, haciendo que el dolor se extendiera hasta más allá de la carne en lugar de hacerlo hacia el interior. Entonces, con placer diría yo, Chui comenzó a aplicarme alquitrán caliente sobre la parte afectada.

—Es una maldición —reveló Chui— que lanza aquello que está saliendo y que el alquitrán inmuniza. El alquitrán es símbolo de todas esas cosas.

—¿Cuáles cosas? —pregunté con irritación. Mi hombro parecía arder, pero algo lo envolvía y lo aliviaba.

La isla dio otro bandazo. Un fragmento más había penetrado en la zona sombreada.

—Los charlatanes y chiflados, esos incontinentes soñadores que creen en la astrología, dicen que el mundo ha estado hasta ahora en la era de Piscis —declaró Hamadríada—, y que va a entrar, o ha comenzado a entrar, en la era de Acuario. ¡Cuánto loco hay por el mundo! Nada saben de las constelaciones del cielo ni de las constelaciones de la tierra. El mundo ha estado, por una larga era, en el glorioso período del Mono; y ahora está a punto de penetrar, lo que irremediablemente tiene que ocurrir, en el tiránico y meticuloso período del Gato. —Hamadríada gimió y una lágrima corrió a lo largo de su nariz.

Drill trajo la comida de Hamadríada: estómago de lechón bañado en su primera leche. Hamadríada lo roció con la pimienta de piel de tiburón y con semillas de kunai. Luego comenzó a comer.

—Es mi última comida como persona libre —susurró.

Yo me sentía embotado y con el aturdimiento que suele acompañar las fiebres tifoideas, y con esa sensación de poseer un yo duplicado: uno un poco separado del otro. Pero ¿cómo podía haber cogido tan repentinamente fiebres tifoideas? ¿O era el tifus una mera y fragmentada premonición de lo que había de acontecer? (La isla sufrió una nueva sacudida y pronto estaría totalmente cubierta

de tinieblas en plena mañana). ¿Era el tifus —sin duda, nombre colectivo que abarcaba muchos fenómenos— una premonición de algo que estaba en curso de suceder?

—Todas vuestras hipótesis son apocalípticas, al igual que los sucesos que están ocurriendo hoy aquí —dije—, pero ¿cuál es la relevancia que ello entraña?

—¿No es bastante relevante el hecho de que los Monos queden desplazados y los Gatos se impongan? —preguntó Hamadríada sorprendido—. El mundo se convertirá en imperio del sigilo, la astucia, el refinamiento perverso.

—¿Será peor que lo que hemos tenido hasta ahora? —le pregunté. Se estaba poniendo bastante nervioso.

—Abismalmente peor —graznó. Por lo que estaba viendo, Hamadríada no tenía mucha hambre para ser aquella su última comida como persona libre. Dolorosamente, casi con agonía, movía con su fuerza mental pequeños granos de pimienta y semillas de kunai—. Oh, nunca seré capaz de hacerlo —exclamó Hamadríada—. ¿Cómo, pues, voy a ser capaz de mover cosas billones de billones de veces más pesadas? Será una agonía para el espíritu interior semejante esfuerzo y la maldición durará un largo eón.

Me sentía más destrozado que en ningún otro momento de mi vida. La sensación de dualidad estaba todavía presente. Estaba sufriendo lo que se llama crisis de identidad. Un yo estaba ubicado aproximadamente en mi cuerpo. El otro se situaba en alguna parte detrás de mi hombro izquierdo. El único que servía de los dos, parecía estéril. Mi mente se encontraba como despoblada de cualquier cosa que no fuera caos. Y la isla en la que estábamos seguía dando sus nerviosos y repentinos bandazos, como un pequeño bote a merced del flujo.

—¿Qué es lo que tenemos nosotros y que los esclavos no tienen? —preguntó Hamadríada con cansado y analítico chillido—. Presencia, sin duda —se contestó.

—¿Presencia? —pregunté—. Yo creo que la presencia es por lo menos la única cosa que el más miserable y abyecto esclavo tiene en común con el más magnífico y poderoso de los señores. Todo el mundo, por fuerza, está presente en algún lugar.

—No, ellos no. Muchas especies y razas raramente han mostrado

su presencia real. Sus esclavos humerales tampoco lo hacen. Mi esclavo en el corredor... —Hamadríada tartamudeó levemente— tampoco. La presencia es un atributo de un ser completo. Ahora estamos entrando en una era en que muchos de nosotros seremos incompletos. Debe ser desesperante ser incompleto.

—¿E invisible? —pregunté.

—E invisible —dijo—. Es una triste condición. Los que no lo han experimentado ignoran que ser invisible es permanecer en las tinieblas tanto objetiva como subjetivamente. En nuestra nueva y triste condición, sólo habrá luz para nuestro trabajo, nuestros transportes, el holocausto y la redención.

—¿Qué es lo que transportaremos? Y, ¿a quién ofreceremos nuestros holocaustos?

—A los grandes y fríos gatos y sus inmensos ídolos —dijo atemorizado—. Seremos obligados... —Al llegar aquí, comenzó a retorcerse y a chillar de dolor.

Una presencia penetró en el lugar. Y una ausencia pareció unírsele. Mr. Caracal era aquella presencia. Ya no era un invisible esclavo en el pasillo; ahora era alguien presente —feliz y felino—, alguien que obligaría a elevar grandes ídolos con las piedras implícitas en los comienzos del mundo. Mr. Hamadríada era la ausencia que se había agregado a él. Y yo sentí que me estaba uniendo a una débil ausencia y que aquella ausencia se deslizaba furtivamente fuera de mi cuerpo para morar invisiblemente como esclavo en cualquier parte... aunque yo nunca había sido muy experto levantando objetos pesados por mi única y exclusiva fuerza mental. ¡Oh, la tortura que aquello producía! Pero, al mismo tiempo, me estaba convirtiendo en un hombre lleno de fuerza y vitalidad, como si estuviera reasumiendo un cuerpo, un viejo cuerpo: el mío propio.

Hamadríada no era ahora sino una escasa sombra nariguda y con botas, que no habitaba en ninguna parte de sí mismo. Se sacó entonces las botas y vi que tenía pies de babuino. Se las había quitado como si con ello se despojara de un viejo signo de libertad. Ahora eran sus pies los que la habían recuperado, aunque todo él se había convertido en un esclavo invisible.

Me maravilla no haber notado antes que Hamadríada era un babuino. Y sin embargo lo era: un babuino, un drill, un mandril, desvanecido por cierto. Me maravilla no haber notado antes que las estatuas carilargas de la Isla de Pascua tenían cara de babuino. Ni que todos los miles de inmensas caras talladas de cualquier parte del mundo fueran asimismo de babuino. Pues los babuinos se asemejan al hombre mucho más que el resto de los monos, y los monos mucho más que las restantes criaturas. Y, sin duda, mientras estábamos bajo la era del mono, los monos y los hombres realizaron muchos intercambios.

Algo de mí mismo había emergido de mi cuerpo y ahora se encontraba invisiblemente pegado a mi hombro. Pero algo de un yo más auténtico había penetrado en mi interior con inmensa fuerza. Mr. Caracal me guiñó un ojo. Mr. Chui hizo tres cuartos de lo mismo, aparentando, por cierto, se algo más que un mozo de bar. Pero Drill había desaparecido convirtiéndose en un invisible esclavo.

Ahora me siento limpio, clarificado, frío y cruel. Estoy al mando de mí mismo y de mi propio sector del mundo. Me siento un sigiloso gato que no tiene de mono más que la apariencia exterior. Las estatuas que serán levantadas por esclavos con piedras implícitas, quiero que se me parezcan. Impondremos con mano dura nuestras leyes. Tenemos mucho tiempo por delante para ver impuestos nuestros derechos.

¿Habéis notado cuan tranquilo está el mundo, ahora que hemos instaurado ciertas normas de disciplina? ¿Habéis notado su limpieza después de haber despojado a la crueldad de su acepción obscena? Seguramente, yo y los míos fuimos casquivanos, piadosos, ineficientes y humanos alguna vez. ¿No hay algo intolerablemente símico en la palabra «humano»? Pero eso pertenece al pasado. Ahora estoy enfermo de divinidad, pero frío y cruel en la disposición de mi ánimo. Nunca más extravagancias; todos mis cerebros permanecen ahora limpiamente unidos en un pancerebro único.

En cierta ocasión trabajé en el negocio de los cocos. En la vieja forma en que lo hacía, era como un mono transportando cocos de mono. El coco complejo —¿no fue Adam Smith quien lo escribió

así?— había sido el último coletazo de la libre empresa.

Afortunadamente, hemos detenido ese coletazo. Hemos reorganizado la industria cocotera, el último de los negocios símicos. Hemos reorganizado la industria cocotera y hemos creado el *Cártel Cocotero e Hiperfelino de la Nueva Era «Amplió-Mundo»*.

¡Benditos gatos, lo hemos organizado todo!

GORDON R. DICKSON

TWIG

Twig.

Durante cuatro horas, Twig se había esforzado por llegar al puesto de suministro. Ahora, bajo la luz crepuscular de un sol anaranjado, se encontraba junto a uno de sus compactos muros hechos con tierra. Desde el interior, a través de la puerta parcialmente abierta, situada a menos de dos metros de ella, surgió la voz de un borracho —y no precisamente joven, pues en su voz se advertía el carraspeo ineludible de la edad avanzada— que cantaba:

*...«Tan bravo como Ned Kelly», querían decir las gentes;
«Tan bravo como Ned Kelly», pueden decir ahora...*

Algo se hubiera sacado, al menos, si el acento de la voz que cantaba hubiera sido tan australiano como la balada del legendario bandido que, manteniendo un concepto particular del blindaje, la desarrolló frente a la policía y acabó muerto a tiros. Pero Hacker Illinois nunca había visto el planeta Tierra, y mucho menos Australia; y sus únicos lazos con aquella parte del Sol III fueron un padre y una madre, nacidos australianos, pero muertos hacía más de veinte años y enterrados en el Planeta de Jinson. Hasta la misma Twig sabía que Hacker no tenía ninguna estrecha conexión con Ned Kelly o con Australia, como no fuera la circunstancia anterior. Pero aceptaba aquel jugar a ser australiano de la misma manera que aceptaba sus extravagancias cuando estaba borracho, su tenacidad cuando estaba sereno y su vacilante, pero inmitigada devoción hacia el Abuelo Vegetal.

Hacker había estado bebiendo al menos durante cuatro horas, desde que Twig había llegado al puesto de suministros. Evidentemente no estaba en condiciones de enterarse de nada. Silenciosa como una sombra, veloz como un rayo de sol deslizado entre dos nubes, Twig se pegó al muro de tierra comprimida,

escuchando e intentando reunir el coraje suficiente para entrar en aquel oscuro cuchitril que sólo su propia compasión calificaba de edificio. Tenía que haber otros junto con Hacker, aunque sólo fuera el Agente del puesto de suministros. Debía haber incluso otros tan bebidos como Hacker, pero no tan respetuosos, seguramente capaces de intentar ponerle las manos encima. Sufrió un estremecimiento. Y no sólo de imaginar aquellas rudas manos, sino con pleno conocimiento de que si los hombres intentaban abusar de ella, no tendría más remedio que defenderse con todas sus fuerzas. Y no se sentía muy capaz de defenderse, aunque parecía no haber otra salida si quería que la dejaran en paz.

Agachándose hasta quedar en cuclillas junto al muro, Twig, silenciosamente y para sí misma, comenzó a lamentarse. Si Hacker saliera no tendría necesidad de entrar a buscarlo. Pero durante cuatro horas el hombre no había abandonado la casa. Debía haber alguna manera de hacerle saber que ella estaba allí, pues de lo contrario se vería forzada a esperar a que se le acabara el dinero o algo por el estilo... y el pelotón debía ya estar a menos de una hora de allí.

—¡Hacker! —llamó—. ¡Sal!

Pero la llamada no fue sino un susurro. Aunque hubiera estado sola con Hacker no habría alzado la voz más allá de un leve murmullo. En situaciones normales no tenía la menor importancia. Antes de su encuentro con Hacker, cuando sólo el Abuelo Vegetal componía su auditorio, no tenía ninguna necesidad de exteriorizar sonidos. Pero ahora, la voz era su único recurso para la comunicación, como ocurría con el resto de los humanos. Por una vez, al menos, tendría que utilizar la voz propia de los seres humanos, a los que actualmente pertenecía...

Pero su garganta no emitió nada que no fuera un suave quejido. Los mecanismos físicos del habla se encontraban en perfecto estado, pero, después de aquellos años pasados con el Abuelo Vegetal, algo en su mente se negaba a ponerlos en funcionamiento. Tensó la cuerda que lazaba su ropaje de cortezas de árbol adosado a su cuerpo. Hacker siempre la instaba a que vistiera ropas humanas; le proporcionarían mayor protección contra los hombres, decía. Pero en ningún lugar que no estuviera tan cerrado como aquella casa

podría nadie tocarla nunca; además, no podía soportar la sensación de sentirse rodeada por las muertas materias de los vestidos humanos. Respiró hondamente y se lanzó decidida a través de la puerta entornada.

Tan veloz se deslizó que nadie la advirtió mientras llegaba donde Hacker estaba. Hacker estaba de pie, con un codo sobre aquellos altos anaqueles que llamaban mostrador. Se trataba de una barra larga, tanto, que iba de parte a parte de la pared, dejando espacio para que el Agente pudiera moverse detrás de ella y sacar vasos y botellas. Allí se encontraba el Agente casi en la parte opuesta a Hacker. Mirando a éste y situado fuera del mostrador, había otro hombre tan alto como aquél al que miraba, aunque más macizo, y con el rostro poblado de larga y negra barba.

Éste fue el que la vio primero, mientras ella permanecía junto a Hacker tironeándole la chaqueta.

—¡Eh! —exclamó el barbudo; su voz era ronca y de tonos bajos—. ¡Hacker, mira! ¡No me digas que es la salvaje que salió de la Planta! ¡Claro que es! ¡Que me pudra, pero es ella! ¿Dónde la has estado guardando todo este tiempo?

Y mientras Twig seguía junto a Hacker, el barbudo alargó la mano hacia ella. Twig se situó tras Hacker.

—¡Déjala en paz! —dijo Hacker bruscamente—. Twig... Twig, debes marcharte de aquí. Espérame fuera.

—No, aguarda un minuto. —El barbudo intentaba rodear a Hacker para acorralar a Twig. Del cinturón del hombre colgaba un pesado taladro iónico de minero. Hacker, aunque desarmado, se interpuso—. ¡Quítate de en medio, Hacker! Sólo quiero mirar a la chica.

—Déjala, Berg. Eso es lo que quiero yo.

—¿Tú? —exclamó Berg—. ¿Quién eres tú sino un vago al que he estado invitando a beber toda la tarde?

—¡Hacker, vamos! —le susurró Twig al oído.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —dijo Hacker con dignidad de borracho—. Eso es lo que piensas, ¿eh?... Vamos, Twig.

Se volvió y comenzó a andar hacia la puerta. Berg lo agarró por la chaqueta de cuero y lo obligó a detenerse. Más allá del barbudo, Twig podía ver al Agente gordo y chocho ya, inclinado sobre el

mostrador en el que apoyaba los codos, sin decir nada, sin hacer el menor gesto.

—Nada de eso —dijo Berg—, tú te quedas aquí. Si ella es la chica, os voy a meter juntos en el saco. Hay alguna gente que está deseando venir a veros.

—¿Verme a mí? —Hacker volvió el rostro y se encaró con el barbudo, lanzándole una mirada de incredulidad y abulia.

—Oh, sí. Tu plazo como Congresista de este distrito terminó ayer, Hacker. Ya no eres inmune.

El corazón de Twig aceleró sus palpitaciones. Era peor de lo que había pensado. Hacker borracho se convertía en una nulidad; y, seguramente, alguien lo había mantenido deliberadamente allí, pagándole la bebida, aguardando a que llegara el pelotón.

—¡Hacker! —susurró desesperadamente en su oído—. ¡Vámonos corriendo!

Pasó bajo el brazo con el que Berg sujetaba a Hacker y se encaró con el barbudo. El hombre la miró estúpidamente por unos momentos, pero su estupidez le duró poco. La mano de la chica se lanzó sobre su cara, estalló un seco golpe y cada una de las uñas se hundió en la carne como un rastrillo.

—¿Qué haces? —exclamó Berg; las uñas de Twig estaban tan afiladas que el hombre no había notado todavía los cortes de la mejilla y la frente—. Te gusta jugar...

Entonces brotó la sangre y comenzó a deslizársele hasta los ojos y el cuello. El barbudo gruñó, soltó a Hacker y se llevó las manos a los ojos.

—¿Quieres dejarme ciego? —exclamó. Se limpió los ojos, miró sus manos y las vio manchadas con su propia sangre. Gritó como un animal furioso y dolorido.

—¡Corre, Hacker! —dijo Twig desesperadamente. Se escabulló de los brazos de Hacker que intentaban atraparla, con una hábil maniobra le arrancó el taladro del cinturón y se lo entregó a Hacker—. ¡Corre!

Berg se lanzó tras ella. Pero aunque no hubiera tenido los ojos ensangrentados, habría parecido igualmente un oso intentando cazar un pájaro. Acorralada en la parte interior de la habitación, Twig corría de un lado a otro escabulléndose ágilmente del pesado

y enorme Berg, que se arrastraba torpemente como un loco de cabeza rojinegra.

Hacker, por fin despejado, dándose cuenta del peligro, retrocedió hacia la puerta. Tenía el taladro de Berg en la mano para cubrirse de cualquier ataque de Berg y el Agente.

—¡Vamos, Twig! —chilló Hacker.

Twig volvió a deslizarse por entre los zarpazos de Berg y de un salto se lanzó hacia la puerta.

—¡Vuelve atrás, Berg! —amenazó Hacker con el taladro en alto—. ¡Te agujerearé si te acercas!

Berg se detuvo. Su boca se entreabrió mostrando sus blancos dientes que contrastaban con el negro de la barba.

—Os mataré... —murmuró entre dientes—. A ambos, os mataré a los dos...

—Ni lo intentes —dijo Hacker—, sería firmar tu propia condena. Ahora, quietecito, y eso va por ti también, Agente. No intentéis seguirnos... ¡Twig!

Salíó al exterior seguido de Twig. Corrieron hacia el bosque.

Twig acarició los primeros árboles que alcanzaron y los troncos y ramas que, inclinados, interrumpían su camino, se apartaron para dejarles paso, regresando a la posición inicial a sus espaldas. Corrieron aproximadamente un par de kilómetros hasta que la respiración de Hacker delató su cansancio. Entonces redujeron la velocidad y prosiguieron a paso de marcha. Twig, que había estado todo el día corriendo a la velocidad que ahora habían corrido ambos, caminaba naturalmente a su lado. Por un rato sólo se oyó la respiración agitada de Hacker.

—Bueno, dime qué pasa —preguntó finalmente, deteniéndose un poco para escuchar el susurro a que lo había acostumbrado Twig.

—Un pelotón de captura —dijo ella—. Diez hombres, tres mujeres, todos armados con taladros iónicos y láseres. Dijeron que formarían una asamblea de ciudadanos y te ahorcarían.

—¿Ahorcarme? —gruñó Hacker. El alcohol ingerido lo volvía propenso a la ira. Pero la balanza de su estado se inclinaba a favor de la lucidez. Y Twig, que lo quería incluso más que en un tiempo quisiera al Abuelo Vegetal, había acabado por aceptar condescendentemente sus estados de ánimo y su mal olor. Se sentó

con un brusco gesto, su espalda apoyada contra un tronco, e invitó a Twig a sentarse a su lado.

—Descansemos y pensemos un poco —dijo—. Sin un buen plan no iremos a ninguna parte. ¿Dónde están ahora?

Twig, que estaba sentada sobre sus talones, se levantó y caminó hacia el árbol contra el que estaba apoyado Hacker. Abrazó el tronco cuanto dieron de sí sus brazos, cerró los ojos y apoyó la frente contra la arrugada superficie, concentrándose. Su mente caminó por entre las tinieblas, adentrándose muchos kilómetros a través de los caminos conformados por las crías del Abuelo Vegetal, hasta alcanzar el lugar donde se encontraban los hermanos más pequeños, a los que otros humanos llamaron «hierba» en la Tierra. A menos de cuarenta minutos de donde se encontraban Twig y Hacker, los hermanos más pequeños advirtieron el pesado metal de los vehículos humanos, aplastando y desgarrando otros hermanos.

—Paz, hermanos menores, paz —susurraba Twig mentalmente, intentando tranquilizarlos. Pero los hermanos menores no sentían dolor como los variformes animales de la Tierra o la misma Twig y el resto de los humanos; su dolor era diferente, y de esa forma diferente sufrían los daños que los vehículos les infligían. Aquellos seres estaban destruyendo plantas que no tenían más función que la de estar allí y sin que los destructores tuvieran el menor fin concreto al hacerlo; por debajo de todas las plantas vivas de la superficie del Planeta Jinson, el Abuelo Vegetal recogía aquellos desesperados lamentos, sentidos en forma diferente. Estaba ya cansado de las destrucciones inútiles que llevaban a cabo hombres, mujeres y bestias extrañas.

—Paz, Abuelo, paz —emitía Twig. Pero el Abuelo no le respondió. Se separó del árbol, abrió los ojos y miró a Hacker.

—Vienen en vehículos —le dijo. Desde las lejanas hierbas, los árboles le transmitían la imagen de los vehículos de tracción y la gente que los ocupaba como si ella lo estuviera viendo con sus propios ojos—. Cuando partió el pelotón eran sólo ocho e iban a pie. Ahora hay cinco más y traen vehículos. Nos alcanzarán en media hora si permanecemos aquí. Y los vehículos asesinarán muchos árboles y otras criaturas del Abuelo antes que ello ocurra.

—Me dirigiré entonces al distrito de High Rocks —dijo Hacker.

El frunce que surcaba su frente habíase vuelto profundo entre sus ojos azules—. Tendrán que dejar sus vehículos y seguirme a pie; allí hay poco que puedan destruir. Es más, estarán acosándome durante un mes o unas semanas, como mucho, y no me pescarán nunca. Aunque es a ti a quien quieren coger para que les digas dónde pueden encontrar al Abuelo; sin embargo, no se atreverán a intentarlo mientras yo esté vivo y represente la ley. Tenemos que conseguir un poco de ley y orden en el Planeta Jinson. Eso me recuerda que...

Introdujo dos dedos en un bolsillo de la chaqueta y sacó una pequeña tarjeta de celulosa. Se la pasó a Twig.

—Mientras estuve en la capital con la Asamblea Legislativa —prosiguió—, conseguí que el Gobernador general enviara un experto en ecología del Gobierno Paraplanetario, alguien con plenos poderes para llevar a cabo una investigación, legal y todo. Ahí está su nombre.

Twig miró lo que había escrito en el pedazo de celulosa. Se sentía, orgullosa de su habilidad para la lectura desde que había aprendido con una máquina docente que Hacker le había conseguido. Pero el nombre que aparecía en la papeleta estaba escrito con caracteres tan enrevesados que a duras penas logró descifrarlos.

—John... Stone —leyó finalmente.

—Ése es el tipo —dijo Hacker—. Según lo planeado, habrá aterrizado hace dos días y ahora se encontrará camino de aquí para encontrarse conmigo. No creo que tarde más de un día en llegar. Le ha sido informada tu existencia. Tú te encontrarás con él y le mostrarás esa tarjeta. Tráelo e infórmale de lo del pelotón y todo lo demás. Mientras tanto, estaré en los alrededores de High Rocks y bajaré a Rusty Springs mañana al mediodía. Tú y Stone me encontraréis allí y nos quedaremos esperando al pelotón cuando venga a atraparnos.

—Pero si sólo seréis dos... —protestó Twig.

—Tranquilízate —dijo Hacker—. Ya te he dicho que es un oficial supraplanetario... como un policía. Nadie se atreverá a quebrantar la ley estando él aquí. Una vez sepan quién es más o menos, nadie se atreverá a quemar los bosques del Abuelo.

—Pero cuando se marche... —dijo Twig poniéndose en pie.

—Para cuando se haya ido ya habrá redactado todo un cuerpo de leyes para la Asamblea Legislativa que pondrá fin de una vez por todas a las barrabasadas de esos quemabosques. Vete ahora hacia el sur, Twig; y cuando encuentres a Stone, permanece con él. Si el pelotón va tras de mí, también te persigue a ti, de modo que puede encontrarte.

Palmeó el hombro de Twig, dio media vuelta y se perdió entre los árboles.

Twig contempló su marcha, deseando ir tras él y permanecer a su lado. Pero Hacker sabía lo que convenía. Si lo que se necesitaba era la presencia de este John Stone, procedente de otro mundo, ella debía ir en su busca y encontrarlo. Pero el infortunio de todas y cada una de las cosas —las que la rodeaban y que tanto amaba ella — pesaba sobre el lugar. Cuando Hacker desapareció, aproximó su rostro al suelo, pegó la cara contra él y extendió sus brazos cuanto pudo.

—¡Abuelo Vegetal! —llamó, dejando que sólo su mente pronunciara las palabras, ya que no era necesario el contacto con ninguna planta cuando llamaba al Abuelo. Sin embargo, no hubo respuesta.

—¡Abuelo Vegetal! —llamó de nuevo—. Abuelo Vegetal, ¿por qué no respondes? —El miedo la poseyó—. ¿Qué ocurre? ¿Dónde te has ido?

—Paz, pequeña y precipitada hermana —resonó el pesado y pausado pensamiento del Abuelo—. No me he ido a ninguna parte.

—Ya temía que la gente te hubiera encontrado bajo la tierra. Temía que te hubieran herido... o asesinado, cuando no contestabas.

—Paz, paz, pequeña corredora —dijo el Abuelo—. Estoy cansado, muy cansado de esa gente vuestra. Tanto, que pronto tendré que echarme a dormir. Y si así ocurriera, cuando quisiera despertarme no sabría cómo hacerlo. Pero no creo que puedan matarme. No estoy seguro de si algo puede ser asesinado, en todo caso no te niego que habría un cambio, pero sólo momentáneo, hasta que el universo volviera a recordar, y aquello que fuera muerto en apariencia recuperase su habla de nuevo. No me gusta tu

gente, que sólo tiene una forma. Para mí no hay ninguna diferencia si soy raíz, tallo o flor. Siempre estoy aquí para ti, pequeña corredora, tanto si respondo como si callo.

Las lágrimas corrieron por el rostro de Twig, humedeciendo la tierra que tenía bajo la cara.

—¡No entiendes! —gritó—. Tú *puedes* morir. *Puedes* ser asesinado. Pero no comprendes. Piensas que todo es dormir.

—Claro que entiendo —respondió el Abuelo Vegetal—. Comprendo mucho más que cualquier pequeña corredora que se ha limitado a vivir uno o dos momentos, mientras que yo he vivido lo bastante para ver erguirse y caer las montañas. ¿Cómo puedo morir si soy mucho más que las raíces leñosas que esas gentes quieren encontrar y destruir? Y si éstas murieran, aún permanecería yo en todas y cada una de las plantas de este mundo y también de mi pequeña corredora. Y aun cuando éstas desaparecieran algún día, todavía sobreviviría pues formo parte de las piedras y la tierra de este planeta, más aún, formo parte de sus hermanos y hermanas planetas, y mucho más allá, pues hay muchos más mundos. Aquí, en mi soledad, he hablado a todos mis hermanos y hermanas vegetales, desde el más grande al más pequeño. Y todo el rato, mientras ello ocurría, escuchábamos las voces de tu gente, no sólo sobre este planeta sino también sobre los más lejanos. Y los oíamos hablar tal y como yo te oigo a ti. ¿Cómo puede ocurrir eso que piensas si nosotros no somos todo uno, sino que estamos presentes en cada una de las partes del otro?

—Pero estarás muerto en la medida en que me conciernes a mí —insistió Twig—. ¡Y no puedo soportarlo! ¡No puedo soportar tenerte muerto!

—¿Qué puedo decirte, pequeña hermana corredora? Si tú sientes que estoy muerto, entonces estaré muerto; pero si abandonas la idea de que puedo ser asesinado, entonces no podré ser asesinado. Siempre estaré contigo, excepto y únicamente si dejas de sentirme.

—¡No quieres ayudarte! Puedes hacer cualquier cosa. Me cuidaste cuando era una niña. Lo hiciste solamente tú. Ni siquiera recuerdo a mi padre y a mi madre, ni qué aspecto tenían. Tú me mantuviste con vida y me diste todas las protecciones necesarias. Incluso lo sigues haciendo ahora, cuando ya no necesito cuidados.

En cambio, nada quieres hacer cuando eres tú el que necesita ayuda. Podrías abrir la tierra bajo esas gentes, o despedazarlas con un alud. Podrías ahogarlas en los ríos en los que beben. Podrías enviarles semillas cuyo polen las enfermara. Pero no quieres hacer nada... nada que no sea yacer aquí hasta que te encuentren y te maten.

—Hacer lo que dices no es ninguna solución. Es demasiado difícil de explicar a una pequeña corredora que sólo ha vivido un momento, pero el universo no crece ni se desarrolla de esa manera. Si emprendiéramos el camino de la amenaza y la destrucción, todas las cosas se derrumbarían y dejarían de crecer. Y tú no querrías verme enfermo o tullido, ¿verdad, pequeña corredora?

—Mejor así que muerto.

—Otra vez ese pensamiento que no es pensamiento. No puedo apartar de ti la tristeza si te empeñas en recordarla en todo momento. Si puse a muchos hermanos y hermanas a tu disposición para que te protegieran y cuidaran de ti, sola y alejada de tu gente, fue porque deseaba que corrieras libremente por este mundo y fueras feliz. Pero no eres feliz; y yo, que sé mucho más que una pequeña corredora, que sé sólo un poco comparado con lo que todavía tengo que aprender, yo mismo, no sé qué hacer para aliviarte. Te acompañaré en tu tristeza, si tú quieres. En cualquier caso estaré siempre contigo aunque no me creas... contigo, ahora y siempre.

Twig sintió que la atención del Abuelo se desviaba hacia otros menesteres. Aún permaneció pensando en su soledad en la misma posición que antes adoptara; pero pronto olvidó sus lágrimas y recordó la misión que le había encomendado Hacker. De manera que se levantó y echó a correr hacia el sur, dejando que el viento acariciase su rostro.

No sucedió repentinamente, pero poco a poco la poesía de su movimiento empezó a alimentar el miedo y la tristeza que sentía. Si Hacker estaba en lo cierto al afirmar lo que John Stone podía hacer, entonces todo acabaría perfectamente. Repentinamente recordó que podía ser descubierta por el pelotón, de modo que se apartó de la ruta y se desvió hacia el puesto de suministro. Pronto alcanzó el conglomerado de árboles que rodeaba el claro en que se erguía el

puesto y, segura de ello, vio los vehículos, los hombres y las mujeres. Los contempló sin miedo, pues como ocurría con casi todos ellos, veían y oían peor que ella; más aún, los árboles y los arbustos habían formado frente a su cuerpo una pantalla que evitaba su descubrimiento.

Estaba lo bastante próxima como para oír lo que decían. Al parecer, un vehículo tenía una rueda pinchada y necesitaba reparación. Lo mantenían levantado mediante gatos mecánicos y algunos hombres se entregaban a la tarea. Mientras tanto, los que no trabajaban discutían bajo el sol del crepúsculo.

—... ¡Putá! —estaba diciendo Berg. Hablaba de ella. La sangre de su rostro había cesado de manar, pero las heridas permanecían abiertas—. ¡La ahorcaré en la cara de Hacker antes de que lo ahorquemos a él una vez los hayamos atrapado!

—No —dijo una de las mujeres. Alta, huesuda, vestía pantalón y chaqueta de cuero y una pistola de rayos láser colgaba en su funda sobre la nalga derecha—. Primero ella tiene que hablar. Lo que realmente necesitamos matar es esa diabólica planta del Abuelo. Y después, en el lugar que sea, ella vivirá en su propia casa.

—Su propia casa... —comenzó Berg, y hubiera continuado a no ser porque otra mujer lo contuvo. Era ésta más baja y maciza que la otra, aunque llevaba un vestido blanco y botas de cuero. No iba armada, al menos en apariencia, pero su voz tenía un tono de mando todavía mayor que el de la otra.

—¡Cállate ahora mismo, Berg! Antes de decir algo comienza por arrepentirte de lo que vas a decir. Las familias de los plantadores decentes tienen otros planes respecto a la chica. Ha crecido como una salvaje durante todos estos años, pero es hija de personas y tendremos que hacernos cargo de ella hasta que se convierta en una mujer y viva como Dios manda. Y abandona esas ideas de ponerle las manos encima una vez hayamos dado con ella. Seremos las mujeres casadas que vamos en este pelotón las que le haremos decir dónde se esconde ese diabólico Abuelo, y ningún hombre intervendrá en esto.

—Si podéis conseguirlo —gruñó Berg. La mujer rió y Twig dedujo por las convulsiones de su cuerpo la clase de risa que era.

—¿Acaso no podríamos hacerte hablar a ti? Y si podemos

contigo, ¿por qué no con una cría como ella?

Twig se alejó del lugar donde hojas y arbustos formaban la barrera protectora. Había oído todo lo que necesitaba oír. Los vehículos estaban ahora detenidos; así, no había peligro de que atraparan a Hacker antes de que éste alcanzara las colinas de High Rocks —una región montañosa compuesta de grandes zonas donde las piedras hacían inútil el uso de vehículos—. No había tenido mucha suerte desde que se separara de Hacker, pero, al menos por ahora, estaba segura.

Ya libre el camino, lo retomó y comenzó a correr hacia el sur en busca del hombre llamado John Stone, mientras el sol comenzaba a hundirse en el horizonte.

Corría una vez más. Y nuevamente la intoxicación de su carrera le trajo a la memoria lo que había estado oyendo. Ahora, corriendo, nadie podía atraparla ni sujetarla, ni tampoco obligarle a decir cosas terribles, obligarle a decir dónde estaba la raíz del Abuelo Vegetal.

El sol estaba ya oculto; y la gran luna blanca de Jinson iluminaba el cielo. Era luna llena y su luz era casi tan intensa como la del sol en el ocaso; sólo que la luna emitía una luz distinta, mágica, dotada de dos tonos —blanco y gris— aunque desprovista de color. Bajo esta luz, árboles y matas se apartaban para dejarle pasar, y los hermanos menores que estaban a sus pies se inclinaban de tal manera que la luna reflejaba su luz, formando un sendero iluminado.

Aquello no exigía el menor esfuerzo de su parte. Por mucha velocidad que alcanzara, la tierra, los arbustos, los árboles y la luz de la luna estaban a su servicio. Entre todos juntos ayudaban a componer la silenciosa música de su paso. Pero por un momento esto desapareció. Quedó sólo su carrera, el bosque y la luz de la luna. Durante un corto instante, sólo fue una pequeña corredora... incluso el Abuelo y Hacker fueron olvidados, al igual que el pelotón y los otros humanos. Era como si jamás hubieran existido. Danzaba con su mundo en el baile negriblanco de su carrera sin límites; y sólo existían el mundo y ella, en una soledad eterna.

Twig había corrido hasta que la luna estuvo en lo alto del cielo. Nuevamente buscó el consejo de los hermanos y hermanas vegetales

para que le indicaran si seguía el camino apropiado. Los hermanos y las hermanas iban señalándole la ruta delante de su cuerpo siempre en movimiento. Luego, más allá de la luna, una luz amarilla relampagueó brevemente en la lejanía. Aspiró en el viento el aroma de las hierbas, el triste olor de plantas quemadas, el hedor de un animal y el peculiar olor de un ser humano, un hombre.

Se estaba acercando a él. El hombre había acampado en un pequeño claro, donde podía verse un arroyo. Un pequeño fuego había sido encendido en la otra parte del arroyo; el hombre estaba sentado junto al fuego y miraba las llamas atentamente. Vestido con oscuras ropas y con la cara afeitada, parecía confundirse con las piedras. Más allá de donde se encontraba, vio Twig una de aquellas bestias que su gente llamaba caballo. El caballo olió o escuchó a Twig y movió la cabeza en su dirección.

El hombre movió también la cabeza entonces, miró al caballo y luego llevó la mirada desde el caballo hasta Twig.

—Hola —dijo—. Ven y siéntate.

La mirada del hombre caía justo sobre ella, pero ocurría que ella no estaba al descubierto. Era imposible que pudiera verla. Se encontraba entre los árboles, a unos cuatro metros detrás de él; y sus ojos, al mirar, tenían por fuerza que ser deslumbrados por las llamas. Simplemente, el hombre obedecía la indicación que le había hecho el caballo.

—¿Es usted John Stone? —preguntó, olvidando que sólo Hacker podía entender y oír su susurro a tal distancia. Pero el hombre la sorprendió de nuevo.

—Sí —dijo—. ¿Eres Twig?

Atónita ahora, se internó en la zona iluminada.

—¿Cómo lo sabe?

El hombre rió. Su voz tenía un tono profundo, incluso su risa era profunda, aunque suave y amistosa.

—En este lugar sólo hay dos personas que saben mi nombre —dijo—. Una es un hombre llamado Hacker Illinois; y la otra, una chica llamada Twig. Tu voz me ha sonado más a Twig que a Hacker Illinois. Y, ahora que puedo verte, pareces más bien Twig, indiscutiblemente. Avanzó un poco más, hasta la orilla del arroyo, y contempló la blanca, alargada cara del hombre. Su rubio cabello no

era largo, pero se ensortijaba sobre su cabeza y, bajo la luz, sus ojos oscuros parecían tan azules como un lago de verano. Stone no se movió. A sus espaldas bufó el caballo.

—¿Por qué está ahí sentado? —preguntó Twig—. ¿Oculta usted algo?

Stone movió la cabeza.

—No quiero asustarte. Hacker Illinois insistió mucho en que no hiciera movimientos repentinos ni intentara tocarte. Si me levanto, ¿te irás corriendo?

—Claro que no.

Pero se equivocaba. Él se levantó entonces lentamente y ella dio un paso atrás, instintivamente; porque era el hombre más alto que nunca viera. Más alto de lo que había imaginado posible en un hombre. Y también ancho. Desde su increíble estatura parecía dominar sobre todas las cosas, sobre ella, el fuego, las rocas, incluso sobre el caballo que había tras él. Su corazón comenzó a latir rápidamente, como si todavía corriera. Entonces vio que el hombre permanecía en pie, pero inmóvil, esperando; y sintió que no había en él la menor huella de amenaza o maldad alguna, tal como los sintiera en Berg, en el Agente del puesto de suministros, las mujeres del pelotón y otros como ellos. Su corazón decreció el ritmo. Se sintió segura y caminó hacia el hombre, deteniéndose frente a él.

—No estoy asustada. Puede sentarse de nuevo.

Ella misma se sentó también y quedó con el rostro vuelto hacia el hombre; éste volvió a sentarse en el suelo y quedó como una montaña que sobresaliera del mar. Incluso ahora que estaban sentados podía verse la diferencia de estatura; pero la manera de descollar su cuerpo era amable, como si se tratara de un hermano árbol que elevara sus ramas muy por encima de su cabeza.

—¿Te molesta mi caballo?

Twig miró hacia la gran bestia y olisqueó.

—Tiene metal en sus pies, que cortan y matan las pequeñas cosas que viven, igual que los vehículos —respondió ella.

—Es cierto —dijo John Stone—, pero él no se colocó ese metal por su propia voluntad. Además, le gustas.

Era verdad. El animal estaba balanceando su amplia cabeza en su dirección y la agitaba como si estuviera ansioso por tocarla. Twig

extendió un brazo hacia el animal, se concentró en amables pensamientos y el caballo se aquietó.

—¿Dónde está Hacker Illinois?

Ante aquella pregunta, Twig respondió con ansiedad acumulada.

—Eh High Rocks... hay mucha gente tras de él...

Entonces se lo contó a John Stone, intentando conducir sus palabras y su tono de voz hacia una forma comprensible. A menudo, cuando hablaba a la gente que no era Hacker, parecía entender las palabras como palabras tan sólo, sin aprehender el significado que había en ellas. Pero John Stone asentía a medida que ella hablaba, y parecía entender todo lo que le estaba contando, como si el entendimiento fuera algo emanado de él en particular.

—¿A cuánto está de aquí Rusty Springs? —preguntó Stone, una vez hubo callado ella.

—Seis horas, según un hombre que fuera caminando.

—Entonces, si nosotros partiéramos un poco antes de la salida del sol, ¿llegaríamos al mismo tiempo que Hacker?

—Sí —dijo ella—, pero debemos marcharnos ahora y esperarlo allí.

John miró a la luna y luego a los bosques.

—En la oscuridad tengo que caminar despacio. Hacker me dijo que no te gustaba ir demasiado lentamente. Aparte, hay todavía muchas cosa que tienes que contarme, y me las dirás más fácilmente sentada aquí que viajando. No te pongas triste. Nada nos detendrá cuando partamos para Rusty Springs.

Dijo estas palabras con tal calma, que recordó a Twig la forma de hablar del Abuelo Vegetal.

—¿Tienes hambre? —preguntó John Stone—. ¿O no comes la misma comida que nosotros?

Al hablar había sonreído un poco. Por un segundo pensó Twig que se estaba burlando de ella.

—Claro que como la comida humana. Hacker y yo siempre comemos juntos. No tengo por qué hacerlo, pero es algo que está bien.

Él asintió gravemente. Twig se preguntó si él podía saber lo que ella no había dicho. La verdad era que, a pesar de todos sus conocimientos, el Abuelo Vegetal no poseía una muy exacta

comprensión del sentido del gusto del ser humano. La fruta y los secos y las cosas verdes con las que había estado alimentándola cuando ella era una niña no habían estado mal del todo, pero las comidas humanas que Hacker le ofreció eran mucho más interesantes.

John comenzó a abrir algunos pequeños envoltorios y preparó comida para ambos, haciendo alguna que otra pregunta mientras ejercía su habilidad culinaria. Twig intentaba responderle lo mejor que podía. Pero incluso para una persona tan especial como John, pensó, debía ser difícil entender lo que aquello era para ella.

Ni siquiera podía recordar el aspecto de sus padres. Sabía, porque el Abuelo Vegetal se lo había dicho, que ambos habían enfermado y muerto en su cabaña cuando apenas contaba ella unos meses de edad. Casi ni sabía andar y se había deslizado fuera de la cabaña, errando, hasta que había sido encontrada, mente con mente, por el Abuelo Vegetal; y puesto que era tan pequeña que nada parecía imposible, escuchó, entendió y creyó sus palabras.

Él había dirigido los pasos infantiles desde la cabaña y los campos incinerados que sus padres habían intentado sembrar, y los había encaminado hacia el interior de los bosques, donde árboles y ramas conformaban un refugio en el que podía protegerse del viento y la lluvia y donde siempre encontraba algo de comer con sólo extender los brazos. La mantuvo apartada de la cabaña hasta que se hizo algo mayor. Cuando ella volvió a su primera casa sólo vio blancos huesos en el interior y una verde enredadera que la ocultaba. El Abuelo le había dicho que no la tocara. No sintió el menor lazo parental con aquellos huesos y no regresó a la cabaña desde entonces.

Hacker era otra cosa. Cuando se encontró con Hacker, tres años atrás, ella había llegado a ser ya la pequeña corredora que solía decir el Abuelo. Originariamente, Hacker había sido un plantador, un colono como los que ahora le perseguían. Un plantador —tan opuesto a un granjero que ha heredado sus acres de tierra libre y los fertiliza, ara y siembra año tras año, siguiendo un ciclo regular— era alguien que hacía vida de granjero no más de dos años seguidos en cualquier lugar.

La mayor parte de la buena tierra había sido ocupada por la

primera ola de emigrantes que arribara al Planeta Jinson. Los que vinieron después hallaron que los terrenos ocupados por los retoños botánicos del Abuelo (cuya existencia nunca había sido sospechada) apenas consistían en una delgada capa asentada encima del suelo pedregoso, relativamente infértil, a menos que fuera limpiado por el fuego. Así, pues, las cenizas enriquecieron las posibles cosechas. No obstante, la capacidad fertilizante de los incinerados cuerpos de hermanos y hermanas se agotó en dos años consecutivos de cosechas, lo que obligó a los plantadores a trasladarse a otro sitio y a quemar nuevas zonas en las que asentar nuevas granjas.

Poco antes de las lluvias de la primavera, tres años atrás, Hacker se había trasladado al territorio por el que Twig solía corretear. Un tiempo ideal para incinerar el área, antes de que los densos chaparrones propiciaran el riego de la zona. De modo que Hacker llegó, estableció su campamento y dejó que corrieran los días. Pero no prendió fuego a los retoños del Abuelo. Finalmente llegó el verano y con él la noción de que la oportunidad se había perdido. Twig, que lo había estado observando, oculta en la maleza, en muchas ocasiones, se fue aproximando más y más mientras espiaba. Estaba espiando a un plantador que, sin embargo, no plantaba. Comió frutas y secos que el Abuelo había puesto a disposición de Twig, pero ninguna otra cosa tomó de los bosques. Ella no podía entender aquel comportamiento.

Más tarde lo entendió. Hacker era un borracho. Un plantador que en nada se había diferenciado nunca de los demás plantadores, excepto en que, en el curso de una feria organizada para la venta de productos, había jugado a las cartas y ganado una fuerte suma de dinero. Después, en un lúcido momento que después agradecería toda su vida, siguió el consejo de un banquero local y depositó su dinero al interés simple, de manera que devengara lo bastante para financiarle su traslado a las regiones septentrionales y la limpieza de un nuevo plantío.

Cuando partió hacia el norte, no lo hizo sin aprovisionarse en exceso de bebidas alcohólicas. Así, que instaló un campamento, pero en lugar de ponerse a trabajar, se había tumbado a la sombra y dedicado a gozar de sus botellas y la paz de los parajes.

Entre los bosques no necesitó consumir bebidas al mismo ritmo

frenético que en el cogollo de la civilización. Estaba solo y sólo la calma lo rodeaba. Y, además, tenía dinero en el banco, un dinero que le estaba esperando incluso si no cosechaba nada aquel año. Al final no cosechó.

Al final comenzó a experimentar cambios. Entre los bosques, se dio cuenta de que necesitaba el alcohol cada vez menos, pues allí no había la menor huella de aquellas agudas y quebradizas pejugueras legales que normalmente le punzaban y zarandeaban convirtiéndolo en un verdadero rebelde. No era hombre observador, pero poco a poco se fue dando cuenta de cómo iban y venían las estaciones y cómo día tras día los bosques respondían a los cambios de las estaciones de mil maneras distintas. Advirtió que la hoja, el arbusto y la planta se conducían como si fueran individuos y no como verdes objetos inanimados. Y al final, después de dos años sin plantar nada, recogió una cosecha: se dio cuenta de que no era capaz de quemar la zona en la que había estado dos años viviendo tranquilo y sereno consigo mismo. Sin embargo, quemó algunos árboles para reclamar el área como suya y resguardarla de los otros plantadores. Luego, se largó aprisa.

Cuando llegó a la siguiente parcela que había escogido, le ocurrió lo mismo; se dio cuenta de que no podía prenderle fuego. Se marchó de nuevo, esta vez llegando al territorio de Twig; y allí, siguiendo inconscientemente los cambios de su conducta, llamó la atención de Twig y la cautivó. Y ocurrió que llegó el día en que ella caminó abiertamente hacia el campamento de Hacker y se detuvo a pocos pasos de él, no demasiado atemorizada después de meses de observación.

—¿Quién eres? —susurró ella.

La contempló sorprendido.

—Dios mío, criatura —exclamó él—. ¿No sabes que no puedes ir por el mundo desnuda?

El asunto de la ropa fue sólo la primera de las muchas cosas que mediaron para la común concordia y entendimiento. La cosa era que a Twig no le importaba en absoluto ir desnuda, aunque tal vez no fuera sino una medida de distanciación para con la gente que la asustaba; por otra parte, admitía que le molestaba el contacto con las ropas. Twig, sin embargo, a pesar de su aparente inocencia, no

era ignorante. El Abuelo se había preocupado de que aprendiera lo que por su ascendencia y edad podía aprender. Había observado que Twig se acercaba furtivamente a las granjas y que se preocupaba por algo tan irremediable como la palabra humana, de manera que decidió enseñarle también a hablar la lengua de su gente.

Pero al mismo tiempo que penetraban en su cerebro los conocimientos y medios de comunicación humanos, crecían paralelamente los asimilados por su contacto con el Abuelo, algo así, en resumen, como una sabiduría sin palabras y diversas habilidades que tenían más razón de ser para el Abuelo que para ella misma. Asimismo, el conocimiento humano adquirido a través del Abuelo, había sido efectuado por una suerte de traducción inevitable, por el hecho no menos inevitable de que el Abuelo no era humano y no pensaba en términos humanos.

Por ejemplo, ante la circunstancia de que los otros humanos se cubrían con vestidos, el Abuelo no pareció hacer mucho caso y, aunque transmitió el significado a Twig, no la forzó a que imitara la costumbre; por el contrario, lo único que hizo fue aclimatar la temperatura de los parajes para que su cuerpo no se viera afectado por el clima. De manera que Twig tenía una manera propia de ser ella misma y extraña a la vez.

Cuando por fin se encontraron Twig y Hacker, fue como el encuentro de dos extraños que sólo tenían en común un limitado cúmulo de lenguaje y experiencias. Sin embargo, lo que les fascinó fueron las diferencias; y desde aquel primer encuentro asistieron al nacimiento de su camaradería.

—Pero ahora llevas ropa —dijo John Stone en este punto de la historia de Twig, contemplando el conjunto de blandas cortezas que rodeaban su cuerpo.

—Fue idea de Hacker. Y él tiene razón, naturalmente —dijo ella—. Al principio me molestaba un poco, pero pronto me acostumbré y los primitivos roces desaparecieron.

John Stone afirmó con la cabeza, agitándola y haciendo relampaguear sus cabellos al resplandor de la lumbre.

—¿Cómo —preguntó luego— llegó Hacker a meterse en política? ¿Y por qué quieren matarlo ahora, después de haber

formado parte del gobierno?

—Hacker consiguió una máquina docente y me enseñó un montón de cosas. Pero también él aprendió bastante. Cosas sobre el Abuelo y muchas más. Hacker no puede hablar con el Abuelo, pero advierte el cómo y el cuándo de su presencia.

—En las llanuras, parece que tu gente opina que el Abuelo Vegetal es una superstición.

—El Abuelo nunca prestó mucha atención a las gentes de las llanuras —respondió Twig—. Pero los plantadores de las zonas altas saben algo acerca de su existencia. Es la razón por la que quieren encontrarlo y matarlo, lo mismo que quieren hacer con Hacker.

—Pero ¿por qué? —Hacker se presentó para la Asamblea Legislativa hace dos años. Los otros plantadores pensaron que tener a uno de los suyos como delegado era una ocasión que no podía desaprovecharse. De manera que votaron por él. Pero Hacker se alzó en plena asamblea y habló sobre el Abuelo y por qué los quemabosques debían ser detenidos. Entonces los otros plantadores le odiaron porque los de las llanuras se rieron y porque no querían dejar de plantar e incendiar. Sin embargo, mientras siguió siendo delegado la sombra de la ley lo mantenía protegido. Pero su período de dos años expiró ayer y, con él, su protección personal.

—Fácil. Será fácil... —dijo John, pues Twig volvía de nuevo a parecer temerosa y desconsolada—. Hay gente en otros mundos que se preocupa por todos los Hacker y todos los seres como tu Abuelo Vegetal. Yo me preocupo. Nada les ocurrirá a ninguno de los. Te lo prometo.

Pero Twig se había sentado sobre sus talones, rechazando la comodidad de olvidar que el miedo que le traía el recuerdo podía ser presagio de terribles males.

En la oscura mañana, tras haber dormido unas cuatro horas, se levantaron, John empaquetó sus cosas y montó su caballo. Con Twig dirigiendo al animal entre los bosques, se encaminaron hacia Rusty Springs.

La aurora despuntó antes de que hubieran recorrido la mitad del camino. Mientras seguían bajo la luz del sol naciente, el animal pudo comenzar a distinguir el sitio donde ponía los cascos, con lo que la pequeña expedición aumentó su velocidad. Pero esta vez le

resultó difícil a Twig advertir la diferencia de aceleración, pues puede decirse que se sentía cada vez más fascinada por John Stone. Así como su cuerpo era grande, su espíritu también lo era. Mientras seguía su leve carrera, comenzó a hacer preguntas. Aunque, a pesar de que él ponía todo su empeño en responder lo más claramente posible, ella no parecía captar todo el completo significado de las respuestas.

—¿Qué es usted?

—Ecólogo.

—Pero ¿qué es realmente?

—Algo así como un consejero. Un consejero de las autoridades sociales de los nuevos mundos.

—Hacker dijo que usted era parecido a un policía.

—Supongo que también.

—Bueno... pero aún no sé qué es usted.

—¿Qué eres tú? —preguntó John.

La mujer quedó sorprendida.

—Soy Twig... Una pequeña corredora. —Luego pensó y añadió —: Un humano... Una chica... —Y guardó silencio.

—¿Lo ves? Cada quién es muchas cosas. He ahí por qué tenemos que ir con precaución por el mundo, no moviendo ni cambiando cosas hasta que no sepamos con seguridad lo que ello va a reportar al mundo y, eventualmente, a nosotros mismos.

—Usted habla como el Abuelo Vegetal —dijo ella—. Sólo que él no quiere luchar para impedir que se dañe a él y sus criaturas, no quiere luchar contra los quemabosques y los plantadores.

—Quizá sea la medida de un sabio.

—Claro que es sabio. ¡Pero está equivocado!

John Stone la miró desde la altura que le proporcionaba el caballo. Cabalgaba con la cabeza levemente inclinada para percibir el débil susurro de la chica.

—¿Estás segura?

Twig abrió la boca, pero la cerró acto seguido. Seguía corriendo, la mirada tendida a lo que había delante, y nada dijo.

—Todo lo que no muere, crece —dijo John—. Todo lo que crece, cambia. Tu Abuelo Vegetal está creciendo y cambiando, al igual que tú, Twig.

Twig intentó apartar el sonido de aquella voz, alegando para sí misma que ella no tenía la menor necesidad de oír lo que él le estaba diciendo.

Arribaron a Rusty Springs poco antes del mediodía. El lugar recibía aquel nombre por una pequeña cascada que caía por un roquedal de no excesiva altura. El agua se desplazaba hasta una ancha cavidad de rocas rojizas y el agua adquiría allí un cierto sabor ferruginoso. Cuando llegaron, Hacker les estaba esperando sentado en una piedra, junto a la charca.

—Por fin —les dijo nada más aparecer—. Un par de minutos más y me hubiera largado con viento fresco. ¿No les oyen venir?

John Stone miró hacia la zona bosqueña que se erguía frente a la charca. Twig no necesitó consultar esta vez con ninguna de las criaturas del Abuelo para informarse. Al igual que los otros, con mucha mayor susceptibilidad, podía apreciar el ruido destructor de la masa de gente que se aproximaba.

—¡Hacker! —susurró—. ¡Corre!

—No —replicó Hacker.

—No —dijo John Stone desde lo alto del caballo—. Esperaremos aquí y hablaremos con ellos.

Se mantuvieron juntos, silenciosos y a la espera, mientras el ruido crecía; y al cabo de un rato comenzó a emerger en el claro el pelotón formado por diez hombres y tres mujeres. Surgieron del bosque y se detuvieron cuando vieron a Hacker y Twig junto con John Stone todavía a caballo.

—¿Buscabais a alguien? —pregunté Hacker irónicamente.

—Sabes jodidamente bien que sí —dijo Berg. Se había procurado otro taladro iónico y lo sacó de su cinturón cuando comenzó a aproximarse a Hacker—. Venimos a hacernos cargo de ti, Hacker, así somos de buenos. De ti, y de la chavala y de ese amigo vuestro, quienquiera que sea.

Los restantes miembros del pelotón echaron a andar tras él.

—Alto —dijo John Stone. Su profunda voz hizo que todos lo mirasen—. Alto.

Lentamente, bajó del caballo y quedó en pie junto a él. Hubo algo verdaderamente incontenible y lleno de fuerza en la manera en que se alzó sobre los estribos, pasó la pierna por encima de los

cuartos traseros del animal y tomó tierra por último. La gente se detuvo y John se dirigió al grupo.

—Soy un ecólogo del Gobierno Paraplanetario —dijo—, asignado a este planeta para la investigación del posible uso nocivo de los recursos naturales. Como tal, me ha sido conferida una cierta autoridad, dentro de la cual está el emitir citaciones individuales para la Audiencia oficial que tendrá por objeto informarme de la situación.

Alzó la muñeca hasta la altura de los labios y algo en aquella muñeca brilló al sol. Sus palabras se dirigieron ahora hacia la muñeca.

—Hacker Illinois, queda usted citado como testigo de mi Audiencia, para declarar en ella cuando sea llamado. Twig, queda citada como testigo de mi Audiencia, para declarar en ella cuando sea llamada. Los gastos para su comparecencia correrán a cuenta de mi autoridad, y el deber que ustedes contraen para con esta citación relegará cualquier otro deber, obligación o restricción que pese sobre ustedes, impuestos por cualquier ley local individual o colectiva.

A continuación, descendió la muñeca y la llevó hasta el cuello del caballo, al que acarició; y no parecía sino un enorme perro al que estuviera mimando.

—Estos testigos —dijo al pelotón— no deben ser molestados de ninguna manera y bajo ningún pretexto. ¿Entendido?

—Oh, claro, naturalmente. Comprendemos muy bien —dijo la mujer huesuda y alta, enfundada en un impermeable.

—¿Entendido? ¿Comprendido? ¿Qué significa eso? —bramó Berg—. El ecólogo éste no va armado. ¿Vamos a permitir que nos detenga?

Berg echó a andar hacia John, que permaneció inmóvil. Pero a medida que se iba acercando, Berg comenzó a encogerse, y cuando llegó a escasos pasos de John parecía que un chico a medio crecer se estaba aproximando a un hombre plenamente crecido. De modo que se detuvo, miró atrás y vio que nadie del pelotón le había acompañado. Mientras su cabeza permanecía vuelta hacia el pelotón, la mujer del blanco impermeable se dirigió a él.

—¡Eh, Berg! ¡Tus agallas siempre estuvieron en tus músculos!

Echó a andar hasta llegar al lado de Berg. Allí, se detuvo y se quedó mirando duramente a John.

—Usted no me asusta, señor ecólogo —dijo—. Me he estado enfrentando a la gente toda mi vida. Usted no me asusta, su gobierno supraplanetario tampoco me asusta, porque nada me asusta a mí. ¿Quiere usted saber por qué no vamos y colgamos a Hacker ahora mismo, y nos llevamos a la muchacha para que sea reeducada decentemente? ¿Ahora mismo? No es a causa de usted, sino porque no tenemos necesidad de hacerlo. Hacker no es el único que tiene influencias en la capital. Hace dos horas que nos comunicaron por los teléfonos individuales que usted estaba en camino de este lugar.

John asintió con la cabeza.

—No me sorprende, pero eso no cambia las cosas.

—¿No? —el tono de su elevada voz contenía una cierta nota de triunfo—. Todos buscábamos a Hacker y a la chica para descubrir dónde vive esa planta diabólica. Hacker lo mandó llamar, pero nosotros replicamos pidiendo un equipo que nos ayudara en la búsqueda. Hace dos días pusimos el equipo en un avión y comenzó a cartografiar el sistema de raíces de esta zona. Nos figuramos que estaba en esta zona porque aquí fue donde educó a la chica...

—¡Nada lograrán hacerle con eso! —gritó Twig con su bajo susurro—. El Abuelo se extiende por todas partes. Por todo el continente. Por todo el mundo.

Pero la mujer no la oyó o no quiso prestarle atención.

—Lo encontramos ayer. Proteja a Hacker y a la chica todo cuanto quiera, señor ecólogo. ¿Cómo va a impedirnos que cavemos la tierra y prendamos fuego a lo que encontremos?

—La vida inteligente, perversamente destruida... —comenzó John, pero se detuvo en seco.

—¿Qué vida? ¿De qué vida está hablando? ¿Cómo puede saber usted que se trata de algo inteligente? ¿Acaso tomará las declaraciones de algunas raíces?

La mujer rió.

—Eh —dijo Berg, volviéndose. Ella siguió riendo—. Eh, ¿qué es todo esto? ¿Por qué nadie me dijo nada de ello?

—¿Decírtelo? —la mujer se inclinó hacia Berg como si fuera a

escupirle en la negra barba—. ¿Decírtelo? ¿Confiar en ti? ¿En ti?

—Tengo los mismos derechos...

Pero ella había dado media vuelta y dirigióse hacia donde estaba el resto del pelotón, dejándolo con la frase a medio acabar.

—Venga —dijo ella—. Vámonos de aquí. Ya nos ocuparemos de esos dos después de la Audiencia. No pueden ir a ningún sitio que no podamos localizar.

El resto del pelotón comenzó a moverse como un animal que despierta súbitamente y empieza a andar. Encabezó el grupo y lo condujo hacia el punto contrario por el que habían surgido. Pasaron junto a la charca, junto a Twig, Hacker y John Stone con su caballo. La mujer pasó muy próxima a Twig, tanto que pareció que se inclinaba levemente para rozar el hombro derecho de la chica. Twig realizó un rápido gesto de contracción ante la posibilidad de ser tocada; pero Lucy Arodet se limitó a gruñir ante tamaña muestra de repulsa. Siguió encabezando el pelotón hasta internarse en el bosque y seguir la misma ruta que John y Twig a la inversa. Berg corrió tras ellos y después de escasos momentos el ruido de sus pasos fue silenciado por la distancia.

—¿Es cierto lo que ha dicho? —preguntó Hacker a John—. ¿Hay algún aparato que pueda encontrar una masa de raíces como la del Abuelo?

Los azules ojos de John, sumergidos en la amplia cara, se encogieron en un frunce.

—Sí —contestó—. Es una variedad de los localizadores de arterias nutritivas... habilitado para distinciones muy delicadas, pues la diferencia estriba en los mínimos cambios que se producen en el flujo líquido de la raíz. No pensaba que nadie en este planeta supiera su existencia, ni mucho menos...: —se interrumpió—. Y... realmente no puedo creer que un aparato como ése haya podido ser enviado aquí por nadie sin mi conocimiento. Aunque en el terreno comercial siempre hay gente dispuesta a probar fortuna.

—¡Arréstelos! —susurró Twig—. ¡Haga que su uso sea ilegal para ellos!

John sacudió la cabeza.

—No tengo ninguna prueba palpable de que tu Abuelo sea un ser sensible. Y, hasta que no obtenga ninguna, nada puedo hacer

para protegerlo.

—¿Acaso no nos cree a nosotros? —La arrugada cara de Hacker era totalmente huesuda bajo el bozo de la barba.

—Oh, sí. Personalmente les creo a ustedes. Antes de que el hombre abandonara el mundo del que había surgido, ya estaba demostrado que si alguien pensaba talar o quemar una planta ésta mostraba una reacción mensurable en computadores. Las reacciones mentales de y por las plantas hace tiempo que fueron establecidas. Una comunidad inteligente como la que ustedes aplican al Abuelo y las plantas circundantes es sólo una reacción lógica. Pero tengo que comprobarlo por mí mismo, o tener al menos alguna prueba contundente de su existencia.

—Según lo que ha dicho Lucy Arodet —dijo Hacker—, el plazo para comprobarlo es bastante corto.

—Sí —dijo John. Se volvió a Twig—. ¿Sabes dónde está el Abuelo?

—Está en todas partes.

—Twig —dijo Hacker—, ya sabes lo que él ha querido decir. Sí, Stone, ella sabe dónde está.

Twig se quedó mirando a Hacker muy fijamente.

—Debes decírmelo —dijo John Stone—. Cuanto antes lo localice, antes podré empezar a protegerlo.

—¡No! —susurró Twig.

—Querida, sé razonable —dijo Hacker—. Ya has oído a Lucy Arodet que van a encontrar al Abuelo. Si ellos han de conocer más pronto o más tarde su emplazamiento, ¿por qué has de ocultárselo a John Stone?

—¡No creo que sea cierto! Ella estaba mintiendo, ¡no sabe ni sabrá dónde está el Abuelo!

—Pero arriesgas demasiado —dijo Stone—, porque puede darse el caso de que sí llegue a saber dónde está. Y si cavan debajo y lo destruyen antes de que yo llegue hasta él, ¿no lamentarás perderlo por las mismas razones que quieres salvarlo?

—Ninguna de las criaturas del Abuelo diría dónde está, aunque quisiera —susurró Twig—. Y yo no quiero decirlo.

—No me lo digas si no quieres, pero por lo menos llévame hasta él.

Twig negó con la cabeza.

—Twig —dijo Hacker. La chica lo miró—. Twig, escucha. Tienes que hacer lo que dice Stone.

Twig negó nuevamente con la cabeza.

—Entonces, pregúntaselo al Abuelo —propuso Hacker—. Que él mismo decida.

Iba a negarse por tercera vez, pero se quedó un rato mirando a Hacker. Luego, se dirigió a un árbol cercano y lo rodeó con sus brazos; no porque necesitara del árbol para comunicarse con el Abuelo, sino para apartar su cara de la mirada de los dos hombres.

—¡Abuelo! —pensó—. Abuelo, ¿me estás escuchando? ¿Qué debo hacer?

No hubo respuesta.

—¡Abuelo! —llamó mentalmente.

Tampoco la hubo esta vez. Por un inicial momento lleno de temor, pensó que ya no era capaz de sentirlo, que había sido asesinado o ídose a dormir. Pero luego, esforzándose en buscar hasta donde era capaz de llegar, lo sintió, advirtió su presencia aunque persistiendo en no atender a su llamada.

—¡Abuelo!

Era inútil. Era como si con su débil susurro pretendiera llamar la atención de alguien situado en la cima de una altísima montaña. El Abuelo estaba sumergido en sus propias reflexiones. No podía alcanzarlo. Comenzó a invadirla un cierto temor. El Abuelo siempre había estado allí en otras ocasiones. Pero desde hacía dos años, desde que los incendios de los plantadores comenzaran, había adquirido la costumbre de mantener una postura introvertida y de hablar a menudo de irse a dormir.

Lentamente, separó los brazos del tronco del árbol y volvió el rostro hacia los dos hombres.

—No quiere responder.

Hubo un momento de silencio.

—Entonces, es como si te autorizara a decidir por ti misma, ¿no? —dijo Hacker suavemente.

No dijo nada y se quedó pensativa. Entonces, una idea afloró a su mente.

—No quiero conducirlo a usted hasta él —dijo, clavando su

mirada en la cara de Stone—. Pero iré yo misma y veré si es cierto que los plantadores pueden encontrarlo. Ustedes me esperarán aquí.

—No —dijo John—. Yo he venido aquí para comprobar por mis propios ojos el estado de las áreas incineradas.

Si he de convocar una Audiencia para intentar proteger a tu Abuelo Vegetal, necesito tantas evidencias como sea posible reunir.

—Yo le mostraré las áreas —dijo Hacker.

—No —repitió John—. Usted se dirigirá al sur y llegará a la primera ciudad o población que encuentre para informar a las autoridades de que es usted un testigo mío. ¡Eso hará que la gente recuerde en todo momento que usted está bajo la protección de la ley! ¿Puede hacerlo sin que esa banda de provocadores lo atrape?

Hacker hizo una mueca de disgusto.

—Perfecto —dijo John—. Lo había preguntado para asegurarme. Diríjase, pues, al centro comunal más cercano. ¿Cuál es el lugar?

—Fireville —dijo Hacker—. A unos doce kilómetros al suroeste.

—Fireville. Me reuniré allí con usted una vez haya visto un par de áreas incineradas. Conseguiré un mapa que las tenga señaladas. Y Twig —añadió volviendo la cabeza hacia ella— irá al lugar en que se encuentra el Abuelo Vegetal para ver si hay algún síntoma de que ha sido localizado. Entonces intentará encontrarme lo antes posible. ¿Crees que puedes hacerlo, Twig?

—Claro. Los hermanos y hermanas vegetales me indicarán dónde está usted.

Pero en lugar de emprender la partida, permaneció un momento inmóvil, como dudando, mirando a Hacker.

—No bebas ahora —le dijo—. Si te emborracharas, encontrarían la manera de hacerte cualquier cosa.

—Ni una gota. Te lo prometo —dijo Hacker.

Pero todavía dudaba Twig. Sólo se decidió cuando advirtió que no podía perder tiempo con tantas cosas que hacer por delante. De manera que se lanzó a correr, abriéndose el bosque delante de ella, dejando rápidamente el lugar donde estaban los dos hombres.

Corría concentrada. No podía detenerse en gozar los placeres de su carrera. De vez en cuando llamaba mentalmente al Abuelo; pero no obtenía respuesta y deseaba llegar a la masa de raíces tan pronto como le fuera posible.

En los bosques, creciendo y cambiando día a día, jamás había tenido noción de la velocidad que podía desarrollar. A fin de cuentas era un ser humano, es decir, que el límite de su velocidad difícilmente rebasaría la de cualquier campeón de corta distancia en las pruebas que solían hacerse antes de que el hombre se lanzara al espacio... antes de que la Tierra feneciera. Pero la diferencia consistía en que ella podría mantener esa velocidad durante todo un día si se lo propusiera. Aunque lo cierto era que no tenía la menor noción de poseer esa resistencia, como tampoco la del límite de su velocidad. Pese a ello, iba lanzada velozmente, sus piernas relampagueando bajo la luz del sol de la tarde y entre las riberas del sendero que árboles y matorrales abrían ante ella.

Era plena tarde y aún no había llegado al lugar de emplazamiento de la masa de raíces del Abuelo, que yacía bajo tierra en pleno bosque, ocupando un círculo de cuarenta o cincuenta metros de radio. Durante todo el camino, los hermanos y hermanas le habían estado indicando que ninguna señal había de presencias extrañas en el lugar y que el bosque en el que se encontraba el Abuelo se hallaba completamente vacío. Pero ni siquiera ellos podían saber lo que ocurriría al momento siguiente, de manera que la inseguridad la atenazaría mientras no pudiera comprobarlo por ella misma. Ahora, ya en el lugar, rodeó con sus brazos un alto árbol hembra y se mantuvo en aquella posición forzando a las hojas pensantes para que recordaran cualquier cosa que hubiera ocurrido en la última semana.

Aparte del viento, las hojas sólo recordaban el silencio. Ningún humano había pasado por entre ellas, ni siquiera a distancia. Ningún ruido mecánico había tenido lugar por los alrededores, sólo el sonido de las nubes al desplazarse y el de algún ocasional aguacero.

La mujer llamada Lucy Orodet había mentido. Los plantadores no tenían ningún aparato especial, o, si lo tenían, no lo habían usado por el lugar donde se encontraba el Abuelo. Suspirando de alivio, cayó al suelo y hundió la cara en la tierra, abriendo los brazos sobre los hermanos menores.

El Abuelo estaba a salvo... todavía. Durante un corto espacio de tiempo Twig se limitó tan sólo a mantener los ojos cerrados y a

dejar que la sensación de alivio que sentía la inundara por completo. Así quedó en los brazos del sueño, que la acunó con suavidad después de la intensa carrera que había llevado a cabo.

Cuando despertó era ya de noche. La luna estaba alta en el cielo y el Abuelo estaba pensando, no comunicándose con ella, sino extendiendo sus pensamientos a su alrededor, como si ella no estuviera allí.

—... Nunca fui más allá de la atmósfera que rodea este mundo —estaba diciendo—. Pero ahora, mi pequeña corredora correrá hasta el fin del universo. Más allá de las estrellas, y más allá de las que están más allá... los inmensos abismos, donde las colosales galaxias flotan como nubes o se abren como ciclópea pirotecnia poblada de pequeñas corredoras, cruzándose la trayectoria de una con la de las otras, siempre desplazándose más allá de cualquier concepción del tiempo y la distancia. Y en todos los puntos de esa inmensa noche se encuentra la vida. Mi pequeña corredora irá a conocerlos, desde los primeros a los últimos, desde sus orígenes hasta su extinción. Así, después de la destrucción verá la llegada de una nueva creación, al igual que al caliente verano sucede el inclemente invierno y nuevamente la confortante canícula. Todos aquéllos que han intentado destruirme desean sólo efectuar el nacimiento de mi pequeña corredora en el interior de un Gran Corredor entre las estrellas...

—¡Abuelo! —llamó Twig; y los pensamientos fluyeron en torno a ella repentinamente.

—¿Estás despierta, pequeña hermana? —preguntó el Abuelo—. Si es así, estás a tiempo de irte.

—¿Irme? —preguntó Twig, todavía bajo la hipnosis del sueño—. Irme... ¿Por qué? ¿Dónde? ¿Qué ocurre?

—Tu viejo amigo Hacker está agonizando... Y tu nuevo amigo John Stone cabalga hacia donde se encuentra Hacker —dijo el pensamiento del Abuelo Vegetal—. Aquéllos que deseaban destruirme han tendido una trampa mortal a Hacker y pronto estarán aquí para matarme también. Aún tienes oportunidad de huir.

Twig se puso en pie por un movimiento reflejo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Dónde está Hacker?

—En un lugar al norte de Fireville, en una trampa para animales, donde ha sido arrojado, fingiendo que se encontraba borracho y que ha sufrido un accidente. Aquéllos que son nuestros enemigos le hicieron beber, lo condujeron allí y lo arrojaron dentro.

—¿Por qué no me despertaste y me lo dijiste a tiempo?

—No hubiera sido posible remediar nada —dijo el Abuelo—. La muerte de Hacker está más allá de todo remedio, al igual que los que vienen a destruirme están más allá de todo obstáculo.

—¿Vienen? —gimió Twig—. ¿Cómo puede venir nadie? ¡No saben dónde estás!

—Sí lo saben —dijo el Abuelo—. Cuando te dirigiste hacia aquí llevabas prendido en el hombro algo que puso allí la mujer llamada Lucy Arodet. Un objeto pequeño prendido a tu vestido que sirve para decir a otros dónde te encuentras en todo momento. Cuando me encontraste y te detuviste, ellos supieron que me habías localizado y averiguaron de esa forma el lugar donde yo estaba.

Twig llevó una mano hacia su hombro. Sus dedos se cerraron sobre un pequeño objeto, redondo y duro. Se lo arrancó del vestido botánico y lo puso delante de sus ojos para poder verlo en la oscuridad. A la luz de la luna parecía una especie de perla cubierta de puntos por la parte opuesta a la que mostraba un gancho, que había servido para engazarlo al vestido de Twig.

—¡Lo llevaré lejos de aquí! —dijo ella—. Me lo llevaré a cualquier otra parte y así...

—Eso no cambiaría ya las cosas. No sufras. Antes de que vengan, yo me habré sumergido en un sueño sin despertar y se limitarán a destruir unas cuantas raíces que nada significan.

—¡No! —gritó Twig—. ¡Espera... no! Correré y encontraré a John Stone. Él puede llegar aquí antes de que nadie dañe tus raíces. Entonces no tendrás que irte a dormir...

—Pequeña corredora, mi pequeña corredora. Incluso si tu John Stone me salvara por ahora, no haría otra cosa que prorrogar lo inevitable. Desde que tu gente puso los pies en este mundo, fue una certeza que más pronto o más tarde me obligarían a dormir para siempre. Si comprendieras que voy a entregarme al sueño alegremente, no te mostrarías tan apesadumbrada. Todo cuanto había de valor en mí ya está dentro de ti, y todo ello se dirige a

donde yo no puedo dirigirme, en la distancia y en lo profundo, más allá de toda medida e imaginación.

—¡No! —gritó Twig—. No voy a dejarte que mueras. Correré hasta donde está Hacker y encontraré a John Stone. Él vendrá y te salvará. Espérame, Abuelo. ¡Espera...!

Aún no había acabado de decir esto cuando ya estaba en camino, imprimiendo a sus piernas toda la velocidad que podía alcanzar. Los pequeños hermanos le abrieron un sendero ante ella, señalándole el camino, y los matorrales y los árboles se inclinaron a los lados. Pero esta vez no era consciente del hecho. Toda la energía de su mente se concentraba en que el Abuelo no debía morir...

Corrió más rápido que nunca. Ya estaba cercana la aurora cuando llegó a los alrededores de Fireville, al lugar donde el sendero abierto por las plantas le indicaba la ubicación de la trampa en que se encontraba Hacker. Junto a la trampa, oscuramente recortado contra el pálido cielo que se destacaba entre los árboles, había una sombra, perteneciente a un hombre gigantesco sobre un gigantesco caballo. Y en la oscuridad del agujero una pequeña mancha de luz indicaba la presencia de Hacker. A la vista de aquella mancha incluso el Abuelo fue borrado del pensamiento de Twig. Acercándose cuidadosamente, comenzó a descender por uno de los lados de la trampa. Cualquiera otro hubiera resbalado y caído por lo menos una docena de veces, pero ella, protegida por los matorrales y hierbas, descendió sin el menor peligro. Ya en el suelo, se arrodilló junto al cuerpo.

—Hacker —susurró. Las lágrimas cayeron de sus ojos.

Hubo entonces un estrépito de tierra y piedras que caían, como si un pesado cuerpo se estuviera deslizando por las paredes de la trampa. Entonces apareció John Stone a su lado, erguido sobre sus piernas. Se arrodilló y palpó con sus dedos la garganta de Hacker, siguiendo los huesos de la tráquea.

—Está muerto, Twig —dijo John, apartando los ojos de Hacker y posándolos en ella.

—¡Te dije que no bebieras, Hacker! —gimió—. ¡Me lo prometiste! Me prometiste no beber...

Ella advirtió que John Stone se había puesto en pie. Permanecía erguido junto a ella como un risco rodeado de tinieblas. El hombre

puso una mano sobre el hombro de la chica y la mano resultó tan desmesuradamente grande que parecía un arco que descansara sobre ella.

—Tenía que ocurrir, Twig. —La profunda voz retumbó en la oscura cavidad—. Son cosas que tenían que ocurrir...

Era lo que el Abuelo solía decir y ello hizo que Twig lo recordara súbitamente. Enervó el cuello y se mantuvo alerta, a la expectativa. Pero nada había.

—¡Abuelo! —gritó, y por primera vez en su vida no utilizó el pensamiento para llamarlo. Su voz resonó clara y salvaje bajo el cielo apenas luminoso.

Sin embargo, no hubo respuesta. Por primera vez, ni siquiera el eco vino a decirle que el Abuelo estaba allí aunque no escuchara. Las fuerzas de la transmisión vegetal de pensamiento propagaban su llamada insistentemente en todas direcciones. Pero no había la menor respuesta. La voz del planeta guardaba silencio.

—¡Ha muerto! —gritó ella. Y las palabras fluyeron entre flores y ramas, de hoja de hierba a hoja de hierba, a lo largo de las raíces enterradas bajo la colina y el valle y el llano y la montaña—. Muerto...

Olvidó entonces cuanto la rodeaba. Incluso la cabeza de Hacker junto a sus rodillas.

—¿El Abuelo Vegetal? —le preguntó Stone. Ella asintió con la cabeza, absorta.

—Ha ocurrido —dijo luego, pesadamente, con su nueva voz—. Se ha ido... ido para siempre. Es el fin, todo ha terminado.

—No —dijo la profunda voz de John Stone—. Nunca termina nada.

Se mantenía erguido junto a ella, mirándola.

—Twig —continuó, amable pero insistentemente—, nunca termina nada.

—Sí, sí. Escuche... —dijo ella, olvidando que, al igual que los otros, él nunca había oído al Abuelo—. El mundo está muerto ahora. Nada hay en él.

—Sí, sí que hay —insistió John—. Estás tú. Y, para ti, todavía existen todas las cosas. No sólo sobre este mundo sino también en muchos otros que nunca conoció cualquier Abuelo Vegetal. Se

encuentran lejos de aquí, esperándote y deseando hablar contigo.

—No puedo hablar con nadie —dijo ella, todavía arrodillada—. Todo ha terminado, le digo que todo ha terminado.

John Stone se inclinó y la levantó. Sosteniéndola, ascendió por la empinada pared de la trampa, hasta llegar a su caballo. Subieron a él.

—El tiempo sigue su curso —le dijo John. Twig hundió su rostro en el pecho de Stone y escuchó sus palabras retumbando en aquella poderosa cavidad de huesos y carne—. Las cosas cambian y nada hay que las detenga. Incluso si el Abuelo y Hacker vivieran todavía, incluso si el Planeta Jinson se mantuviera siempre igual, tú, necesariamente, por ti misma, no tendrías más remedio que crecer y cambiar. Lo que no está muerto, crece. Lo que crece, cambia. Nuestras decisiones abarcan mayor y mayor responsabilidad, lo queramos o no, pues, a fin de cuentas, la única elección esencial se encuentra entre amarlo todo o no amar nada. Debe haber otros Hacker en otros mundos y quizá, en algún lugar, haya otros mundos como Jinson. Pero no hay ningún otro Abuelo Vegetal que pueda ser hallado, ni tampoco ninguna otra Twig. Esto significa que vas a tener que amar todos los mundos y todas las cosas que crezcan sobre ellos, tal y como el Abuelo lo habría hecho si hubiera podido ir hasta ellos. He aquí lo que tienes que hacer, Twig. Ésa es tu misión.

Ella nada dijo.

—Inténtalo —continuó John—. El Abuelo te lo ha dejado todo. Acepta también esa responsabilidad que sin duda te ha legado. Habla a las cosas vivientes del Planeta Jinson y diles que la pérdida del Abuelo no significa el fin.

Ella agitó su cabeza contra su pecho.

—No puedo —dijo—. No puedo.

—Háblales —insistió él—. No los dejes solos. Diles que ahora sigues estando con ellos. ¿No es eso lo que el Abuelo hubiera deseado?

Nuevamente agitó ella la cabeza.

—No puedo... —gimió—. Si yo les hablara, sería como si se hubiera marchado en todos los sentidos, definitiva y eternamente. Y no puedo hacer eso. No puedo desplazarlo de esa manera. No

puedo.

—Entonces, todo aquello con lo que contó el Abuelo se ha perdido —dijo John Stone—. Y todas las cosas que Hacker hizo se han evaporado inútilmente. ¿Tampoco lo harás por Hacker?

Ella pensó entonces en Hacker, lo que había quedado de Hacker, a medida que cada paso del caballo les alejaba de su cuerpo inerte. Hacker, cayendo ahora también en el olvido.

—¡No puedo, Hacker! —dijo, como si hablara con su recuerdo.

—¿No puedes? —le dijo la imagen de Hacker. Le guiñó un ojo y comenzó a cantar:

«Tan bravo como Ned Kelly», querían decir las gentes.

«Tan bravo como Ned Kelly», pueden decir ahora...

Aquellas palabras entonadas con la cascada voz de Hacker pasaron a través de ella como un rayo de sol atraviesa las hojas de los árboles. Y, súbitamente, una imagen global se formó en su mente, recordando todas las flores que quedaban solas ahora, sin voz, en medio de la oscuridad y el silencio; y un amargo dolor fluyó dentro de ella. A partir de ahora, también ella quedaría sola y abandonada.

—¡Todo está tranquilo! —les dijo conjuntamente con su voz y lenguaje mental—. ¡Todo está bien! ¡Yo *todavía* esto aquí! Yo, Twig. Nunca permaneceréis sin compañía, os lo prometo. Incluso si me fuera a cualquier otro sitio, siempre os alcanzaré y hablaré desde dondequiera me encuentre...

Y desde el valle y la colina, desde el llano y el bosque, desde todas partes, sus palabras fueron recogidas y entregadas a nuevos relevos, que las fueron transmitiendo y ramificando, alcanzando por igual al hermano más diminuto y a la hermana más crecida, de un extremo a otro del mundo.

Twig cerró los ojos y se abandonó contra el ancho pecho de John Stone. No sabía hacia dónde la llevaba. No había la menor duda de que se dirigía a algún lugar muy lejos del mundo de Jinson. Aunque, ahora lo sabía, ningún mundo estaba demasiado lejos; y también, más allá de las grandes distancias con las que el Abuelo había soñado y que nunca había podido salvar, había sin duda otros

hermanos y hermanas, esperando el sonido de una voz, esperándola a ella.

El Abuelo se había marchado más allá de toda posibilidad de regreso, y lo mismo Hacker. Pero quizá no constituía aquello el final de las cosas, después de todo; quizá era sólo el comienzo. Tal vez... cuanto menos, había hablado a todos los que habían vivido a través del Abuelo para que supieran, de aquella manera, que nunca más estarían solos. Permitiendo que sus pensamientos fueran mecidos por el vaivén del caballo, Twig se entregó a la caricia leve del sueño.